

MARIA TERESA SANCHO PASCUA



DEMASIADO BUENO
PARA SER OBISPO

(Portada María del Mar Sancho Sanz)

MARÍA TERESA SANCHO PASCUA



DEMASIADO BUENO PARA SER OBISPO

Talleres Gráficos de la Nación
Caracas / Venezuela / 1996

A MI MADRE

**Mujer de corazón generoso
y manos siempre abiertas,
como el P. Cueto,
para compartir con los demás
lo que es y lo que tiene.**

« El P. Cueto era antes que nada un gran corazón. Su corazón nos explica todas las acciones de su vida»¹.

¹ Sr. Feo: Oración Fúnebre
Citado por J. Merino, Vida del P. Cueto, O. P. Pág. 352.

PROLOGO

Desde el mismo momento en que la Madre María Teresa Sancho me comunicó el deseo de que escribiera el prólogo de su libro «Demasiado bueno para ser Obispo», se dieron en mí dos sentimientos encontrados: alegría, porque desde que conozco un poco del Padre Cueto me he sentido atraído por su personalidad y por su vivencia del Evangelio, y preocupación, pues, no sabía si sería capaz de plasmar en pocas palabras lo que la lectura de este libro produciría en mí. Siempre pensé que estas tareas eran obra de literatos y escritores.

Sin embargo, a medida que pasaban las páginas del libro, sentía cada vez una mayor atracción por conocer mejor la personalidad del Padre Cueto. Al terminar de leer el trabajo sentí el deseo como de escudriñar más en esa gran personalidad. Es decir, la Madre María Teresa, logró con su trabajo enamorarme de todo lo que es y significa este Obispo y Fundador para la Iglesia y la predicación del Evangelio. La autora logra, a través de su estilo novelado, zambullirnos en la historia y sobre todo, en la personalidad del Padre Cueto. Como ella misma lo dice en su presentación, citando a Carmen Sylva, una buena novela despierta la conciencia.

Creo que en mí eso se ha producido y espero que en los lectores también.

Escribiendo estas líneas también vino a mi memoria aquella bella costumbre, por lo menos de mis padres, de proporcionarnos a los niños y a los jóvenes para nuestra lectura la vida de Santos y otros grandes personajes de la historia. Ello nos iba creando el valor por alcanzar o hacer de nuestra vida algo bueno y provechoso para la sociedad y para Dios. Pues bien, considero que esta historia novelada del Padre Cueto representa para esta época, una figura que nos sirve de modelo. Su bondad, su sencillez, su cercanía bastante falta nos hacen en esta sociedad tan despersonalizada y

tan materializada. Su amor a Dios y esa voluntad firme de hacer del Evangelio su propia forma de vivir, necesariamente será un modelo de santidad en este mundo hastiado de palabras y sediento de obras.

Espero que los lectores de esta hermosa obra sientan igual que yo, esa sensación tan agradable de comulgar a través de sus páginas no con un personaje, sino con el alma de un Obispo que, por su bondad y rectitud, fue calificado como «DEMASIADO BUENO PARA SER OBISPO».

Mons. Mariano J. Parra S.
Obispo de San Fernando
(Estado Apure)

INTRODUCCION

«(La novela) es el género más abierto, universal y vario que la literatura haya conocido. En verdad, ha dejado de ser un género para convertirse en un lenguaje, en un medio de expresión, y casi en otra dimensión de lo humano»

Arturo Uslar Pietri

Esta es la tercera novela, con personajes históricos, que escribo. No deja de sorprender a muchas personas que para narrar la aventura de los primeros Dominicos en América, o la biografía de la fundadora de mi Congregación, haya elegido, precisamente, el género novelístico y no el histórico. ¿Por qué esta elección? ¿No sería más veraz y realista si me atuviera a la información también necesaria en este caso de los archivos? ¿Por qué dar tantas alas a la imaginación?

La novela fotografía, explora, llega al alma de las cosas... Como la poesía, permite tocar las estrellas y descender a los más grandes abismos. Aviva el ingenio para anticipar el futuro y hace posible adueñarse del tiempo. Adivina el por qué de una sonrisa y la agonía secreta que asoma a los ojos a través de una lágrima. Da cabida al misterio y a la magia. ¿No es, acaso, un gran misterio la vida del hombre? Lejos de distorsionar la historia, la novela la ilumina y amplía con hechos verosímiles que permiten ahondar en el acontecer de los pueblos y en la vida de los seres humanos.

La historia que aquí presento no es la de los historiadores. Es la que vivió y sufrió el Padre José Cueto y el pueblo canario. Es una historia narrada desde el interior de los personajes y no éstos ubicados en una historia externa. Por eso no se trata de una novela histórica, sino de la novela en la historia. Esta afirmación nos sitúa ante ese género múltiple, variado e ilimitado que ha llegado a ser la novela contemporánea y que poco tiene que ver con la novela de ficción narrativa lineal, de tiempos pasados.

«Una mala novela — dice Carmen Sylva — despierta los sentidos; una buena la conciencia». Esto último es lo que pretendo al tratar de revivir hoy la humana figura del protagonista, el Padre José Cueto, Obispo de Canarias.

No es, pues, la novela -como algunos(as) creen-un género distorsionador y limitante. Sino vasto y complejo, abierto y universal, como la vida misma.

LA AUTORA



«Ya este Obispo, Sres., continuó el lectoral, después de diecisiete años de Pontificado glorioso, la maledicencia que acecha todos los desmayos del alma y asoma su cabeza de reptil por entre la miseria y la parvedad terrena, como el murciélago agita sus alas en las tinieblas y negruras de la noche; la maledicencia, digo, no ha encontrado otra acusación que lanzar a su rostro y con qué manchar su limpia historia, que esta grave, tremenda, abrumadora acusación: No servía para Obispo, era demasiado bueno, señores, sería el P. Cueto demasiado bueno, o ¿habremos sido nosotros demasiado malos?»

EL PASTOR Y LOS PASTORES

I

EL CAMINO es largo y pedregoso. «¿Adónde quedará Barranco Hondo?». El aire azota el rostro y hace ondear la amplia capa negra del hombre diminuto que camina resueltamente. «¿Adónde quedará Barranco Hondo?» El zumbido del viento se mezcla con los silbidos de los pastores, contraseña inequívoca para llamarse unos a otros. El Prelado siente que se aproxima a su destino. Hace un alto en el camino para tomar aliento, y contempla las grandes plantaciones de caña de azúcar, los tomates en flor, y los racimos de dorados plátanos. El horizonte se le mete por los ojos y le abre el corazón para contemplar la belleza, también la pobreza, del archipiélago canario. De este lugar, del pueblo de Artenara, que visita como Obispo.

Los silbidos se hacen próximos. En el campo desierto, los sonidos son siempre los mismos; el canto de las aves, el arrullo del viento, las esquilas y el balar de los 'rebaños. Notas humanizadas por el silbo de los pastores. En la inmensa soledad del campo, los sonidos son más perceptibles, más nítidos. Pero el silencio prevalece sobre todos. Un silencio que nutre el espíritu y hace del hombre el ser que descubre el misterio de los astros, el transcurrir certero del tiempo, el lenguaje de los árboles y el sentir de los rebaños. La ternura de un corderillo o la fidelidad de un perro guardián, no las cambia un pastor por nada del mundo.

Mientras se aproxima al lugar de su destino, el Prelado piensa en la suerte de los pastores: «Como en los tiempos de Cristo, siguen siendo marginados y despreciados, su confinamiento y su trabajo, si es asalariado, tiene al mes, un valor material de 1,30 pesetas. La ganancia será para el patrón. Los que tienen la suerte de que el rebaño sea suyo, podrán tomar leche y carne en abundancia, pero su trabajo no será valorado por nadie. Cuando el día amanece, alforja y manta al hombro, sale el pastor con su rebaño en busca de parcelas de campo cubiertas de los más variados pastos. En tiempo de calor, el pastor deberá hacer doble jornada. Esto es previsible: amanece en el campo con el sol, y cuando éste aprieta, regresa al corral hasta el caer de la tarde, cuando peregrina de nuevo al campo en busca de verdes y abundantes pastos. La lluvia es más sorpresiva. Si pastor y rebaño corren con suerte, podrán refugiarse en una majada, o en otros albergues construidos para este fin por los mismos pastores».

Cualquier Obispo, según costumbre, iría acompañado de su séquito: el cura del lugar y otros notables.

Pero él, el Obispo llamado cariñosamente por el pueblo el P. Cueto,

elimina el protocolo en favor de la cercanía y de la intimidad. Comprende, de manera especial, a los pobres y sencillos. ¿No nació, acaso, en el seno de una familia humilde? Su pensamiento vuela a los años de infancia atrapando recuerdos. Evoca, vivamente, la casa paterna en el pequeño molino, en medio de la alfombra, siempre verde, del exuberante paisaje nórdico. y entonces escucha la canción misteriosa que canta el agua del arroyo que bordea el molino, y queda extasiado ante las aspas movidas por el viento. ¡El cielo, el campo y el molino! ¡El silencio! No hay casas cercanas a la suya, aunque dos pueblos están relativamente cerca: Yermo y Riocorvo. En el primero será bautizado. Pero sus primeras miradas, las imágenes de la infancia que guarda en su alma, son los árboles, un césped siempre verde, el cielo y la lluvia. Un molino mágico que sustenta pobremente a él y a los suyos. Y oye la voz de su madre: «Ya es tarde y Juan no ha regresado de cazar pájaros». Y siente el desasosiego de su padre porque quiere dar una educación a sus hijos y no tiene dinero.

¡Qué alegría experimentó, aquel día ya lejano, en que los Dominicos le recibieron como monaguillo en el Santuario de Nuestra Señora de Las Caldas de Besaya! Allí podría realizar sus estudios primarios. Mas tarde, cuando se siente llamado a la Vida Religiosa, la pobreza familiar vuelve a poner obstáculos. Revive, hasta despertar la emoción, aquella discreta conversación que escuchara a sus padres una noche en que se hacía el dormido:

- Joaquina, no tengo inconveniente en entregar mi hijo a Dios, si así él lo quiere, pero, ¿cómo pagarle el viaje hasta Ocaña?

y Joaquina, la buena madre, contestó sabiamente:

- Si es la voluntad de Dios que José sea Dominico, no permitirá que deje de serlo por falta de recursos económicos.

«Admiré la confianza de mi madre en la Providencia y busqué un trabajo como sacristán en las Clarisas de Santillana del Mar. Y experimenté, a mis diecisiete años, la alegría de ser recibido como aspirante en la Orden de Predicadores».

Su brillante carrera como estudiante y el prestigio de profesor en Ocaña y en la Universidad de Manila, no le alejaron de las actitudes evangélicas de la humildad y de la sencillez. Su nombramiento de Obispo, en una de las diócesis más pobres de España, sería un medio más de servicio a los necesitados, antes que un cargo de honor.

Se aproxima a Barranco Hondo. Recuerda que en la última visita, le llevaron al lugar certero, las notas del timple de Agustín, hijo del pastor Casimiro y de su esposa Claudina. Este joven apuesto llenaba el campo de música y canciones evocando, con frecuencia, a los antepasados aborígenes

y sus expresivos romances:

- Cásate pastor conmigo
mira que soy bonitilla,
que soy sobrina del cura
y te guardo las cabritas.

- También las puedo guardar
respondió el villano vil,
mi ganado está en el monte
con él me voy adormir.

- Cásate pastor conmigo
mira que tengo dinero,
que en la cocina del cura
tengo un cuarto en un bujero.

- Con ese harás un talego
respondió el villano vil,
mi ganado está en el monte
con él me voy adormir.

Florencio y Casimiro esperaban al Padre Cueto.

Este sabía de la desgracia de la familia. Claudina, esposa de Casimiro, había muerto hacía tan sólo unos días dejando tres hijos: el joven Agustín y las aún pequeñas hijas Begoña y Amparo. La bondad del Padre Cueto reanima a esta familia con quien reparte consuelos y obsequia el poco dinero que tiene.

Sentados en una esterilla en el suelo, saborean el sabroso conejo cazado por Casimiro, experto en trampas de caza, debidamente preparado, para compartido con los que se acerquen. Este día, le toca al Padre Cueto.

En este momento de cercanía y solidaridad con el sufrimiento de los pobres, el Obispo siente una alegría inmensa en lo más hondo de su corazón: «Comprendo -dice para sí- que el Señor quisiera celebrar su Nacimiento con esta gente. Que invitara a los pastores a un espectáculo nunca visto: a un concierto de ángeles con partitura inédita que cantaban la gloria de Dios y anunciaban la paz a los hombres de corazón puro. ¿Por qué no invitó a ningún personaje del Imperio Romano? ¿Por qué no hizo llegar su mensaje a los sumos sacerdotes? ¿Nos invitaría hoy a los obispos a ser

testigos del espectáculo divino de su Nacimiento? Si Dios se parcializa por los despreciados, por los que no cuentan, ¿con quiénes tendremos que estar los obispos? ¿Lo estamos. . . ?» y comenzó a sentir angustia interior. El mensaje del Señor era muy claro y no se prestaba a ambivalencias ni a disquisiciones teológicas para justificar la instalación o la mediocridad de vida. La cercanía a los pobres era ya, de alguna manera, la cercanía a Dios.» ¿No son los pobres un sacramento de Dios?»

De regreso a casa, un tanto cansado pues su salud no es buena, recrea su mirada con la hermosa vegetación del camino: bellas de risco, siempre vivas, tajinastes y la flor de mayo. Un pájaro carpintero se posa a sus pies al tiempo que escucha el saludo de un pastor: «Buenas tardes, Padre Cueto». Se acerca al Obispo con rostro preocupado. Tiene inquietudes de conciencia. Desearía confesarse, pero él piensa que debe ir a la Iglesia y arrodillarse en un confesionario. «¿Cómo hacerlo? No tengo ropa decente». El Padre Cueto alivia su conciencia sentándose en una piedra e invitando al pastor a sentarse para ser escuchado en confesión. Una vez más, el Prelado mira de frente el dolor y el pecado del mundo. «En el sufrimiento, en la impotencia y en la noche del hombre, tú siempre apareces, Señor, pues tu amor no es compatible con la indiferencia hacia tus criaturas. Eres un derroche de misericordia...» y le habla de todo esto al pastor y junto con la absolución le entrega la luz y la paz.

«Primer Obispo que hace esto. Que confiesa en el campo, sentado en una piedra» dice el pastor. Y se queda admirado y agradecido de la bondad y sencillez del nuevo Obispo que, por gracia de Dios, ha llegado a las islas Canarias.

Y el Padre Cueto se hace una pregunta: ¿No tendrá que aprender el Pastor de los pastores?

A LA GUERRA DE CUBA ¡NO!

II

EL PUERTO DE LA LUZ está de fiesta. «¿Qué pasará?», se preguntan los más despistados. Es un día claro del mes de abril de 1895. El vapor «Ciudad de Cádiz», con tropas peninsulares, se dirige a Cuba. El pueblo canario, queriendo expresar su sentimiento y solidaridad, se aglomera en el puerto llevando regalos a estos hombres que, en breve, expondrán su vida, muchos sin saber por qué. También les ordenarán matar y tampoco sabrán por qué. Los paquetes de tabaco, bebidas, dulces y otros alimentos, son incontables. El P. Cueto también se encuentra ante la numerosa muchedumbre que despide a los soldados. También lleva sus obsequios y sus palabras de aliento. Luego el vapor se pierde en alta mar. «¿Se perderá, también, la vida de tantos jóvenes en una guerra sin sentido?» A Cuba, a la perla del Caribe. Estos son todos peninsulares. «¿No correrán la misma suerte los isleños?»

Desde el 4 de marzo del mismo año, el P. Cueto estaba ya preocupado. En la prensa de Las Palmas se comentaba que en Cuba se habían suspendido las garantías constitucionales. Hasta ahora sólo se hablaba de enviar contingentes peninsulares a las Antillas. ¿Cuándo zarparían expediciones canarias? Seguro que pronto. Y la zozobra y la sospecha fueron tomando cuerpo de realidad, triste y estremecedora, sobre todo para los pobres.

La despedida del vapor «Ciudad de Cádiz» llenaba las páginas de la prensa de ese día. Una crónica muy emotiva. Sensacionalista. Pero, también, en la prensa de ese día, se leían noticias que asustaron a la gente. No. Aquí no había alarma infundada. La angustiada sospecha se hacía realidad: la policía había detenido a 11 desertores canarios. «¿Qué les tocaría en suerte?» No había dudas, la ley, en este caso, era clara: cuatro años de servicio en las Antillas. ¿Qué servicio?

Desertores, prófugos y no alistados... El señor José del Pino se volvía loco con tantas palabras nuevas, inventadas a la par de la guerra de Cuba. Palabras, por otra parte, que sólo tenían efecto en los jóvenes de las familias sin recursos económicos. Queriendo esclarecer su mente y, tal vez, aliviar su corazón, se fue al palacio episcopal y pidió audiencia con el P. Cueto. Aunque muy ocupado, no se negó a recibirle.

- ¿Qué le trae por aquí, señor José?.

- Padre Cueto, puede usted explicarme esas palabras de moda: prófugos, desertores, no alistados...? Y, sobre todo, ¿por qué sólo son aplicables a los hijos de los pobres?.

Con paciencia y cariño, el P. Cueto le explicó que prófugos eran los que estaban en lista para el servicio militar y no se habían presentado al acto de clasificación.

- ¿Qué castigo tienen éstos? preguntó el señor José.

- Estos, respondió el P. Cueto, están condenados a un recargo de dos años de servicio en ultramar. El P. Cueto siguió explicándole que a los que desertaban del servicio militar les imponían dos años suplementarios de servicio en las colonias, en pelotones de castigo. Por último, eran no alistados quienes habiendo cumplido 20 años y no apareciendo en las listas, no se inscribían en los ayuntamientos durante ese mismo año o al siguiente. Para éstos últimos, la pena consistía en prestar servicio en ultramar durante el tiempo ordinario.

- El porqué sólo se aplican a los hijos de los pobres, es la consecuencia de una sociedad injusta, afirmó el P. Cueto. De hecho, la ley es igual para todos. Pero la realidad es que ésta se vuelve dúctil cuando hay dinero por medio...

- Hasta iniciada la guerra de Cuba, prosiguió el señor José, no tenía noticia de que ningún joven canario fuera enviado a las Antillas por prófugo o no alistado, jamás el Gobierno se preocupó de eso. Como será, que ni siquiera sabíamos antes quienes estaban obligados al servicio militar. ¿Hará algo por nuestros hijos, P. Cueto?

- Todo lo que esté de mi parte.

El sol de agosto quema la piel, los huesos y hasta las ideas, pero no los sentimientos. En el Puerto de la Luz, más que otros sonidos, se escucha el llanto de los familiares de 52 desertores que son enviados a la guerra de Cuba. ¿Volverán?, ¿perderán la vida? Todo es posible. Mucho más lo último. Ir a una guerra es precisamente eso: vencer al contrario que se traduce en múltiples manifestaciones de muerte. Es ir a matar con la certeza de que el «asignado» como enemigo, tiene las mismas intenciones. Por eso, de manera especial, el rostro de las madres es trágico y su llanto incontenible. En todas surge la misma pregunta «¿por qué a mi hijo?» Un hijo que nace del amor no debe ser usado como instrumento de odio. Un hijo nacido para una vida larga y feliz no debe ser objeto de una muerte prematura y sin sentido. El sufrimiento visita las islas. Estos son los primeros canarios que parten para Cuba. ¿Serán, también, los últimos? Han transcurrido pocos días cuando la angustia, nuevamente, se hace sentir en los hogares canarios. Setenta soldados del Batallón Regional N° 2, van a ser sorteados y destinados a cubrir bajas en las Antillas. De nuevo llanto en el Puerto, regalos, oraciones... La presencia del Obispo o de un delegado de él, no falta nunca. Tampoco su generoso obsequio.

El miedo toma cuerpo en Gran Canaria. La gente ya no se fía de nadie. Por eso, prefiere el silencio, estar alerta y desenvolverse a diario con prudencia. Hay orden de persecución para prófugos y no alistados. Muchos tienen que buscar un escondite. Tal es el caso de Mercedes y Santiago. Matrimonio joven con dos hijos pequeños. Consiguieron hacer un túnel en la casa, cuya entrada se tapaba con un armario. Aparentemente, Mercedes vivía sola, salía a trabajar para el sustento diario y cuidaba a los dos hijos. En la noche, el marido salía del túnel y dormía con ella. Así sucedió que Mercedes quedó embarazada. Los comentarios no se hicieron esperar: llamada al Ayuntamiento, echó la culpa del embarazo a uno de los vecinos más bobalicones, pero las autoridades no creyeron mucho el cuento. Una vecina descubrió lo que pasaba cuando nació el nuevo hijo y Santiago no tuvo la suficiente prudencia por que los sentimientos le podían. ¡ «Qué bueno!, dijo la mujer para sí. En otra ocasión, me callaría. Ahora se trata de una elección y no tengo dudas de lo que debo hacer». La Guardia Provincial prometía, a los que denunciaban el escondite de un hombre en situación irregular, liberar a otro de la familia denunciante, manteniendo el anonimato. La vecina tenía a su esposo en las Antillas y no veía la hora de tenerlo de vuelta en casa, de manera que no dudó en delatar a Santiago, dejando a un lado los sentimientos humanos de compasión por la otra familia que pudieran aflorar en ese momento. ¿Supuso tristeza esta traición? Tal vez. Pero más la noticia de que su esposo, el tan esperado esposo, había muerto en la guerra. La traición sólo había servido para matar una esperanza y revelar esta triste verdad: su esposo había muerto.

¿Y Santiago, regresaría? Sí, pasando el tiempo regresó y tuvo la alegría de volver a abrazar a su familia.

De ver al hijo recién nacido, ya un niño de cuatro años, que le miró con extrañeza y recelo, pero que enseguida se sintió atraído como un imán por el cariño paterno.

Mercedes le contó que durante este tiempo, los trabajos agrícolas se paralizaron, faltaban brazos de hombre. También, porque los campos de extensas plantaciones, eran considerados los escondites más seguros.

El ambiente estaba más calmado. ¿Cuál sería la causa? El 20 de julio se publica un Decreto de interés para todos, pero sólo podrán acogerse a él unos pocos. Permite a los prófugos y no alistados la redención en metálico por 2.000 pesetas, si se presentan voluntariamente. «Yo me presentaría, dice uno de ellos, pero, ¿dónde están las dos mil pesetas?» De todas formas, quedaba la esperanza de que durante dos meses, tiempo máximo señalado para la redención, se podía vivir más o menos tranquilo.

- Hay algunos que lo están pasando mal, ¿sabes quiénes son? Pregunta un joven a otro en tono de misterio y con preocupación en el

rostro.

- No sé nada al respecto, pero, cuéntame.

- La Guardia Provincial, de manera muy astuta, espera en el Puerto cada desembarco y allí detiene, sin mayor consideración, a todos los hombres comprendidos en edad militar. ¡Maldita sea! Ellos, los guardias, tienen la seguridad de que los emigrantes jóvenes no se han presentado en sus respectivos consulados, en el momento oportuno, y caen encima como el galgo a la liebre.

Muchos emigrantes regresaban de América, un gran número de Venezuela. Algunos se habían marchado de niños con sus padres que trataban de buscar mejor fortuna que en el archipiélago Canario. Otros, lo habían hecho por sí mismos. Todos regresaban con ilusión, con el gran deseo de ver otra vez tierra y familia. De volver a probar fortuna en la tierra de uno, pues las raíces son difíciles de arrancar. El corazón siempre hace girar el rostro para ver, una y mil veces, la tierra que nos vio nacer. Pero la alegría del reencuentro en estos emigrantes era sofocada por la guardia. Un joven se resistió al ser detenido, le esperaban sus padres, su novia, sus amigos.

¿Irse a Cuba sin abrazarlos? ¿Romper tantos proyectos personales? ¿Por qué no podían soñar los jóvenes? ¿Por qué esa pesadilla de la guerra...?

- Me permiten ir a Las Palmas, estar con mi gente unos días y, luego, yo me presento, voluntariamente en el Ayuntamiento.

- De ninguna manera, usted queda detenido ya. Viene con nosotros, y luego irá donde las autoridades le envíen.

- ¿A las Antillas? ¿A la guerra de Cuba?

- Eso lo sabremos más tarde. De momento venga con nosotros.

- A la guerra de Cuba ¡No!

Lleno de impotencia y de rabia, el joven se dejó conducir.

EL PORTAVOZ DEL PUEBLO

III

«¿QUE HAREMOS?» ¿Dejaremos que los canarios mueran todos en la guerra de Cuba? ¿Permaneceremos impasibles ante la suerte de los pobres? La Sociedad Económica de Amigos del País, de Las Palmas, se reúne en pleno el 18 de agosto de 1895. El día anterior, una manifestación masiva gritaba «¡NO! a la guerra de Cuba». Había que escuchar el clamor del pueblo, buscar una solución al problema militar de las islas. «¿Qué haremos?» «¿Por dónde empezar?» «Propongo una comisión que estudie el caso y realice las gestiones pertinentes, dice el líder del grupo pensante que no quiere desentenderse del acontecer en las islas. Una interpelación le sale al paso: ¿Y, quiénes formarán esa comisión?» Luego de un breve silencio, hay una propuesta: «Dos representantes de esta institución, el Alcalde y el Obispo. Si este último acepta, será el portavoz ideal ante el Gobierno central de Madrid».

Pero el Padre Cueto no estaba en Las Palmas. Su precaria salud le obligaba a tomar baños de Azuaje en Firgas. Allí se presentaron los representantes de la Sociedad Económica exponiéndole lo convenido; y que si aceptaba sería portavoz y presidente. El Padre Cueto estaba muy enfermo, a tal punto que les recibió en el lecho; pero anteponiendo a su salud el bien de sus diocesanos, aceptó y prometió presentarse en Las Palmas con tiempo suficiente para embarcar.

- Padre Cueto, dijeron los delegados, le ofrecemos un cheque en blanco para cubrir los gastos del viaje.

- De ninguna manera, afirmó el Prelado, esa será mi modesta contribución a la solución del problema.

«Imagino que tendremos algo de dinero en la cuenta», se dijo para sí el P. Cueto. «Preguntaré al mayordomo D. José María Leza». Pero éste, le confirmaría más tarde, que, como la mayoría de las veces, estaban limpios. Por eso se va a quedar la gestión sin hacer, pediré prestado. El ingreso mensual del Obispo era significativo. Sus gastos personales, ínfimos. El hábito de dominico estaba bien remendado, ¿dónde, pues, invertía el dinero? Don José María Leza lo sabía muy bien: todo era insuficiente para remediar los muchos problemas que, a diario, llegaban a la casa del Obispo y, de los cuales, él no sabía desentenderse.

«El amor de Cristo apremia», recordó el P. Cueto.

Todavía no estaba bien, pero decidió regresar a Las Palmas. Ya en la capital isleña, tuvo que guardar cama unos días más pues la enfermedad era más fuerte que su voluntad. El 24 de agosto, viajó a la península con los

integrantes de la comisión: señores Felipe Massieu y Falcón y Juan Ramírez Doreste, el Arcipreste de la Catedral, don José López Martín, como acompañante del Obispo.

«A mí, señores, me disculpan, no puedo ni debo ir», se excusó el alcalde, don Ignacio Díaz Lorenzo, quien formaba parte de la comisión. La importancia política de este viaje era grande. ¿Y si fracasa?, se dijo el Alcalde. «Soy el líder del partido conservador de Las Palmas, si no hay éxito en lo que buscamos puedo perder mi popularidad». Le interesaba más su imagen, su prestigio. También temía las represalias de los correligionarios de Madrid, al ser conservador el Gobierno del momento. Y el clamor del pueblo, ¿dónde quedaba? ¿Podría seguir sirviéndole sin correr riesgos, sin anteponer sus necesidades a la de su imagen política?

Los comentarios no se hicieron de esperar. Era común entre la gente:

- «¿Ya te enteraste hombre? don Ignacio Díaz Lorenzo no quiere acompañar a la comisión a Madrid».

- «¿Y cómo un Alcalde puede eximirse de solucionar un problema tan grande como el que sufrimos ahora? ¿Para qué fue elegido? Un hombre así no merece ser Alcalde».

Y la evasión y el miedo a perder su popularidad, fueron la perdición del Alcalde, a quien el pueblo obligó a dimitir por no haber sido escuchado, porque antepone su imagen al servicio del pueblo. En este momento difícil, se revelaba su verdadera identidad.

La comisión era portadora de un documento redactado por la Sociedad Económica de Amigos del País, de Las Palmas, en el que se exponían las verdaderas razones de la situación militar, anormal, del archipiélago, y solicitaban un arreglo que no tuviera consecuencias negativas en relación con el progreso que comenzaban a vivir las islas. El Ayuntamiento les entregó otra súplica en términos parecidos. También se solidarizaron las sociedades económicas de La Laguna y La Palma, manifestando así, que no se trataba de un problema aislado, sino que había incidencia en toda la Provincia. Una vez más, sólo faltó el apoyo de Santa Cruz de Tenerife, pero, al menos, en esta ocasión, no trató de poner impedimentos o algo parecido en Las Palmas.

Mientras la comisión se dirige a Madrid, en Las Palmas se preparan tristes despedidas. ¿Quiénes van a la guerra de Cuba? Varios jóvenes un total de 21 declarados prófugos. Llega el día de zarpar el barco y ahí están los jóvenes, con sus familiares llorando. Ellos disimulan y reciben, con gratitud, los numerosos obsequios de la gente, a la vez que cariñosas palabras de ánimo y esperanza en el regreso.

- ¿Están todos los soldados a bordo?

- No, mi capitán.

- Pues suspenda el embarque. Ha llegado un telegrama dando órdenes de que este barco no lleve prófugos.

Renacer de vida y esperanza. ¿No debe ser este el horizonte del ser humano? Hemos sido creados para la felicidad. Pero hay gente que no ha entendido este bello fin del ser humano. Y crea y persigue horizontes de muerte, espacios de desesperanza. E inventa motivos aparentemente nobles para justificar su espíritu destructivo.

Ya en Madrid, la comisión se pone en contacto con los representantes canarios en las Cortes. Don Fernando León y Castillo dejó por un par de días su embajada en París para servirles de apoyo. Todos juntos se presentaron ante el Ministro de Guerra el día 5 de septiembre.

.. Sólo la común-uniión puede realizar grandes empresas. Un hombre solo, por grande que sea siempre se verá limitado, pues nadie es portador de todos los dones. Fue la Sabiduría Divina quien inventó la complementariedad...

Al Padre Cueto, como Presidente y Portavoz, le correspondía exponer la situación de los prófugos y no alistados y pedir una medida favorable, insistiendo que los canarios no querían eludir sus obligaciones militares; pero tampoco debían ser castigados por lo que anteriormente se había hecho mal no eran ellos los culpables.

«Señor, dame tu luz, tu sabiduría para que este servicio en favor de mis hermanos jóvenes y pobres, sea positivo. Dame la palabra oportuna para persuadir a los que tienen en sus manos el poder de decisión».

Luego de cálido y lúcido coloquio, el Padre Cueto entregaba unos documentos al Ministro, quien con muestras de interés, prometió estudiarlos.

La ciudad entera de Las Palmas y todo el archipiélago, permanece atenta a las noticias de los periódicos. Todos se ponen de acuerdo para colaborar con el gran costo que suponen los largos telegramas que llegan desde Madrid, con noticias de los pasos dados por la comisión. El día 13 de septiembre se recibió el más ansiado. Decía: «Hase prorrogado por dos meses más el plazo de redención a metálico de prófugos, desertores y no alistados.

«Algo es algo —se decía la comisión— mientras haya demora, podemos pensar en otras estrategias. Pero no podemos conformarnos con estas pequeñas concesiones. El problema surgirá otra vez. Pensemos...»

Publicado este decreto, la comisión se presentó de nuevo al Ministro de Guerra: «Agradecemos, de todo corazón, el decreto publicado; pero

deseáramos una resolución definitiva y no temporal. ¿Será tan difícil para el señor Ministro esta concesión?» Una súplica, una interpelación cuestionaban con fuerza al hombre de gobierno.

Con la despedida del Ministro, se disolvió la comisión. Don Felipe Massieu y Falcón se encontraba de regreso en Las Palmas el 15 de octubre; mientras que don Juan Ramírez Doreste permanecía en Madrid, por asuntos particulares. El padre Cueto se quedó solo con don José López Martín, que no era miembro de la comisión.

«Es fácil decidirse en el Inicio de una gran obra —comentaban observadores isleños — lo difícil es perseverar, continuar el trabajo, cuando se presentan las dificultades. Si hay logros posteriores, ¿de quién será el mérito? Sin duda alguna de nuestro Prelado, quien consiente quedarse solo antes que abandonar la lucha por tan justa causa». Confiaban en su inteligencia y, sobre todo, en su corazón, manantial de persuasión, porque el amor que anidaba en él, le mantenía siempre activo en favor de las necesidades ajenas.

- ¿En qué hotel se aloja, padre Cueto? Preguntó Don José López Martín.

- En la Comunidad de mis Hermanos Dominicos, en el Convento de La Pasión?

- ¿Se olvida que ahora es un Obispo?

- No, recuerdo que sigo siendo fraile y que lo uno y lo otro me invitan a la pobreza y a la fraternidad. Y se quedó pensando: «¿Qué opinaría este hombre si supiera que viajé con dinero prestado?»

LA SOLUCION DEFINITIVA

IV

EL OBISPO Y el resto de la comisión, saben que lo conseguido no representa una solución definitiva. Los canarios podían permanecer tranquilos dos meses más; pero, ¿qué ocurriría después?

«¿Nos conformaremos con soluciones a medias?», pensó para sí el P. Cueto. y enseguida se dijo «de ninguna manera». ¿No estaba en juego la suerte de los pobres y de los jóvenes? «Contamos con dos meses. Hay que trazar un plan de actividades para este tiempo. Al final del mismo, espero haber conseguido mi propósito, y el Obispo no dormía porque se pasaba la noche entera pensando en la vida de los más golpeados de su Diócesis. El era el Padre y Pastor. No podía conformarse con hermosas cartas pastorales y acertadas declaraciones por la prensa de Las Palmas. El amor lo conducía, inexorablemente, a una acción efectiva y desbordante de generosidad. Porque el amor no tiene medida.

El amor agudiza los sentidos y hace aflorar la creatividad. «¿Dónde estará la Reina?» Se preguntó el P. Cueto. Averiguó y estaba en San Sebastián, en su residencia de verano. Viajes, gastos, desasosiegos... Todo es compensado si conseguimos el fin que perseguimos. El P. Cueto no lo dudó, se puso en camino y se entrevistó con la Reina. Ampliamente, expuso a la soberana los problemas que le preocupaban y que afligían a tanta gente de las islas. De reojo, el P. Cueto percibió muy conmovido el rostro de aquella mujer, quien le prometió hacer lo que estuviera en sus manos.

El tiempo tocaba a su fin. Faltaban unos días para concluir la prórroga concedida por el Gobierno, y no había noticias favorables. «No puedo esperar cruzado de brazos», se dijo el P. Cueto. Hay que conseguir algo efectivo, a muy corto plazo.

Y viajó a Madrid, él solo, sin ceremonias ni protocolos, con una sólo intención: buscar la solución definitiva al problema. En realidad, nadie creía en esta solución, por eso, de antemano, todos le habían abandonado, excepto don José López. ¿No creían en el triunfo final de la gestión o no les importaba mucho? Los canarios y la prensa ya no hablaban de una comisión que luchaba por la suerte de los prófugos, hablaban de un hombre bueno, de un Obispo, que solo trataba de agotar todos los recursos para conseguir algo que era justo y que sería motivo de paz y de alegría para sus diocesanos.

Estando en las antecámaras de la Corte, recordó, vivamente, a aquel hermano de hábito, Antón de Montesinos, que tres siglos antes le

precediera en una situación similar, de interceder, ante la Corte, en favor de la gente necesitada. Siendo voz profética de los sin voz. Insistió, rogó y partió para las islas con la esperanza en el alma.

Los jóvenes o sus padres, buscaban angustiosamente escondites, pedían limosna para completar el importe de la redención a metálico. Grande era el desasosiego, cuando llegó un telegrama anunciando una nueva prórroga. La generosidad de la gente de Las Palmas hizo que se recolectara una cantidad significativa de pesetas. Cuenta la historia que hubo un ingreso de 349.500 pesetas correspondientes a 220 prófugos, desertores y no alistados. Y la eterna reflexión: ¿Si tantos pudieron pagar su redención, cuántos estaban incapacitados de hacerla? En estos últimos pensaba el Obispo y para ellos consiguió la nueva prórroga.

Cada prórroga conseguida ofrecía nuevas ventajas. La diferencia entre la primera y la segunda era notable. La primera, conseguida por la comisión de Las Palmas, tuvo un carácter general y tiempo limitado. La segunda, en cambio, la consiguió únicamente el P. Cueto restringida a Canarias y por tiempo ilimitado. ¡Era todo un privilegio! La primera era para varias provincias de España y por un tiempo muy fugaz. Esta era para Canarias sin límites de tiempo. ¿No era un gran logro? Sí, duraría hasta que se dictaran nuevas normas en relación con el servicio militar en la provincia.

Años más tarde, el P. Cueto recordaría, con emoción, que el Decreto estaba firmado el 13 de octubre de 1895, justamente el mismo día en que el Obispo visitara a la Reina en su residencia de verano. ¿Sería antes o después de la reunión del Consejo de Ministros?, se preguntó, «pues, de ser antes, la visita había surtido efecto». La gente que conocía al P. Cueto tampoco descartó el hecho de la eficacia de la insistencia, del hombre bondadoso de eterna sonrisa. Hombre cargado de responsabilidades, pero sin prisa hasta alcanzar el logro que perseguía.

Concluida su actividad en Madrid, anuncia su salida de Cádiz para Las Palmas el día 29 de noviembre. ¡Qué alegría regresar con buenas noticias para su Diócesis!

El pueblo humilde y sencillo nunca se deja ganar en generosidad. La gratitud le brota por los poros de la piel y tiene que inventar mil formas de demostrarla.

Así fue la gente sencilla de Las Palmas. Organizó un acto de recibimiento al P. Cueto, muy pocas veces repetido. La Sociedad Económica de Amigos del País se encargó de la coordinación del mismo.

El 2 de diciembre de 1895, anclaba, en el Puerto de La Luz, el barco donde llegaba el Obispo. Un sonido intenso de sirenas daba la primera

bienvenida: todos los barcos atracados saludaban calurosamente al hombre bueno. Seguidamente, todas las campanas de la ciudad se echaron al vuelo con un tañido alegre y festivo. A esto se sumaron las explosiones de numerosos cohetes. Desde que se avistó el vapor, todo se convirtió en una fiesta. Pero ya antes, la ciudad entera, se había movilizado, hacinándose en el muelle de Santa Catalina, interrumpiendo el paso de los carruajes oficiales al puerto. El tranvía, paralizado para evitar accidentes, saludó también al P. Cueto con silbidos intermitentes. Enternecido y asombrado estaba el Obispo ante el cálido y desbordado recibimiento.

El Alcalde de la ciudad, con el resto de la comisión enviada a Madrid, que ya se encontraba en Las Palmas, se acercaron en una falúa al costado del «Alfonso XIII», para recoger al Obispo. Pequeñas embarcaciones, repletas de curiosos, formaron camino por el que pasó el Obispo bendiciendo a los que vitoreaban.

Los ojos de mirada bondadosa y tristonosa se agrandaban, asomando en ellos el asombro y las lágrimas. El se daba al pueblo con entera gratuidad, pero éste no era insensible ante el bien recibido. Con mil gestos, a su manera, expresaba, de manera sensible, su gratitud al Obispo. Arcos de triunfo, calles engalanadas, brazos abiertos y alegres rostros ambientaban el camino del puerto a la Catedral.

Numerosa comitiva formada por coches de caballo, avanzaba por diversas calles de la ciudad, al son de la música de cuatro bandas. Las autoridades, que habían llegado al puerto para recibir al Obispo, encabezaban con él esta solemne y festiva comitiva. Todo había sido planificado al detalle.

Pero la emoción del pueblo rompió, de manera inesperada, el protocolo. Llegaba la comitiva a la esquina de las calles de Triana y Malteses, cuando un grupo de prófugos representantes del auténtico pueblo de Las Palmas jóvenes y hombres pobres, sin posibilidad de redimirse a metálico, sabiéndose salvados por el P. Cueto, irrumpió ante el coche de caballos que llevaba al Obispo e intentó llevarlo en hombros. El P. Cueto les hizo desistir explicándoles que estaba muy cansado del viaje. Con respeto, desistieron, pero ante el asombro y admiración de todos, el grupo de prófugos salvados soltaron los caballos de la carroza del Obispo y sirvieron de tiro al coche, en diversos turnos, hasta llegar a la Catedral. Expresión del fondo del alma del pueblo para demostrar el cariño y la gratitud inmensa hacia un Prelado que tan bien representaba la figura del Buen Pastor.

Arrastrada por el pueblo de Las Palmas, la carroza se detuvo ante la puerta principal de la Catedral. Era el momento de agradecer al Señor, autor de todo bien, los logros alcanzados en favor del pueblo. Realizada la

acción de gracias con el canto gregoriano del Te Deum, el P. Cueto agotado por la emoción y el viaje subió al púlpito para agradecer a las autoridades, a la ciudad entera, la solidaridad y gestiones cumplidas en favor de los prófugos de la guerra de Cuba. Una vez más, él quedaba al margen. Los demás y, sobre todo el Señor, eran los autores del éxito obtenido.

La distancia de la Catedral al Palacio Episcopal era poca. Sin embargo, tuvo que invertir un largo espacio de tiempo porque el entusiasmo popular era incontrolable. Lleno de dulzura, saludó pacientemente a cuantos quisieron acercarse a él, que fue un número incontable. Ya en el Palacio, pensó podía descansar; pero la plaza de Santana estaba llena de gente que clamaba por la presencia del querido Prelado. El se asomó al balcón y los vítores se repetían de manera indefinida. El P. Cueto se limitó a sonreír y a bendecir. La emoción y el clamor del pueblo no permitían otra cosa.

La noche se engalanó de fiesta. Los edificios públicos aparecieron iluminados con lucernas —todavía no estaba instalada la luz eléctrica en Las Palmas —las bandas de música tocaban alegres pasacalles que terminaban ante el Palacio Episcopal. Esto obligaba al P. Cueto a salir al balcón para agradecer el detalle a los diversos grupos integrantes de las bandas.

Vencido por el cansancio y la emoción, ya en su dormitorio, el P. Cueto se preguntó: «¿Si el pueblo es así de generoso, cómo serás, *tú*, Señor?»

EL PALACIO CONVERTIDO EN HOSPITAL

V

«NO ES SUFICIENTE el logro de que vaya el menor número de hombres a la guerra de Cuba», se dijo el P. Cueto. Y empezó a pensar en los heridos en el campo de batalla, en los heridos que pasaban por el Puerto de la Luz, en los que llegaban a Las Palmas u otros lugares de las islas. «¿Quedarán sin atención los heridos? ¿Les dejaremos morir?» Su corazón de buen samaritano no podía desentenderse de esta realidad y empezó a inventar soluciones.

«El Palacio Episcopal es grande. ¿Acaso necesito yo, o alguna otra gente que lo habita, tanto espacio?» y comenzó a pensar en la idea de un hospital donde se atendiera a la gente debidamente. Comunicó esta idea a los más cercanos y pronto cundió a lo largo y ancho del archipiélago. Este Obispo era un caso especial: al pensar en los seres humanos, pensaba en sus necesidades todas. En las del cuerpo y en las del alma. Por eso concebía proyectos integrales. Cultivo del espíritu y atención a las necesidades humanas.

Una mañana, se abrieron las puertas del Palacio Episcopal para mostrar a la gente su creativa transformación: amplias salas para heridos, con asignaciones peculiares. Unas para gente en estado grave, para infecciosos, convalecencias regulares... Quirófano y otros instrumentos médicos necesarios para la rehabilitación de los enfermos. El día 10 de octubre de 1896 el hospital estaba totalmente disponible para prestar sus servicios a los canarios que llegaban a su tierra con ineludibles marcas de la feroz guerra.

«El Obispo se ha metido a médico», decían algunos. «¿No tendrá suficiente tarea con escribir cartas pastorales, predicar y visitar a la gente de la Diócesis?», comentaban otros. Tampoco faltó el comentario de los que pensaban que el Obispo se olvidaba de su «dignidad» de príncipe de la Iglesia al abajarse al pueblo y confundirse con él. «No me pega este hombre para Obispo», se oyó decir con frecuencia, «es demasiado bueno».

El diez de febrero llegaron a Las Palmas dos soldados gravemente heridos en la guerra de Cuba. Los familiares acudieron al Obispo para solicitar el ingreso en el hospital del Palacio. Se trataba de Manuel Medina, natural del pueblo de Moya y de Juan Marrero, oriundo de Firgas. «Estos son nuestros primeros héroes», gritaba el pueblo. Y como a tales los recibieron y se preocuparon por ellos.

Las balas habían hecho estragos en el cuerpo de Juan Marrero. Urgía una operación a corto plazo. Y así se hizo, pues en el nuevo sanatorio no

faltaban ni médicos ni instrumentos idóneos. Además, podría estar ingresado todo el tiempo que fuera necesario. El caso de Manuel Medina era de otra índole, pues había contraído la viruela y fue necesario aislarle de otros enfermos y de visita que no fuera de médicos o enfermeras.

¿Quién dirigía la función médica? ¿Acaso el P. Cueto también llegaba hasta ahí? No. El tenía amigos, cristianos solidarios con las necesidades del pueblo que sumaban sus esfuerzos a los del Prelado para hacer el bien a quien lo necesitara. En este caso hubo un médico digno de admiración: don Bartolomé Apolinario, hombre de actitudes evangélicas, consciente de que la mejor manera de amar a Dios es amar al hombre y especialmente si éste es pobre e indigente. Este médico pudo llamarse amigo del P. Cueto y serlo porque ambos sabían de altruismo y gratuidad. De donación sin límite. Ellos que sabían mucho de exámenes, se preparaban a fondo para la asignatura del último: el Amor. Hospital para el cuerpo y para el alma, para la alegría y la paz, para el reencuentro consigo mismo y con Dios, con la familia y con la vida. Esa vida tan anhelada que a veces se nos escapa, cuando menos quisiéramos porque alguien, de manera especial nos espera. O porque estamos apegados a ella. O porque la consideramos un don al servicio del Reino de Dios. Así la concebían el P. Cueto y don Bartolomé Apolinario. Por eso, en ese hospital se respiraba vida en todos los sentidos. Había otros en el archipiélago que olían a muerte, a dinero, a soledad... Si el enfermo no moría de desatención, moría de tristeza. Por que la vida, para mucha gente, vale poco. Más si se trata de la vida del pobre que no tiene recursos para pagar buenas clínicas y atenciones médicas. La finalidad de un Centro Médico es salvar la vida humana a como de lugar, pero con frecuencia el objetivo primordial se invierte y, en la práctica, lo que prevalece es el lucro. Sólo desde el amor a la vida del hombre se pueden abrir instituciones sanitarias.

«¿Y en el puerto, no hará falta una Casa de Socorro para los que llegan muy graves o van de paso?» Preguntaba el P. Cueto a don Bartolomé Apolinario.

«Es de primera necesidad», respondió el médico. Y en la Casa Asilo de San José, fundada anteriormente por el P. Cueto, se organizó e inauguró una Casa de Socorro que, aunque su finalidad inicial fue atender a los heridos de la guerra, al abundar los problemas de salud en las inmediaciones del puerto, se atendió, indistintamente, a las personas enfermas que allí acudían.

La Cruz Roja había prestado, hasta entonces, un servicio bastante restringido. El P. Cueto y don Bartolomé Apolinario coordinaron e impulsaron sus servicios haciéndose sentir de manera altamente significativa en la ciudad de Las Palmas. La mística del Obispo y del médico motivaron a médicos y enfermeras quienes se volcaron en un buen

servicio a heridos y enfermos. Como los recursos económicos eran escasos, se hicieron colectas públicas, se recibieron donativos de socios y particulares, material para curas, también se organizaron festivales con este motivo. La solidaridad creció e hizo posible el rescate de muchas vidas. Estos proyectos en común, también sirvieron para unir más a la gente.

Concluida la guerra de Cuba y habiéndose recuperado el último herido, se eliminó el sanatorio del Palacio Episcopal. Pero la actividad de atención médica a la gente, especialmente pobre, se continuó con el consultorio gratuito de la Casa-Asilo de San José. Hasta ahora, el Prelado había estado al frente de la junta encargada del Proyecto Salud, posteriormente vio la conveniencia de que lo continuaran nuevas personas. Estas solicitaron que al menos continuara como Presidente Honorario.

El P. Cueto era un hombre, con frecuencia enfermo, que conocía los padecimientos del que sufre enfermedades diversas. Pero, más allá de una empatía por carencia de salud, se sabía Sacramento del Amor, al servicio de los hombres, del Reino. Amante de la ecología, acogió la vida en la naturaleza y en el hombre, consciente de que no se nos da hecha de una vez para siempre, sino que hay que cuidada y acrecentada hasta donde nos sea posible. Esto le llevó, frecuentemente, a vivir actitudes de compasión, entrega, misericordia, intrepidez... Porque se sabía servidor de la comunidad encomendada.

El Palacio del Obispo
se convirtió en hospital.
Dicen que además de heridas
allí curan todo mal.
La mitra se dignifica
a causa de la bondad,
y el milagro del quirófano
surge de la caridad.

SOLIDARIDAD CON LOS OBREROS

VI

LOS OBREROS están subpagados. Además del bajo e injusto salario, son explotados siendo sometidos a duros trabajos, alargando las horas del día, desconociendo el descanso dominical. ¿Por qué este abuso del patrón?

Los pobres, más que nadie, deben organizarse para autogestar proyectos, cumplir deberes y exigir derechos. Para vivir el especial don de la comunión y solidaridad entre los seres humanos. Para sobrellevar el sufrimiento y hacer siembras de esperanza.

Así pensaba el Padre Cueto. Al llegar a Canarias preguntó «¿Cuántas organizaciones obreras hay?» Y, enseguida, se enteró de que habían dos: «La Asociación de Trabajadores», arreligiosa, que disponía hasta de un órgano de prensa semanal: «El Martillo del Trabajo»; y el «Círculo de Obreros de Las Palmas», confesional católico. El Padre Cueto se alegró de la existencia de estos grupos a quienes prometió consolidar y multiplicar.

En el Puerto de la Luz los accidentes de obreros son frecuentes. ¿Por qué no crear una Asociación de Socorros Mutuos? Y así, en enero de 1896, nacía, a instancias del Padre Cueto, «El Círculo de Obreros Católicos del Puerto de la Luz». El Obispo presidió la elección de la primera Junta Directiva y se convirtió en su propulsor y animador.

«Estos círculos están mal pensados, llenos de carencias, sin mayor alcance», decían los analistas del movimiento obrero español. «Puede haber cosas mejores, pero el fundamento de su creación es la falta de seguros sociales y la necesidad de una cobertura en casos de enfermedad o accidente. ¡Y vaya que se está cumpliendo esto bien!

Las frutas y las hortalizas se multiplican en las islas como una bendición de Dios para sus habitantes. Con el inicio de la agricultura llega también el negocio de la exportación. Había que preparar la mercancía para cuando llegasen los barcos. Y, a veces, llegaban en domingo.

Los campesinos celebran, con fervor, la liturgia dominical. Les gusta encontrarse con su gente en misa. También descansar tomando unos tragos y jugando alguna partida a las cartas. Esto no implica que dediquen algún rato del día al trabajo de sus propias fincas, o al cuidado de sus animales.

«¿Qué pensará el Obispo sobre el trabajo dominical?» Se preguntaba

la Compañía Blandy y Cía, que tenía jugosos negocios exportadores en Bañaderos, Moya y otras localidades. Es ineludible pedir un permiso.

El Padre Cueto, mirando el bien de las islas, sin descuidar el bien de los obreros, concedió el permiso para recolectar y acondicionar frutas los domingos, cuando estuviere previsto la llegada de un barco. Pero esta concesión estaba sujeta a la justa y generosa paga al obrero, a no privarle de otros momentos de descanso y compartir familiar, a participar en la misa. Al principio los permisos fueron por tiempo indefinido, posteriormente, se pidió el requisito de que fueran por un año renovable, con el fin de verificar si había abusos o no de parte de los patronos. Así el Padre Cueto favorecía la agricultura y el comercio de las islas Canarias, a la vez que trabajaba por la justicia solidarizándose con la clase obrera.

Y un día llegó a sus oídos algo inaudito:

- ¿Qué le pasa señor Marrero, que viene tan desencajado?

- Qué me va a pasar, Padre Cueto, que los patronos han encontrado varios sacos de plátanos podridos y quieren descontarnos su valor de nuestro sueldo. Dicen que no tomamos previsión el domingo, que debiéramos haber trabajado la noche, si era preciso, para dejar toda la fruta acondicionada. Ellos fueron los que no tomaron previsión alguna.

Si todo sale bien, no comparten las ganancias, pero si hay pérdidas, esas sí quieren compartidas haciendo que trabajemos gratis para ellos y, si es posible, haciéndonos dependientes para siempre a causa de la deuda que, según su avaricia, hemos acumulado en la empresa.

«Ajustaremos las cuentas a esos patronos», dijo el Padre Cueto. Y los miembros de la Compañía Blandy y Cía., se dieron cuenta de que ese Obispo era diferente a otros, no se quedaba tranquilo en su palacio en tareas burocráticas, ni en la catedral pronunciando bellas piezas de oratoria. Era un verdadero y genuino hermano de Francisco de Vitoria, Bartolomé de Las Casas, Antón de Montesinos... Un luchador de la justicia, que grita la verdad, desde su mirada bondadosa y triste y una sonrisa que invita a la cordialidad y al diálogo.

El problema de los campesinos estaba en parte resuelto. ¿Cómo hacer con la injusta situación de los dependientes de comercio, cuando la legislación vigente autoriza el trabajo todos los días de la semana, incluyendo el domingo? ¿Cómo hacer que estos trabajadores tengan un tiempo para la celebración litúrgica dominical, el compartir con su familia, un alto en el trabajo diario? Estas leyes conciben un tipo de hombre confinado al trabajo. Un ser para producir.

El Padre Cueto habló cordialmente con los propietarios de los más

destacados comercios, con el fin de que voluntariamente cerraran los domingos. Pero éstos no hicieron caso. Posteriormente, escribió una carta al presidente del Círculo Mercantil, suplicándole intercediera en favor de los empleados de comercios; aquí también surgieron dificultades, los comercios familiares decían no perjudicaban a nadie. Buscando otra manera de conseguir su propósito, escribió una circular hablando de la importancia del descanso dominical y atacando el mal de raíz: Si la gente se pusiera de acuerdo y no fuera nadie a comprar, los comerciantes tendrían que cerrar los domingos. Tan culpables eran los comerciantes como los compradores. En realidad, poco caso hicieron los unos y los otros. Pero la perseverancia del Padre Cueto no se rindió. Buscando una nueva salida se entrevistó con el Alcalde y le expuso las razones de su lucha en favor de los dependientes de comercio. Luego de algunas discusiones y aclaraciones, firmaron una circular conjunta, dirigida a todos los comerciantes de la ciudad, diciendo que se cerrarían, sin apelativo alguno, todos los establecimientos comerciales los domingos y festivos. Además, se impondrían multas a quienes no respetaran la nueva ordenanza municipal. Los propios empleados del comercio fueron los más avisados para denunciar irregularidades en el cumplimiento. Hubo sucesos curiosos donde, los mismos empleados, impidieron la entrada a los comercios a clientes de la más diversa índole.

Después de un largo tiempo de dura y obstinada lucha, el Prelado veía colmados sus deseos. Este anhelo de justicia con los más desprotegidos, ¿cuánto duraría? Tan sólo dos años. Y, ¿para eso vale la pena luchar tanto? Sí, un solo acto de justicia puede valer muchos años de lucha.

En 1904 se publicaba la Ley del Descanso Dominical, que de descanso tenía muy poco. La Asociación de Trabajadores pedía un día de descanso semanal, fuera o no domingo, esto hizo que los dependientes de comercio vieran amenazados sus logros. Se permitía, además, el trabajo de niños y mujeres en días de fiesta. El trabajo, la explotación, el abuso...

¿Acabaría, algún día, el Padre Cueto de verse enfrentado en la dura lucha en favor de los derechos humanos? Seguro que no. ¿Habría muchos obispos, sucesores suyos, que dieran hasta su última gota de sangre hasta hacer brotar la justicia en la Diócesis que están llamados a servir?

EL PRINCIPE POBRE

VII

EL ERA EL OBISPO. Un Príncipe de la Iglesia. ¿No lo afirma así el Concordato de 1851? Sí, afirma que los obispos son príncipes de la Iglesia. Y, también, que los gobiernos están obligados a atender, de manera digna, a sus necesidades.

- ¿Cuánto percibe al año el Padre Cueto?.

- Catorce mil pesetas.

- Suficiente. ¿Sabe usted cuánto percibe un obrero agrícola? Mil, cuando más. ¿Qué hace el Padre Cueto con ese dinero?.

- Se conoce que usted no vive en Canarias, de lo contrario no haría esa pregunta, dice don José María Leza al sacerdote peninsular que le visita esa mañana. Yo soy su administrador y sé muy bien en qué se invierten los fondos destinados a la caja del Obispo. Al principio, cuando veía dar al Padre Cueto a manos llenas, me enfadaba. Luego comprendí que no tenía remedio. El era así: un ser para los demás. Hasta mi comida he tenido que compartir 'con él, si no quería dejarlo en perpetuo ayuno.

- ¡POCOS obispos hay así! Después de los logros alcanzados para los prófugos de la guerra de Cuba, me interesó la figura de este Prelado. Don José María, ¿usted que ha vivido tan cerca de él, podría contarme algo de la personalidad del Padre Cueto?

- Podría hablarle de la faceta del predicador, del profesor, del escritor y, también del hombre espiritual que es. Pero sobresale en él la imagen del «buen samaritano», del hombre compasivo y misericordioso. El hombre bueno, próximo al corazón de Dios Padre. Hay gente caritativa en el mundo que aunque pródiga con los demás, no vive la pobreza. El Padre Cueto es un pobre con los pobres. ¡Gracias a la Capa Magna! No se imagina el hábito que lleva puesto. Todo remiendos. Remiendos bien hechos por las Dominicas, pero remiendos. Igual pasa con el resto de su ropa. La capa presenta al Obispo; el hábito al hombre pobre.

- ¿Qué dinero reserva para sus necesidades?

- Poco o nada. Claro que, cuando sucede lo último, me toca salir al paso con mi sueldo. Al principio, me enfadaba. Ahora lo hago con gusto.

- ¿Cuántas instituciones benéficas hay en Las Palmas?

- Innumerables. Muchas fundadas por él, y, todas, sin excepción, tienen asignada una contribución fija. ¿Recuerda los estragos que hicieron

los temporales en Tejeda o Agaete? Yo le pedí al Padre Cueto que esperásemos informes o evaluaciones del desastre, pero él me dijo que las necesidades apremiantes hay que resolverlas inmediatamente. Hay que actuar más que deliberar. De manera que dio cuanto tenía y, además, abrió suscripciones en favor de los damnificados. Sensibilidad única ante las calamidades sociales. Los canarios siempre temieron las epidemias. Sus puertos eran puntos de máximo riesgo. Hubo momentos en los que el gobierno antepuso los fines comerciales, las ganancias, a la salud pública y dejó que buques procedentes de lugares apestados atracaran. El Padre Cueto no se contentó con orar para que la ciudad se salvara, escribió y telegrafió varias veces, pidiendo derogaran la orden de atracar en el Puerto de la Luz. El interés grande del Obispo por la salud pública contrastaba con los intereses del gobierno. «¿Por qué no se quedará el Obispo quieto en su palacio?» Así decían los interesados. «¿Quién le habrá dado vela en este entierro?» Con tantas intervenciones en problemas sociales, no han faltado conspiradores contra él. La isla de Gran Canaria sufrió muchas plagas de langosta, pero ninguna tan terrible como la de 1893 que arrasó los campos de Agüimes y El Ingenio. ¿Sabe qué sistema tenían los canarios para extinguir los insectos? Los golpeaban para aturdirlos y, posteriormente, les prendían fuego. De manera que la mejor ayuda era reunir a un buen número de hombres, pero a éstos había que sustentados y no con mosquitos precisamente.

- ¿Cuántos participaron en esta operación?

- Todos los habitantes de los pueblos y cuatrocientos soldados.

¿Oyó hablar de la sequía de Lanzarote y Fuerteventura en 1901? Era y es un mal endémico de las islas orientales. La falta de ríos, arroyos y manantiales, hace mirar al cielo implorando a voz en grito «¡AGUA!» Los hombres de estas islas almacenan grandes aljibes y cuando las nubes se abren hacen buen acopio de agua. Dos años sin caer una sola gota ¡qué tragedia!, pues ya no se trataba de salvar los campos, sino la vida de la gente. Siempre hay personas egoístas que saben aprovecharse de los demás, incluso en las situaciones más trágicas. También, en esta oportunidad, los que tenían reservas comenzaron a venderlas a precios exorbitantes y así reunir el dinero necesario para trasladarse con su familia a Las Palmas. ¿Qué hace el Padre Cueto entonces? Cuando recibe el informe del párroco, envía su primer donativo de trescientas setenta y cinco pesetas.

«¿Padre Cueto —le dije —no le parece mucho?» Y él me contestó: «A ti todo te parece mucho. Si analizamos las necesidades, más bien pienso que es muy poco».

- ¿Sabe cuánto valía un tonelete de diez litros? - No tengo ni idea.

- Pues una peseta y veinticinco céntimos.

- Y, ¿para cuántos alcanzaba?

- Para muy pocos. El Ayuntamiento agradeció mucho este gesto del Prelado. Quiso seguir enviando más y más, pero ya no había agua que comprar. Había que llevarla de fuera. Entonces el Padre Cueto se preguntaba: «¿No discurrirá nada el Ayuntamiento de Las Palmas como ayuda más eficaz?» Dio la sugerencia y al fin se organizó una junta de ayuda a las islas sedientas, mientras el Obispo escribía una circular pidiendo ayuda solidaria a la gente por medio de los párrocos. Y sí, hubo respuesta de la gente, pero si vamos a ver, desde enero en que el Padre Cueto envía su donativo, hasta mayo en que se forma la junta, toda la ayuda dependió del Obispo.

- ¿Y cómo fue luego la respuesta de Gran Canaria?

- La generosidad de Gran Canaria para con las islas hermanas fue significativa. Recaudaron dieciocho mil pesetas. No podemos olvidar la colaboración de la compañía de vapores interinsulares, que transportó, gratuitamente, toda la ayuda a las islas. Fue vital, los barriles eran el único sistema, la única posibilidad para llevar el agua. ¿Imagina cuánto tiempo vivieron los isleños de la generosidad del Padre Cueto y de Gran Canaria? Alrededor de un año.

- ¿Y qué pasó entonces?

- Que la Divina Providencia se hizo sentir enviando copiosa lluvia.

- ¿Tanto llovió en esas islas?

- Tanto que los aljibes quedaron desbordados. Más que llover, cosa rara, diluviaba.

- ¿Qué hicieron ante este acontecimiento las autoridades?

- El Alcalde de Arrecife envió un telegrama diciendo que se interrumpiera el envío de agua. El remanente de once mil pesetas más setecientas veinticinco del Obispo, se distribuyeron entre los más afectados, con miras a que restablecieron sus cultivos y su economía.

Claro, me dirá usted que hasta ahora sólo le he contado los aportes del Obispo en situaciones extraordinarias. ¿Cómo era, qué sensibilidad mostraba en la vida cotidiana? Los grandes aportes del Obispo, por ser quien era, salían en la prensa, pero, ¿y los pequeños? Si la persona beneficiada no lo manifestaba quedaban en el más profundo secreto. Pero

yo viví muy cerca y fui testigo ocular de los unos y de los otros, entre otras razones, por ser su mayordomo. Cada día se sucedían las llamadas a las puertas .del Palacio episcopal, diciendo que se trataba de asuntos de conciencia. Luego todos o la mayoría de los casos, hacían -referencia a la necesidad de unas pesetillas. ¡No faltaron IOs aprovechados! Recuerdo, en especial, el caso de un militar que visitó muy angustiado al padre Cueto. En esa ocasión se encontraba en el Palacio de Verano, en Teror. Le pidió dos mil pesetas... Como era de esperar, el Obispo no tenía. Conmovero por la situación que le manifestó el militar, se las pidió al párroco de los fondos del Santuario del Pino.

- ¿Volvió luego el militar para devolver lo solicitado?

- ¡Jamás! Este hecho le valió al Obispo el apelativo de inocente e ingenuo. «¿Pues no dicen que los obispos son tan listos?» —decían unos— «Si hay en la tierra un hombre cándido decían otros ese es el Padre Cueto. Hay que mirar bien a quien se da, cómo, cuándo. La caridad no está reñida con el buen juicio... »

- ¿Y qué opinaba el Padre Cueto ante estas críticas? pues, seguramente, llegaban a sus oídos.

- Sencillamente dijo -refiriéndose al caso del militar que si las pidió era porque las necesitaba, y no admitió que el militar tuviera intención de engañarle.

- Hay un descampado en Teror que desde hace algún tiempo lo llaman «Silete» y que allí tuvo lugar algún gesto significativo del Obispo. ¿Tiene usted conocimiento de ello?

Don José María Leza hizo un gesto de afirmación con la cabeza. Luego su rostro se animó y relató el suceso como el sorprendido testigo de hechos inhabituales.

- Se trata de algo inaudito -dijo- irrepetible por ser humano alguno. Cuando el Padre Cueto iba de vacaciones a Teror, solía pasear con los sacerdotes de la parroquia. Una tarde iban por la mencionada explanada, cuando se acerca al Padre Cueto un hombre con fama de borracho en la localidad, a pedir limosna.

- ¿Qué hizo en este caso? preguntó intrigado el sacerdote.

- Pues mandarme a mí a que le diera cinco pesetas. Imagínese los comentarios de las personas presentes, empezaron a reírse y dirigiéndose al borracho, le decían frases burlonas: «Borrachín, qué buena semana te espera», «Tu única necesidad es el trago», y cosas por el estilo. Fue afluyendo gente y haciendo corrillos para ver la reacción del Obispo. Este había observado las desagradables burlas de uno de los sacerdotes, pero no quiso dejarle malparado ante la gente. Cuando vio que humillaban al

borracho, dijo con autoridad y fuerza:

«SILETE», luego, como siempre, se dirigió a mí y me pidió diera diez pesetas al pobre. Se acercó a él con dulzura y con respeto y le dijo: «Sé que el primer duro lo emplearás en beber, pero la mucha bebida sin comida hace daño, invierte el segundo en alimentos y verás que te va mucho mejor».

La actuación del Obispo nos llevó a un profundo respeto, no sólo a él, sino hacia todos los seres humanos.

Hay otro hecho del que yo no fui testigo, pero que me contó, con viva emoción, sor Corazón, una religiosa Dominica. Esta pertenecía a una familia numerosa y pobre. Cuando las dominicas abrieron la Escuela Profesional para Jóvenes Pobres, los padres de sor Corazón decidieron que la hija mayor aprendiera un oficio en la mencionada escuela, de esta manera podría dar algún aporte a la escasa economía familiar. Como no tenía la edad reglamentaria, el Padre de la joven acudió al Prelado para que intercediera por su hija y fuera admitida. El Padre Cueto, con la bondad que le caracterizaba, trató de hacerlo entender que él no podía ni debía cambiar las normas, pero que estuviera seguro de que al pasar los meses que le faltaban a su hija para la edad reglamentaria, ingresaría, con seguridad, a la Escuela de Formación Profesional de las Dominicas. ¡Y fue grande la sorpresa para la familia! El día del cumpleaños de la joven, la familia recibió una carta del Obispo afirmando que ese día no podía ir al colegio por ser festivo; pero que 10 hiciera al siguiente, pues ya estaba admitida. «¡Y nosotros que pensábamos que había sido una fácil salida del Obispo! - decían los padres de sor Corazón- ¡Vaya hombre de detalles, acordarse del cumpleaños de nuestra hija! ¡Yeso que somos tan pobres!». La gratitud y la emoción brotaban a torrentes en los labios y en los rostros de esa buena gente.

- Imagino, Padre, ¿se está cansando ya de mis cuentos. No? Interrogó don José María Leza al sacerdote visitante.

- Todo lo contrario, respondió éste, soy yo quien le ha pedido me haga conocer de cerca la vida del Padre Cueto.

- Bueno, para finalizar le contaré que le preocuparon de manera especial las personas solas y desvalidas. En una oportunidad, me contó Sor Jesusa, religiosa Dominica, que cuando murió don José Santos, cura de Firgas, quedó su madre en la soledad y miseria más completa. Ni corto ni perezoso, el Padre Cueto dispuso se fuera enseguida a vivir al Palacio Episcopal. Había sitio y acogida humana. Con mucho cariño se le preparó una habitación y todo lo necesario para su uso. Una mañana la vio el Padre

Cueto barriendo el patio. Le pareció se esforzaba demasiado y en tono muy serio le dijo: «No quiero que trabaje usted más en su vida, señora Carmita».

Muchos más relatos permanecen en el secreto. Ante la mirada de Dios. El Padre Cueto es el buen samaritano que sale al paso de las necesidades humanas, sin mayores elucubraciones. Muchas veces afirmará: «En caso de duda, prefiero que me engañen a faltar a la caridad».

¿No dicen que los príncipes
viven en palacios de oro y de marfil?
¿No dicen que visten hermosas túnicas
y calzado de piel?
¿Que duermen en colchón de pluma
y su vida es regalada?
¿A dónde vas tú, Príncipe pobre?
Hacia la libertad y hacia el amor.
El corazón de Dios es tu morada
y tu corazón la morada del pobre.

COMPASION PARA UN PRESO

VIII

LA HUERTA valenciana estaba exuberante. Las lluvias habían sido copiosas y, ahora, los rayos del sol fecundaban la tierra, cofre de diversas semillas, sembradas por la incansable mano del labrador.

Los naranjos, cargados de frutos, daban un tono variopinto al paisaje, donde el rojo vivo de cada naranja semejaba una llama de fuego, un corazón herido, un mundo de pasión.

En la cárcel de San Miguel de los Reyes, un hombre se consume de angustia y remordimientos. Como las semillas en el hondón de la tierra, él no ve la espléndida luz del cielo valenciano y espera, con ansia, el día de su redención, de sentirse acariciado por los rayos solares, de correr por la arena dorada de hermosas playas, de experimentar la libertad.

Hasta la sombría celda de la penitenciaría, llegan los recuerdos; el tormentoso suceso que, sin darse cuenta, le llevó hasta ese terrible lugar. «¡Fue todo tan rápido! Yo mismo no me creía capaz de hacer eso, pero lo hice. La pasión se apoderó de mí y me nubló la mente. ¿Cómo pude hacer eso?» En los largos ratos de meditación había descubierto que hay sentimientos que se apoderan del corazón humano, que lo invaden y lo tiranizan. Hay que estar como un vigía cuando estos se acercan, encender todas las luces del alma, poner la barrera de la voluntad. Ahora lo sabía. El encuentro consigo mismo por medio de la soledad y del sufrimiento, le despertaba a realidades profundas. Esta lucidez para analizar los hechos, agudizaba su sentimiento de culpa; y ese día, como tantos otros, comenzó a revivir aquella tarde de pasión y de desgracia.

Varias tardes la había seguido a distancia. En un principio él estaba allí, contemplando las encrespadas olas del Atlántico. Veía llegar a la joven con blusa y pantalón hasta la rodilla, el rito era siempre el mismo: primero se mojaba los pies, luego se sumergía por completo en el agua. Cuando se cansaba de nadar, creyéndose sola, se quitaba la ropa mojada y se ponía un vestido azul que resaltaba el dorado de su cabello y la blancura de su piel, ligeramente sonrosada por los rayos del sol. Pero un día la oyó gritar; la corriente la arrastraba, él se tiró al agua y ella le abrazó. La pasión que le quemaba dentro explotó, y, entonces, hizo suya a la joven. Olvidó que era casado, que tenía hijos... En ningún momento, pensó en las consecuencias de su acto.

Los padres de la joven montaron en cólera y denunciaron el hecho a la justicia. Por ser de Las Palmas fue condenado por el juzgado de esa

ciudad a doce años de cárcel. Ni su aparente arrepentimiento, ni el llanto de su esposa e hijos, ni las súplicas de gente amiga sirvieron para aminorar la condena.

En el silencio de la penitenciaría de San Miguel de los Reyes, Antonio sentía la angustia de saber que su esposa e hijos vivían en el mayor de los desamparos. El tiempo se estiraba por obra y gracia del sufrimiento y hasta la idea de suicidio le perseguía con frecuencia. Un amargo sabor a culpa le martirizaba y le hundía en el peor de los infiernos.

En esa situación límite, le visitó un amigo:

- ¿Cómo estás, Antonio?

- Deseando morir.

- No te desesperes, el tiempo pasa rápido y volverás a la libertad, al reencuentro con los tuyos...

- El tiempo pasa rápido allá fuera, aquí es eterno.

Yo diría que se vive la eternidad del infierno.

¿Por qué no escribes al nuevo Obispo de Canarias?

¿Y, por qué debo escribir a ese Obispo?

- Verás, es un hombre muy sensible a los problemas humanos, es bondadoso y compasivo. Tiene excelentes relaciones con la Corte y otras instancias socio-políticas.

¿Cómo se llama?

- José Cueto y Díez de la Maza. Es un fraile Dominicano y todos le llaman el Padre Cueto.

- ¿Y no le llaman Monseñor?

En general, no. Es un hombre cercano y sencillo y, aunque muy culto, es poco amante de protocolos jerárquicos.

-

- ¿Le gusta ayudar a las personas en apuros?

- No ha hecho otra cosa desde que llegó a Canarias. Su palacio es la casa de los pobres. Se preocupa de niños, jóvenes y ancianos. Es pródigo a la hora de ejercer la caridad. No puede disimular que es un hombre de Dios, la bondad le sale a borbotones por los ojos.

- Solo de oírte hablar así, me estoy animando a escribir a ese Obispo.

- Amigo, ¡hazlo! No te arrepentirás.

Y en la penumbra de su celda, la temblorosa mano del hombre angustiado, escribía:

«Ilmo. Sr. Obispo de Las Palmas de Gran Canaria San Miguel de los Reyes Valencia, 19 de julio de 1895

«Hace dos años y medio que me hallo en esta penitenciaría, sufriendo la condena de doce años de reclusión por el delito de violación, a consecuencia de causa que me fue instruida por el Juzgado de Las Palmas, Gran Canaria, por ser natural de las mismas. El desgraciado suceso tuvo efecto en la citada población y la persona que se dice ofendida lo es Ángela Ramos, que vive en compañía de sus padres Juan y Candelas en el barrio de San José de esa vecindad.

«Al dirigirme a V. I. lo hago en la seguridad de la piedad, la bondad, la caridad, la misericordia y la conmiseración son altas dotes que en su mayor esplendor V. I. posee y por eso, me atrevo a dirigirle la presente, a fin de que se digne interponer su inmenso y potente valimiento, así como el justo respeto que se le tiene, para hacer que los referidos padres de la citada Ángela, me otorguen el perdón por el hecho cuya condena extingo, porque tratándose de un delito probado, ostentan ese derecho y con él la pena queda redimida.

«Al así hacerlo, recibirá el que tiene el honor de dirigirse a V. I. un inusitado bien, y no menos señor Ilmo., la esposa e hijos que se hallan en la infancia, que por la ausencia del padre y sin bienes de fortuna, sufren hace ya tiempo la necesidad continuada que solamente la Divina Misericordia les ha librado de perecer con las más horrendas agonías imposibles de describir, pero que su Ilma., con su mayor y distinguido conocimiento, puede fácilmente comprender.

«Le ruego y suplico su interés al asunto que le he expuesto con lo cual prestará el mayor bien posible y que cabe en circunstancias tan azarosas, tan tristes y desgraciadas.

«Rogando al señor conserve largos años a Prelado tan eminente, el más humilde servidor.

D.S.A.P.

Antonio González Mújica

«Mi hermano para en la plaza del mercado; lonja de carne; se llama

Juan González Mújica; si la parte pide algún dinero para dárselo, pues lo que yo quiero es salir de aquí.

«Espero su contestación».

El Padre Cueto se encontraba en Firgas, tratando de recuperar su salud, cuando recibe esta carta. Le duele el pecado que ha cometido el preso, y le duele el pecador. Cree en su arrepentimiento, en su deseo de regeneración, de comenzar una vida nueva. Y entonces siente, como si fuera en carne propia, lo que es vivir sin libertad y lejos de los seres queridos... Sufre por el desamparo y pobreza de la esposa y de los hijos. Y decide escribir a un sacerdote de su Diócesis para que tramite la libertad del preso. Luego de darle las indicaciones pertinentes, subraya: «SE TRATA DE UNA OBRA DE CARIDAD CON UN DESGRACIADO FIEL MIO, ME ENCUENTRO EN EL DEBER DE HACER POR MI PARTE LO POSIBLE EN FAVOR SUYO...»

Y recordó el Padre Cueto, en aquel momento, la sentencia talmúdica que dice: «Quien salva una sola vida, es como si hubiera salvado a todo el mundo; quien destruye una sola vida, es como si hubiera destruido a todo el mundo».

Siempre se sintió en el deber de darse a todo y a todos. Primero, su persona; pero también sus cosas, su dinero. .. Y aunque lo hacía de manera natural y modesta, su generosidad y entrega eran conocidas y reconocidas, porque el amor fructifica allí donde se siembra y la luz no puede dejar de alumbrar a su alrededor.

Un día, después de la misa en la Catedral, el Padre Cueto se quedó largo rato en oración. Oraba por aquel preso que un día acudiera a él en demanda de auxilio. Tenía noticias de que había sido puesto en libertad. Al levantarse del reclinatorio para abandonar la capilla donde oraba, unos ojos llenos de gratitud y de lágrimas le miraron con intensidad y por largo rato. Era un hombre de edad mediana y de buena presencia. Intentaba decir algo, pero no le salían las palabras. Sin embargo expresaba hondos sentimientos con la emoción desbordada en el rostro.

«¿Será Antonio, el preso de Valencia?» - se preguntó el Padre Cueto.

Luego sintió que el hombre le besaba las manos y le decía entre lágrimas: «¡GRACIAS!!!».

OBISPO QUE CREE EN EL ESPIRITU

IX

EL OBISPO quedó pensativo, luego de la lectura de algunos documentos emitidos de la Curia Romana. Hacían referencia a la Vida Religiosa en la Iglesia. «¿Por qué se obsesionan de esa manera con una normativa? ¿Dónde dejan lo carismático? ¿Por qué se cierran los caminos al Espíritu?». El Padre Cueto repensaba los acontecimientos. Es cierto que el liberalismo era una especie de duende atrevido que se colaba por las puertas de los conventos. El ansia desmesurada de libertad terminaba con visos de libertinaje, en lo social, en lo político y en lo religioso.

Todo se debía a nuevas fundaciones entre los pobres. Junto a la fundación había una enseñanza subversiva: «No admitan la explotación de los ricos, luchen por sus derechos». Las realidades celestiales se obviaban demasiado para poner de relieve las necesidades de este mundo. «¿Acaso el hombre es sólo materia?», se preguntaba el documento romano. Luego dejaba entrever un sinfín de temores. A él mismo le había reprendido un Obispo en un encuentro en el Vaticano, porque había tenido noticia de que el Padre Cueto celebraba la misa en la playa para los veraneantes. El, como predicador, sabía que el púlpito más adecuado no era siempre el de la Catedral o el de cualquier recinto cerrado. El púlpito de la arena y el altar del mar también le llevaban a la comunión con Dios y con el hombre. Y cuando éste no iba hasta la iglesia, la iglesia tenía que ir hasta él. «¿No estaremos demasiado encerrados en nuestros moldes? Cristo fue el predicador de los caminos, de las plazas públicas, también del mar». Y experimentaba que la iglesia, por momentos, cerraba las puertas a múltiples manifestaciones del Espíritu. Pero no le alejaba de ella, al contrario, la amaba más. El, como Obispo, estaba llamado a ser signo de comunión, sembrador de unidad, testigo de una esperanza de resurrección, que se alarga hasta la mañana luminosa de un domingo pascual, donde reina la alegría porque la vida triunfa.

«Hay que vigilar las nuevas comunidades religiosas habían dicho algunos obispos en la reunión de Roma en su proyecto de vida ignoran puntos importantes del Derecho Canónico, los distorsionan o formulan de manera tan abierta que no se sabe hasta dónde pueden llegar».

La vida religiosa, pensaba el Padre Cueto, es un don del Espíritu a la iglesia. ¿Por qué no acogerlo y celebrarlo como un precioso regalo? Motivar, más que controlar, fomentar la creatividad, la novedad. Es la única manera de vivir en fidelidad dando respuestas a cada momento de la

historia. Encerrar este estado de vida en un molde sólo conduce a la asfixia y a la extinción.

El, como religioso, tenía claro en qué consistía un Carisma. «¿Es acaso una cosa?» Y se alegraba al considerar que era una persona, Cristo, que en sus redadas de amor alcanzó a los fundadores y, en ellos, a la comunidad. Aunque pareciera una reflexión subversiva, la inspiración de los fundadores era más importante que el Derecho Canónico. Si el Espíritu Santo acompañaba en su trabajo a los canonistas, también a los fundadores cuando decidieron seguir radicalmente a Jesús y trabajar en comunidad para anunciar la Buena Nueva del Reino.

«Es la conciencia profética de la iglesia» —había dicho una religiosa—y las miradas jerárquicas habían caído sobre ella despavoridas y asombradas. Pero el P. Cueto recordaba a Francisco de Asís y a Domingo de Guzmán. «Sí, ellos habían sido conciencia profética de la iglesia, testigos de un Evangelio viviente. ¿Por qué perderemos la memoria histórica?» Luego pensaba en las persecuciones de Teresa de Jesús por querer vivir una pobreza evangélica. Y ahora, en pleno siglo diecinueve, donde los derechos humanos son tan enaltecidos, donde la igualdad, la libertad y la fraternidad se alzan como banderas, se quiere retroceder a mundos primigenios inoperantes y formalistas. A la repetición de fórmulas que por ser transitorias, murieron en su tiempo y ya son moldes vacíos de contenido.

El Padre Cueto —fundador por obra y gracia de los hechos— propiciaba los caminos del Espíritu. Animaba a las diversas congregaciones religiosas de su Diócesis, se preocupaba eficazmente por ellas: Era el Maestro, el Padre y el Pastor. Fomentaba el diálogo abierto y cercano, la confianza y la amistad. Y abría el corazón y la mente a las manifestaciones del Espíritu para acogerlas y celebrarlas. Las sacudidas de Pentecostés no le asustaban, más bien se asombraba de las maravillas de este acontecimiento y daba gracias a Dios por El.

Esta apertura al Espíritu se la inculcaba a los seminaristas y a los sacerdotes, de los que era entrañable amigo. Cuidaba que la formación de los mismos, sin dejar la ley a un lado, transitaran por los caminos del Espíritu. Les hacía abrir los ojos para mirar la historia. Para contemplar a un Cristo doliente, presente en los isleños que padecían mil plagas a causa de la sequía; en los prófugos de la guerra de Cuba; en tantos pobres que deambulaban por las ciudades y los campos, porque no había sentimientos fraternos. Espiritualidad de ojos abiertos, de corazón abierto, de pies ligeros para llegar a la hora oportuna a un lugar necesario.

Orar, estudiar, escribir célebres pastorales. Eso habían hecho muchos de sus predecesores, pero apenas habían visitado la Diócesis. La gente tenía

poco contacto con ellos. De tarde en tarde, se hacían presentes para celebrar el Sacramento de la Confirmación. Pero no, sentarse en una piedra para confesar a un pastor, eso no se había visto jamás hasta que llegó el Padre Cueto; ese Obispo itinerante que visitó sin descanso y repetidas veces, todos los rincones de su Diócesis. Que compartió el pan salido del horno y los plátanos maduros con los humildes de los lugares más olvidados. Disfrutó con las historias de antiguos aborígenes al pie de la chimenea caliente; acogió sonrisas y consoló corazones desgarrados.

El hombre alcanzado por el Espíritu es creativo, revolucionario y fecundo. Siempre será cuestionado por los que han cerrado las ventanas de su alma; por los apegados a una letra, a unas normas que no siempre acrecientan la vida y conducen a la felicidad del ser humano; a su plenificación.

El Padre Cueto pensó en la iglesia, Cuerpo de Cristo, y rezó la secuencia de Pentecostés.

Ven, Espíritu divino,
manda tu luz desde el cielo.
Padre amoroso del pobre;
don, en tus dones espléndido;
luz que penetra las almas;
fuente del mayor consuelo.
Ven, dulce huésped del alma,
descanso de nuestro esfuerzo,
tregua en el duro trabajo,
brisa en las horas de fuego,
gozo que enjuga las lágrimas
y reconforta en los duelos.
Entra hasta el fondo del alma,
divina luz, y enriquécenos.
Mira al vacío del hombre,
si tú le faltas por dentro;
mira el poder del pecado,
cuando no envías tu aliento.
Riega la tierra en sequía,
sana el corazón enfermo,

lava las manchas,
infunde calor de vida en el hielo,
doma el espíritu indómito,
guía al que tuerce el sendero.
Reparte tus siete dones,
según la fe de tus siervos;
por tu bondad y tu gracia,
dale al esfuerzo su mérito;
salva al que busca salvarse
y danos tu gozo eterno. Amén.

Luego evocó el siguiente comentario de San Basilio Magno: «De esta comunión con el Espíritu procede la presciencia de lo futuro, la penetración de los misterios, la comprensión de lo oculto, la distribución de los dones, la vida sobrenatural, el consorcio con los ángeles; de aquí proviene aquel gozo que nunca terminará, de aquí la permanencia en la vida divina, de aquí el ser semejante a Dios, de aquí, finalmente, lo más sublime que se puede desear: que el hombre llegue a ser como Dios».

Hombre guiado por el Espíritu; hecho de luz y de fuego; de brisa y agua fresca; visionario y creador de futuro, acelera la presencia del Reino que se asoma por su mirada bondadosa, sus manos abiertas y su corazón generoso.

El Padre Cueto se dejó alcanzar por el Espíritu.

EL AMOR INVENTA

X

«Amar al prójimo significa sentirse responsable por él y uno con él»²

EL AMOR es fuente de energía y creatividad. Agudiza el ingenio y es gestador de las más grandes hazañas de la condición humana. Con frecuencia, se convierte en un desvelo activo por los que amamos, por su vida y su felicidad. Cuando falta el desvelo, la preocupación activa, no hay amor. Porque, entre otras cosas, el amor es un «estar continuado», no un «súbito arranque».

Así lo entiende y vive el Padre Cueto. Considerando las necesidades y urgencias de la Diócesis de Canarias, empieza a dar respuestas adecuadas a las distintas realidades que clamaban, de manera apremiante, por diversas soluciones. Tiene claro que el amor es mucho más una actividad que un afecto pasivo.

La primera vez que visitó el Puerto de la Luz y sus alrededores, en compañía del Dr. Bartolomé Apolinario, concibió en su mente un proyecto magistral, que sería realidad con el correr del tiempo. Por su parte, el Dr. Bartolomé Apolinario, hombre de exquisita sensibilidad social, confesó al Padre Cueto que en sus distintas visitas al puerto, como médico, se había sentido angustiado al ver la falta de atención educativa y sanitaria de los niños del barrio circundante. Dado que él tenía unos terrenos en las inmediaciones del puerto, decidió, años atrás, donar un terreno para la creación de una escuela de párvulos. Esta había comenzado a funcionar el dos de marzo de 1891. La dirigían las Hijas de la Caridad y el Ayuntamiento la subvencionaba.

El Padre Cueto alabó mucho este gesto de solidaridad con los necesitados. Pero al ver ahora esta pequeña obra, empezó a agrandarla en su imaginación, a dotarla de nuevos y necesarios servicios. Y así comenzó a pensar en voz alta, a interpelar a su buen amigo:

- Don Bartolomé, ¿no ve usted la urgencia de una Casa de Socorro, en este lugar, con atención gratuita?

- Es de primera necesidad, respondió el médico.

² * Erich Fromm, El Arte de Amar.

- ¿Y por qué no trabajamos los dos juntos para que ésta pueda darse?

- Puede contar conmigo, Padre Cueto.

Sin sueños no hay hermosas realidades. En 1893, una Casa de Socorro sencilla, abierta y acogedora, aparecía al lado de la escuela. Allí se atendía, con solicitud, especialmente a los pobres del entorno. Era totalmente gratuita. Pero el Obispo tenía un proyecto mucho más ambicioso, al que daría curso con la ayuda de toda la Diócesis.

- ¿Qué le parece, don Bartolomé, la construcción de un gran edificio, que, además de contemplar lo ya realizado, sea hospital, con varias secciones para niños y atiende los problemas de salud de los navegantes?

El proyecto del Obispo estaba aterrizado. Respondía a las necesidades apremiantes del lugar. En sus ojos, algo hundidos, se traslucía la gran preocupación por las personas desasistidas, y su mucha bondad se sumaba a una rica imaginación que inventaba, de manera pródiga, mil salidas a los problemas ajenos. Luego de algunas consideraciones mentales, don Apolinario dijo:

- Padre Cueto, cuente usted con los terrenos próximos a la escuela, ya sabe que son de mi propiedad.

- Gracias, por su generoso corazón, hablaré con las diversas instituciones de la ciudad para que colabore en los demás.

Y las instituciones y el pueblo respondieron con generosidad porque, en el decir de Santa Teresa, «el amor saca amor», de ahí su eficacia, pues la impotencia no es otra cosa que la incapacidad de producir amor.

El día cuatro de agosto de 1895, fiesta de Santo Domingo de Guzmán, fundador de los dominicos, se colocaba la primera piedra del soñado proyecto de la Casa-Asilo.

Comenzada la obra, todos los fondos recaudados eran insuficientes. En sus viajes a Madrid para resolver problemas, con frecuencia graves, de la gente de su Diócesis, el Padre Cueto mantuvo una entrevista con la Reina regente, informándola de este proyecto y solicitando ayuda. Convencida la Reina de que las inspiraciones del Padre Cueto venían de Dios, el veinte de julio de 1896, firmó un documento comprometiéndose con la Casa-Asilo en cuanto ayuda económica y otros aspectos. Aunque no resolvía toda la demanda, animó mucho a la colaboración de los ciudadanos. Se organizaron tómbolas y conciertos musicales con este fin. La generosidad y entusiasmo del Padre Cueto contagiaron a los ciudadanos.

Inicialmente, la obra comenzó sobre mil metros cuadrados del

terreno de don Bartolomé Apolinario. A medida que avanzaba, se amplió en dos mil metros que donó don Antonio Gómez y la firma Miller y Cía. Así mismo, el pueblo se fue entusiasmando y aportaba su trabajo y parte de su escaso sueldo. De esta manera, la Casa-Asilo se iba convirtiendo en la obra de todos, si bien el alma de ella y los últimos responsables eran el Padre Cueto y don Bartolomé Apolinario.

Consciente de la importancia de la prensa, el Padre Cueto se sirvió de ella para comunicar periódicamente la marcha de las obras y su futuro servicio. De manera un tanto sensacional, los periódicos hicieron propaganda de las instalaciones del hospital. Describieron con lujo de detalles el ya famoso recinto sanitario: ocho habitaciones con dos camas cada una, preparadas de manera especial para los navegantes del puerto. Un gran departamento para niños; otro para enfermedades contagiosas — suficientemente aislado — las salas generales y los servicios necesarios.

El día 10 de noviembre de 1900, fiesta de todos los Santos, en medio de la alegría popular, se inauguró el hospital y se bendijo la capilla del mismo. Esta había sido costeadada totalmente por el Padre Cueto.

¿Qué significó esta obra para la gente humilde del puerto de la Luz y los barrios adyacentes? Una parte del informe enviado al Ayuntamiento en 1902, dice lo siguiente:

«Casa de Socorro: Este servicio tan importante en un barrio especialmente obrero, se halla organizado de acuerdo con la Cruz Roja, que suministra parte del material de curaciones necesario. Tiene carácter permanente y auxilia a los heridos que llaman a sus puertas a cualquier hora, practicando la primera cura y facilitando cama y asistencia, si el estado del herido lo requiere, hasta su traslado a su casa o a las salas de la Casa-Asilo. Consultorio: Tiene lugar cada día ya la hora determinada y a él asisten los heridos auxiliados en la Casa de Socorro hasta su completo restablecimiento, y toda clase de enfermos, facilitándose los elementos necesarios por cuenta de la Casa-Asilo. Si el estado de los enfermos lo requiere y el establecimiento cuenta con recursos, pasan a sus salas para ser atendidos en el servicio gratuito de niños y adultos. Servicio de adultos y de niños: De los treinta y ocho enfermos que han ingresado este año en la Casa-Asilo, veintiuno lo han hecho en este servicio sumando mil ochenta y una estancias, según se desprende del registro de la Casa-Asilo donde se encuentran los datos justificativos. De los veintiuno, once padecían efectos del dominio de la cirugía sufriendo operaciones importantes, y los diez enfermos comunes. En el pabellón del aislamiento se trataron también con carácter gratuito enfermos de viruela, erisipela y difteria, siendo de notar que la presencia repetida de estos enfermos no ha producido nunca

contagio ni en el establecimiento ni en el barrio».

El amor del Obispo por los necesitados, se traducían en hechos bien concretos.

En el año de 1906, la Casa-Asilo prestó los siguientes servicios: «Curaciones de hombres: 864. Curaciones de mujeres: 4.428. Curaciones hechas a niños: 8.935. Consultas médicas: 1.371. Pequeñas operaciones: 160. Estancias producidas por enfermos pobres: 335. Lo que suman un total de 16.095 servicios gratuitos».

La presencia de los niños suscita en el Padre Cueto todo un mundo de ternura. Por eso, en 1902 crea la Asociación denominada «Protectorado de la Infancia», patronato destinado a recaudar fondos para la atención de los niños pobres y enfermos en la Casa-Asilo. Un niño es una promesa de esperanza y de futuro, por eso, nunca debe ser abandonado.

- Qué agradecida es la gente humilde, Padre Cueto. Ayer di un paseo por el puerto y no me dejaron de dar las gracias por los servicios que presta la Casa-Asilo, dijo un tanto emocionado don Bartolomé Apolinario.

Al Padre Cueto no le resultaba nada especial esa afirmación. Lo había experimentado durante toda su vida. Sabía, además, que los ricos del lugar estaban envidiosos de la popularidad de don Bartolomé, pero no dijo nada al respecto.

- Sí, don Bartolomé, y los que más colaboran en el mantenimiento son los obreros del Puerto de la Luz, católicos y no católicos. Todos practican la virtud de la solidaridad.

- Pienso, Padre Cueto, que a usted le sopló el Espíritu Santo, de manera muy especial, al dictar una de las cláusulas de los estatutos.

- ¿De qué cláusula se trata?

- De la que afirma que se atenderá por igual a todas las personas, cualquiera que fuere su religión o ideología; tanto residentes en Las Palmas, como de paso por el puerto. Ha dado ejemplo de apertura y servicio incondicional. El periódico «El Martillo del Trabajo» ha hecho comentarios elogiosos al respecto.

El amor, poder activo en el hombre, rompe las barreras que separan a unos de otros y hace nacer la unidad, como el sol que calentando la tierra hace nacer espigas de apretados granos.

- Si amamos, don Bartolomé, tenemos que producir amor. Si nuestra expresión de vida como personas que amamos, no nos revierte el ser personas amadas, es que nuestro amor es impotente. Y esto no está en contra de la gratuidad...

- Personalmente he experimentado — afirmó don Bartolomé — que

la satisfacción individual no puede lograrse sin la capacidad de amar al prójimo, sin humildad, coraje, fe y cierta ascética personal.

El Dr. Bartolomé Apolinario había hablado de fe. El Padre Cueto se quedó pensando que el amor también es un acto de fe. «Quien tenga poca fe, se dijo, también tendrá poco amor». Para él la fe era una aventura, implicaba coraje, capacidad para correr riesgos con frecuencia temerarios, la disposición de ánimo para aceptar el dolor y el fracaso, si fuera necesario. «Quien se aferra a la seguridad, quien busca a todo trance la tranquilidad como condiciones primarias de la vida, no puede tener fe». Al Padre Cueto le gustaba sentirse vulnerable, por eso, con frecuencia, solía afirmar: «La persona que vive a la defensiva, que busca la distancia y la posesión como medios de seguridad, termina siendo prisionera». Luego, queriendo conectar en voz alta con don Bartolomé, el Padre Cueto dijo:

- Amar y ser amado requiere coraje, la valentía de dar a ciertos valores la importancia que tienen; de dar el salto y apostar por ellos.

Los desvelos del Obispo por acelerar el Reino de Dios y su justicia, hacen que otras obras vayan surgiendo. Sueña con un asilo para niños pobres y así nace el Asilo de San Antonio. Sor Brígida, superiora de las Hermanas de la Caridad, es cocreadora de este proyecto. Y el periódico de la prensa comunista «El Martillo del Trabajo» alaba esta obra de la iglesia y la considera como una de las iniciativas sociales más beneficiosa para la clase trabajadora, al dejar libres a las madres para ganarse el sustento, mientras sus hijos eran formados y atendidos mejor que en sus propias casas, evitando que, desde su tierna infancia, fueran dedicados a los más míseros trabajos manuales». Y como su corazón estaba ahí, el Padre Cueto presidía con gozo las reuniones del pan de los pobres y gozaba de la sonrisa pura y abierta de los niños.

Al Obispo se le desgarró el alma cuando ve a la mujer, parte fundamental del ser humano, prostituida. Le duele sea convertida en objeto de explotación, de placer, de cosificación. En su trabajo con las religiosas, ha descubierto, de manera especial, su creatividad, su capacidad pensante, su fortaleza... La sociedad la necesita. Es el gran complemento al aporte masculino. Debemos dejarla irrumpir en la historia y reconocer sus derechos. La Madre Pilar reiteradas veces le había dicho: «El cambio social vendrá por la mujer». Al Padre Cueto le parecía eso mucho decir. Para él, el cambio social vendría del positivo aporte del hombre y de la mujer, de su complementaridad... Lo que pasaba es que la Madre Pilar tenía afán protagónico y siempre se quería salir con la suya, así pensaba el Padre Cueto, aunque no dejaba de reconocer que con frecuencia, esta resuelta mujer, le llevaba la delantera.

De su preocupación por el aumento de la prostitución femenina en

Las Palmas, surge el Asilo Victoria para jóvenes regeneradas. La infanta doña Isabel, presidenta del Patronato Nacional contra la trata de blancas, se alía con el Obispo en esta obra en favor de la mujer.

Le preocupa la indigencia de los ancianos. Siente en carne propia el dolor de los seres humanos que en esa etapa de su vida, cuando experimentan su cuerpo desmoronado y una inmensa soledad, no tienen quien les brinde un gesto de ternura, un lugar cálido y una alimentación necesaria. Le conmueve este desvalimiento y junto con otras personas hace posible El Asilo de los Ancianos Desamparados.

Y porque sabe que el ser humano tiene, como una de sus primeras necesidades, el ser guiado, orientado, funda múltiples obras educativas. Si hay para gente pudiente, con mayor razón debe haber para los necesitados. Y su carácter innovador se manifiesta con la creación de escuelas de adultos para las organizaciones obreras, clases nocturnas para dar facilidad a los trabajadores. También para las trabajadoras. Y no sólo enseñanza intelectual, también talleres y escuelas profesionales. Preparación de cara a la vida.

Amante del arte y de la cultura, el Padre Cueto es amigo de músicos, pintores y escritores. La Sociedad Filarmónica participa en todos los actos solemnes de la Catedral. El compositor Saint-Saens organiza conciertos en el Palacio Episcopal por que conoce el gusto por la música que tiene el Obispo; también organiza conciertos en el teatro para recoger fondos en beneficio de las obras sociales de la Diócesis. Objeto de aprecio para el Padre Cueto son las obras de arte, los archivos como fuente de la historia, la ecología. En relación con ésta, inventó trabajos prácticos para evitar la desertización. Nacido en un ambiente de espléndida vegetación, ama la naturaleza y resalta con amor los múltiples beneficios que reporta al hombre. Sus reflexiones al respecto son tan significativas que científicos de su época las recogen y consignan, por escrito, en sus obras. La música, el arte y la ecología le hicieron vibrar.

Sin afán de protagonismo, pero atento a la mínima necesidad de su Diócesis, llega siempre a tiempo para dar el aporte necesario. Su capacidad de amor al prójimo le hizo vivir en un estado de intensidad, de acrecentada vitalidad, con los ojos bien abiertos y el corazón ensanchado para hacer de su misión apostólica un trabajo productivo en las múltiples esferas de la vida humana. Se atrevió a soñar y empeñó su vida para que los sueños se hicieran realidad. El sueño tenía un origen: el Amor.

Por eso...El Amor sueña...El Amor inventa.

CARTAS PARA TODOS

XI

«Habla más con el corazón y al corazón, que con la inteligencia y a la inteligencia»³.

- ACABO DE LEER su última carta pastoral, Padre Cueto, le dijo, al concluir la misa en la Catedral, un amigo de los que se consideran hombres cultos, que gozaba, sobre manera, escuchando la extraordinaria predicación del Prelado.

- ¿Qué comentarios tiene para la misma? Interrogó el Obispo.

- Algunos. No puedo comprender, Padre Cueto, como siendo usted un hombre tan culto, salen de su pluma algunas de estas pastorales. Quien no sepa que es un teólogo, un canonista y hasta un ganador de premios literarios, deducirá de estos escritos que apenas tiene una educación primaria.

- Nunca he recibido mayor elogio.

- ¿A esto le llama elogio? Sí, Padre Cueto, yo pienso que usted podría lucirse en la comunicación escrita para los fieles de su Diócesis. Sus cartas podrían pasar a la posteridad como documentos paradigmas de una época.

- La finalidad de estas cartas pastorales es la comunicación con la gente — afirmó con mucha convicción el Obispo — la comunicación con todos. Y ya conoce usted la escasa cultura humana y religiosa de los ciudadanos de esta Diócesis. No puedo escribir pensando sólo en los intelectuales, para éstos, también tengo mis momentos.

El punto de mira del Padre Cueto eran sus fieles. Sabía que algunos obispos eran muy alabados por las grandes disquisiciones filosóficas, teológicas y hasta políticas que solían exhibirse en la prensa nacional. Y hasta se habían suscitado polémicas en las más altas instituciones de la Nación, como en el Senado.

Con el Padre Cueto no había este peligro en asuntos de disquisiciones verbales que no iban a ninguna parte; pero no dejó de ganarse otros comentarios aparentemente peyorativos: «¿Qué Obispo se

³ Julián Merino, Vida del P. Cueto.

pone a la altura de un obrero o de una analfabeta mujer de servicio?», y otros, «No debería abajarse tanto, ¿dónde queda su dignidad episcopal?» El Padre Cueto, en las reuniones con los sacerdotes, había dicho que era importante adoctrinar al pueblo, pero dentro de su ámbito cultural. Hablar el idioma de la gente.

Justamente por su sencillez, estas cartas eran una especie de luz para tanta gente que no era tenida en cuenta por su escasa preparación intelectual. Como la tierra seca recibe agradecida la lluvia, así el pueblo canario recibía la doctrina del Evangelio en el vehículo cercano y cariñoso de la pluma del Padre Cueto. Cada hombre, cada mujer, cada niño recibía estas cartas con el mismo amor con que habían sido escritas.

En la primera carta que escribe a sus fieles expone su misión principal: «Velar sobre la conservación de las verdades necesarias para la salvación de nuestros hijos, propagarlas hasta donde fuera necesario, si hubiera alguno de los que nos están encomendados que estuviera privado de ellas, recordarlas a los que hubieran tenido la desgracia de olvidarlas y defenderlas contra los que las contradijeran».

- ¡Este Obispo si que escribe, eh!, comentaba un sacerdote de la Diócesis a otro.

- Sí, Y tiene una buena estrategia para hacer llegar a cada persona sus cartas pastorales. ¿Te has dado cuenta? Se leen en las iglesias y en las casas, porque se publican en el Boletín Eclesiástico, en fascículos separados y hasta en los periódicos.

- ¿Qué te parecen a ti, cartas familiares de un buen hombre u orientaciones pastorales de un Obispo?

- Ambas cosas a la vez. Si hacemos un serio examen, verás que estos escritos gozan del doble sentido de «cartas» y de «pastorales», con ejemplos en que se destaca una u otra faceta. En unas predominan las noticias y en otras la doctrina, pero, generalmente, van entrelazadas, resaltando la que conviene, según el tiempo y circunstancia.

Siguieron comentando el caso curioso de las citas ilustrativas en los escritos del Padre Cueto. El tendría sus razones para acudir a esos textos literarios. Con mucha frecuencia, citaba el catecismo, las poesías de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz; también La Guía de Pecadores de Fray Luís de Granada. Estas citas resultaban más asequibles para el pueblo, las conocía más que los relatos bíblicos, ya que el Concilio de Trento había prohibido la traducción de la Biblia. Pero también utilizaba textos cálidos e iluminadores de la Palabra de Dios. Su estilo literario sencillo, no restaba nada al uso correctísimo del castellano, propio de un hombre tan conocedor de la literatura clásica española. La palabra del Padre Cueto, hablada o

escrita, gozaba de mucha autoridad. De la autoridad del hombre de Dios que era el Prelado.

Su interés ilimitado por acercarse a las personas a él encomendadas, le hacía buscar las mil y una forma de conseguirlo. Por eso, el gran bloque de cartas pastorales, circulares y otras comunicaciones innominadas, fluían de su mente y de su corazón y se hacían, en quienes las recibían, palabras de estímulo, consuelo y esperanza. Luz en el difícil camino de la vida.

¿Hay alguna carta de especial interés? Sí, la prensa elogió, de manera particular, una del 1895, firmada en el convento de la Pasión en Madrid, que se centraba de manera profunda en los problemas del momento. Tramitaba en la actualidad el asunto de los prófugos canarios en la guerra de Cuba. Mucha luz arrojaba esta carta sobre la problemática social candente; el pueblo la acogió con emoción y a la celebración de esta carta pastoral, se sumaron otras diócesis.

Devoto de la Virgen María, a quien tuvo siempre como compañera inspiradora en su vida y misión, cada año, en el mes de octubre, escribe sobre la devoción al rosario. «Se conoce que es Dominicó», decían las gentes cuando hablaba con tanto amor de la devoción a la Virgen y hacía consideraciones tan oportunas sobre los Misterios del Rosario, conectando la vida del hombre y de la mujer isleños con el Nacimiento, Muerte y Resurrección de Cristo.

Hay temas del momento que a nivel eclesial no puede obviar. Escribe sobre el Juicio Final, la Muerte y el Infierno, la Vida Inmortal. El contenido es rico, pero la originalidad de estas cartas es escasa.

- Que no, Padre Cueto, que usted no sabe escribir sobre el infierno — le dijo un día don José María Leza — usted es incapaz de asustar a nadie...

- Tiene usted razón, don José María, comentó el Padre Cueto en tono de humor, no acierto a describir los castigos del infierno, lo trágico del Juicio Final o particular de cada ser humano. Realmente, ni lo concibo ni lo siento. Mejor no escribir sobre ese asunto.

- Sí, escriba mejor sobre el perdón, la misericordia, el premio eterno. Vibra mucho más con estos temas.

¿Cómo no vibrar más? La vida del Prelado estaba llena de gestos de bondad y comprensión, por eso, cuando hablaba de perdón y de misericordia la inspiración fluía y volaba hasta lo inimaginable. Hacía experimentar la capacidad infinita de amor y perdón de un Dios Padre, enteramente bueno. Imagen de la cual era retrato vivo el mismo Padre Cueto. Su misma vida, de alguna manera, aquí quedaba plasmada. Historia escrita con sangre, llanto y sonrisas; un mundo plenificado de fraternidad y de alegría. El Paraíso de la Comunión con Dios y con los hombres; que no

es otra cosa que el Reino.

«Qué oportunas han estado estas dos cartas del Obispo, algunas y algunos estaban necesitando mucho de esto», comentaba un corrillo de gente chismosa a la puerta de la Catedral, al terminar el rezo del rosario. Aunque la carta del Prelado atacaba de frente el chisme y la calumnia, ellas y ellos no se daban por aludidos, aunque eran profesionales en ese arte.

- Sí, Candelaria, que el chisme y, lo que es peor, la calumnia, están de moda en Las Palmas. Hay gente licenciada en esa rama... -dijo Pinito, mirando de reojo a su vecina.

- Esa serás tú, Pino, que te la pasas hablando mal de las hijas del boticario, del médico y..., por qué no decirlo, del Obispo.

- ¡Ojo! No confundas mi sociabilidad, mi capacidad de análisis, con afán de chismear. Yo veo, oigo e imagino... Luego lo comparto con los demás. Porque soy generosa y muy comunicativa.

- Cuidado con lo de «imaginar» y contar lo imaginado... —advirtió don Pepe Marrero — hombre devoto, entrado en años.

- Don Pepito, a cuentos no hay quien le gane, afirmó Pino con aires de emperatriz.

- Así es, corearon todas, como un gesto de solidaridad femenina.

La maledicencia y la calumnia pusieron por un tiempo su sede entre los canarios. Por eso, al escribir cartas sobre estos temas, el Obispo hace reflexiones fuertes que penetran el corazón de quien las lee. Mucha gente había sido hundida y golpeada a causa de estos dos males. Entre ellas, el propio Obispo. Con propiedad pudo escribir: «Yo también he sido calumniado».

Y el Padre Cueto sigue escribiendo... Ahora es una trilogía preciosa sobre la Familia Cristiana. «La educación de los hijos», especialmente significativa. Es un grito y una súplica a los padres para que renuncien al pequeño beneficio que el trabajo de los niños puede aportarles. En lugar de explotar a sus propios hijos, deben considerar el beneficio que supondrá, para todas las islas, el hecho de que todos los niños tengan una educación adecuada: «Pan, lectura y hojas de catecismo». Insiste, además, que no son los hijos los que tienen los deberes, sino los padres. Estos deben procurar, además del alimento necesario, la formación humana y cristiana de sus hijos.

- Esta sí que es una Carta Pastoral a la altura, Padre Cueto, comentó don José María Leza, al concluir la lectura de la que llevaba por título La soberanía de Nuestro Señor Jesucristo».

- Y tan a la altura — comentó el Padre Cueto — que me temo no la

entiendan la mayoría de los fieles.

- Aquí se revela usted como un gran teólogo, comentó en tono elogioso don José María.

- ¿Y seré también un gran Pastor?, interpeló el Padre Cueto.

Jesucristo ayer, hoy y siempre. El es Rey soberano del Universo. La auto afirmación del hombre, al margen de Dios, genera los muchos males del momento, afirma el Prelado. Por El, con El y en El hay que construir el mundo.

En el archivo del Seminario de Las Palmas, un seminarista cuenta el número de cartas pastorales del Padre Cueto. Tituladas así hay 59, pero, ¿y las circulares, exhortaciones y tantas otras comunicaciones escritas, similares, que no tienen el nombre de cartas? Imposible de contar.

¿Qué ecos tienen estas cartas? Indescriptible. Se hacen sentir en la prensa, en los centros de formación, en la Iglesia, en cada hogar, porque eran...

CARTAS PARA TODOS

AMOR DE AMIGO

XII

«Que el ciervo de la amistad y la paloma del cariño se entretengan contigo»⁴

DRENABA SU ANGUSTIA plantando árboles que más tarde se convertirían en racimos de dorados plátanos. La soledad interior le recomía y trataba de auyentarla con un frenesí de actividades. También con mujeres, a nivel de piel, que no le tocaban el alma. El misterio que envuelve a todo ser humano, parecía acrecentarse en este hombre de cincuenta años, síntesis paradigmática de las contradicciones que encierra la condición humana. Aunque vulnerable, daba la sensación de consistencia; poco cumplidor de la palabra empeñada, convencía cada vez que hacía una promesa.

Su porte físico, un tanto agraciado, delataba al hombre cuidadoso del aseo personal. También al narcisista. Y su mirada, poco transparente, introducía, a quien era capaz de penetrarla, en una especie de vorágine, de peligro mágico, que asustaba y atraía a la vez.

Se había casado a los veinte años con una joven de las mejores familias de Canarias. Del matrimonio nacieron dos preciosas hijas que no tendrían la suerte de compartir sus vidas con las de sus progenitores, pues un buen día, sin saber los motivos que tienen los adultos para decisiones tan serias, las niñas despertaron en la casa de los abuelos maternos en compañía de su madre.

Marcos, que así se llamaba el hombre de este relato, eligió la soledad por compañera, hasta que conoció a una segunda mujer con la cual compartió su vida durante dos años. Inestable emocionalmente, buscó en sucesivas mujeres un complemento y una llenura que nunca encontró. ¿Anidaba en él un anhelo de infinito que buscaba denodadamente en el misterio del otro sexo?

El Padre Cueto le conoció en una reunión de los trabajadores del puerto; le pareció un hombre violento y despreciativo; arrogante y amigo de imponer su voluntad. Tenía un cargo directivo y hacía valer su autoridad con palabras humillantes para los obreros. Por su condición social, les consideraba inferiores y como a tales trataba. El Padre Cueto, gran sembrador de amistad entre los hombres, se acercó afablemente a él y le pidió le visitara en el Palacio Arzobispal, para conversar sobre asuntos de

⁴ * Proverbios 5,19

interés. No desconocía el Prelado que Marcos tenía aspiraciones a cargos políticos, había oído hablar de su lucidez intelectual y de su capacidad de liderazgo, pero había que canalizar este potencial humano que, por el momento, resultaba un tanto negativo. No desconocía tampoco el Obispo que este personaje había sufrido un atentado del que se salvó providencialmente.

- Imagino, Padre Cueto, — comentó Marcos — que me llama para algún negocio importante.

- Negocio, en el sentido que tú piensas, no es, pero sí muy importante.

- ¿De qué se trata?

- De los trabajadores del puerto. De tu falta de consideración con ellos.

- La mayoría son bestias, ¿de qué otra forma les puedo tratar?

- Todos son hombres y como a hombres debes tratarlos. Es más, como a hermanos y amigos...

- ¿Cómo amigos? -interrogó Marcos con asombro.

- Sí, Marcos. ¿Sabes qué es un amigo?

- Alguien que es parte de ti, que te comprende y ayuda.

- Eso y mucho más. Bien podemos decir con San Agustín que «En todo lo humano no hay nada agradable sin amigos».

- ¿La amistad debe estar presente en todo?

- En todo.

- Bien, Padre Cueto, pero no pretenderá usted que yo me haga hermano, amigo, de esos trabajadores del puerto — dijo Marcos — con cierto tono despectivo.

- Pues sí, sí lo pretendo -afirmó el Padre Cueto porque hay una clave para vivir la fraternidad y la amistad.

- ¿Usted tiene esa clave?, interrogó lleno de curiosidad Marcos.

- La clave — dijo el padre Cueto — es el amor. Recuerdo de nuevo las palabras de San Agustín: «Si guardas silencio, guárdalo por amor; si clamamos al Señor, hazlo por amor; si perdonas a alguien, perdónale por amor. Que la raíz del amor esté dentro de ti, pues de esta raíz no podrá brotar sino lo bueno».

La sagacidad de Marcos alcanzó intuiciones teológicas. Preguntó interesado:

- ¿Y no será un don de lo alto el poder actuar así?

¿Bastará con que yo lo desee?

- Bastará con que lo desees, se lo pidas a Dios y lo pongas por obra. El prenderá una luz interior en ti que te hará ver y sentir de manera diferente.

Era crítico por naturaleza. En el «Diario de Las Palmas», periódico muy leído, hacía fuertes críticas a los políticos de turno, poniendo al descubierto desaciertos, malversación de fondos y, en general, la falta de visión para gobernar en los tiempos que corrían. Así, Marcos empezó a ganarse enemigos públicos y privados, y mucha gente le consideraba persona no grata en su entorno social. Mientras esto sucedía, Marcos luchaba interiormente entre la aspiración a un alto cargo político y el deseo de abandonar toda lucha y refugiarse en un lugar perdido con sabor a guanche. ¿Era más grande el desánimo que la ambición política? Estudiante de bachillerato en los Hermanos de La Salle, cultivaba una vida espiritual centrada en el culto de ciertas imágenes, particularmente a su patrón, y aunque su vida no fuera coherente, en algunos aspectos, con el código de la moral cristiana, gustaba, con frecuencia, de ponerse en la presencia de Dios e invocar su protección sobre él, de manera especial, lo hacía antes de salir de su casa. Este tipo de oración no modificaba suficientemente su conducta a la hora de la convivencia con los demás, con frecuencia se alteraba y perdía de vista lo que él admiraba en el Padre Cueto: su bondad y su serenidad. La amistad con el Prelado generó en él un cierto cambio de actitudes, como por ejemplo la tolerancia con ciertas limitaciones de los trabajadores del puerto. Y una vida un poco más ordenada en todos los sentidos. Sin embargo, para el Padre Cueto la cercanía a este hombre tuvo resonancias negativas. No tardaron en aparecer comentarios como éste:

- El Obispo es un ingenuo, ¿no se dará cuenta que Marcos le utiliza para sus intereses políticos?

- Sí, con su aparente amistad con el Obispo quiere mostrar una imagen diferente al pueblo. Ni la bondad ni los consejos del Padre Cueto le interesan.

- Da la sensación de que tiene un gran espíritu de servicio, ¿hasta dónde llegará su gratuidad? ¿No buscará ganar puntos para las elecciones políticas?.

Y así se multiplicaban los comentarios llegando en muchas ocasiones hasta el Palacio Episcopal. Al Padre Cueto le habían recomendado no recibir a este hombre que tarde o temprano le causaría problemas. «No tienen necesidades de médico los sanos sino los enfermos», había pronunciado el Padre Cueto recordando las palabras del mejor de los

amigos.

Dada la personalidad del Obispo, hombre sencillo y acogedor, bondadoso y preocupado por el bien de sus semejantes, sus amigos se multiplicaban. Se le podía aplicar lo que un día ya remoto se afirmó de Santo Domingo de Guzmán: «Amando a todos era de todos amado». Su siembra de amistad era abundante: sacerdotes de su Diócesis, personas ilustres de Las Palmas, los jóvenes prófugos de la guerra de Cuba, organizaciones obreras y tantos pobres y personas individuales que acudieron al Padre Cueto, el amigo en las situaciones-límite de su vida.

Más allá de las buenas palabras, el Padre Cueto tenía claro que la verdadera amistad es dinámica y operativa, brinda gozo y alegría a los que la viven como un regalo. Mucha gente atribulada se acercó al Padre Cueto y reencontró, con su amistad, nuevos deseos de vivir, serenidad de espíritu, solución a diversos problemas. Porque una gran prueba de amistad es ayudar a llevar la carga a los demás, sin esperar nada, sólo buscando el alivio del otro. Acción que suscita paz y seguridad en la persona que recibe este gesto. Por eso, la amistad es cantada por el sabio rey Salomón cuando abre su corazón para decir: «Que el ciervo de la amistad y la paloma del cariño se entretengan contigo».

Una noche el Padre Cueto oyó intensos golpes a las puertas del Palacio Episcopal. Era Marcos. Vivía un momento de rabiosa soledad. No quería, como en otras ocasiones, evadir los conflictos interiores. Quería poner orden en su vida, darla un sentido, y para eso necesitaba de alguien que pudiera iluminarle, acompañarle en el nuevo nacimiento que anhelaba.

- Marcos, al fin no te presentaste como candidato de las próximas elecciones —dijo el Padre Cueto— ¿por qué?

- Soy poco aceptado en el medio que me rodea —dijo Marcos con cierto tono de humildad— si me presento, sé que perderé, y no soy buen perdedor.

Sentía que la angustia interior le mataba y veía su futuro sin el menor grado de ilusión. «¿Qué sentido tiene mi vida?», se decía. Repasaba su historia personal y sólo veía fracasos y frustraciones: como esposo, como padre, profesional y ciudadano, «¿Qué hacer?» ¿Valdría la pena comenzar de nuevo? Sabía que tenía que cambiar radicalmente su vida, ordenarla, clarificar metas... A veces soñaba con encontrar una mujer «a su medida que pudiera llenarle plenamente, pero esto suponía dejar esa vida de «por libre», compartir todo lo que era y tenía, entonces, no estaba dispuesto a renunciar a un mundo que él se había creado a su capricho; pero que tampoco le plenificaba. El conflicto y el anhelo se daban cita en lo más profundo de su corazón. Al contacto con el Padre Cueto había experimentado cómo la amistad se convierte en mediación de la Divina

Providencia, cómo había interpelado su vida invitándole a cambiar. , «Sólo el amor real transforma»— pensó Marcos — y consideró que si Dios es amor; El puede ser la mejor experiencia de amor y de amistad. Haría pues una opción en clave de amistad.

- Ánimo, amigo — dijo con cariño el Padre Cueto —la vida espera mucho de ti. Hay muchas cosas que puedes hacer en favor de los demás... en favor de ti mismo. Entre los dos buscaremos.

Detrás del espejo de la amistad del Padre Cueto, Marcos empezó a descubrir algo diferente, pues muy cerca de una gran amistad está siempre la sorpresa y el atisbo genial de Dios. La trascendencia de lo humano. Al regresar esa noche a su casa, tomó un cuaderno de notas personales y escribió:

Ando por mi camino, pasajero,
y a veces creo que voy sin compañía,
hasta que siento el paso que me guía,
al compás de mi andar, de otro viajero.

No lo veo, pero está. Si voy ligero,
él apresura el paso; se diría
que quiere ir a mí lado todo el día,
invisible y seguro el compañero.

Al llegar a terreno solitario,
él me presta valor para que siga,
y, si descanso, junto a mí reposa.
Y, cuando hay que subir monte (Calvario
lo llama él), siento en su mano amiga,
que me ayuda, una llaga dolorosa.

Y entonces Marcos experimentó vivamente que «EL AMOR VERDADERO HA DE SER AMOR DE AMIGO» .

OBISPO, ¿PARA QUE?

XIII

MUCHAS VECES se lo había preguntado: «¿Obispo, para qué?» y se había hecho esta pregunta desde que recibiera el comunicado de su nombramiento de parte del Nuncio del Papa en Madrid. Su vida sencilla de fraile predicador le llenaba plenamente y procuraba, cada día, hacerla más densa, más generosa, más colmada de sentido. Recordaba sus largas horas dedicadas al estudio y la oración, la vida fraterna en comunidad y una rica proyección apostólica. Evocaba aquellos tiempos de profesor en Ocaña, en la Universidad de Manila o en Ávila. Su servicio a la Orden, le había proyectado hacia un horizonte social lleno de conflictos, donde urgía estar presente. Con luz en la mente y entrañas de misericordia. Así lo demostró en el terremoto de Manila en 1880, en la reorganización de las facultades de Medicina y Farmacia de la Universidad Filipina, y así lo vivía en tantos acontecimientos significativos que le salían al paso.

Ahora, después de varios años del ejercicio episcopal en la Diócesis de Canarias, recordaba la entrevista que tuviera en Madrid, en tiempos ya remotos, con el cardenal Ceferino González. Las múltiples preguntas que le nacían ante un servicio de tanta responsabilidad. Ahora las evocaba y podía auto-responderse; confrontar lo que tanto le inquietaba con la experiencia vivida. Pero las palabras del Cardenal tenían tanta fuerza, que volvieron a resonar en su alma:

- Un Obispo, Padre Cueto, es un hombre de gobierno. ¿Qué actitudes considera usted importantes en un hombre de gobierno?

El Cardenal comenzaba la entrevista haciendo preguntas. Luego de una breve reflexión, el Padre Cueto respondió:

- Creer mucho en Dios, en los demás, y en uno mismo. Pienso que el fiarse de Dios, garantiza la aventura del éxito; el fiarse de los demás hace nacer un jardín de alegría, el báculo de la seguridad, el camino de la superación. Estos atributos se van logrando mediante la búsqueda común, fraterna y sincera.

La virtud de la fe era inherente al Padre Cueto. Tenía una fe sin límites en los demás, prefiriendo ser engañado a desconfiar.

- No olvide, Padre Cueto, la importancia de una buena dirección en la Diócesis. El objetivo de dirigir adecuadamente algo tan complejo, debe tener cierta primacía — enfatizó el Cardenal Ceferino.

- Pienso que si dirigir es importante — afirmó con tono reflexivo el

Padre Cueto — no lo es menos animar y servir. Encontrarse todos en la verdad. Y, sobre todo, escuchar... escuchar lo que se dice y lo que se calla, llegar hasta aquello que se vive y que se sufre y que la insuficiencia del lenguaje no sabe expresar. Escuchar, de manera especial, los silencios profundos del hombre pobre y abatido.

- Por ahí va bien — dijo el Cardenal — pero tenga cuidado, Padre Cueto, me temo sea usted un Obispo excesivamente humano...

- Excesivamente humanos fueron Jesús de Nazaret y Domingo de Guzmán. Estos personajes nos tocan de cerca a usted y a mí. ¿No le parece? Interpeló el Padre Cueto al Cardenal Ceferino.

- Tiene razón, Padre Cueto — afirmó con cierta complacencia el Cardenal — Por eso, a usted le va a costar muy poco el vivir con naturalidad y alegría eso que los obispos llamamos la colegialidad con la Iglesia, universal y local. La democracia es connatural a la Orden de Predicadores.

El Padre Cueto recordaba ahora que también le preocupaba el problema de la identidad. Por eso, se atrevió a preguntar:

- ¿Y la identidad de la Diócesis? ¿Qué me dice usted al respecto?

El Cardenal Ceferino se quedó un rato pensativo.

La pregunta era importante. Si cada Diócesis de la península ibérica tenía su peculiaridad, cuanto más la insular, sobre todo por los graves problemas que confrontaba en el momento: pobreza crítica, analfabetismo, la formación del clero y los que siempre surgían por añadidura.

- Un buen diagnóstico — dijo el Cardenal — es importante, también un proceso de amplia participación de la gente, pues la Diócesis la forma una comunidad y es la comunidad quien debe expresarla. Por eso, sí es importante definir la identidad y realizar la tarea pastoral desde ella.

- Y el acompañamiento de los grupos diocesanos, ¿en qué forma debe hacerse?, el Padre Cueto acompañaba a las palabras con una expresión que denotaba preocupación.

El centro de toda preocupación del Padre Cueto era la persona. Los proyectos, las obras, tenían que estar al servicio de los seres humanos. Se había lamentado más de una vez del sacrificio de las personas en favor de las obras.

- Las asociaciones religiosas, cofradías, grupos en general — aconsejó el Cardenal — deben tener un acompañamiento personal, respetuoso, pero cercano. Sabiendo que cada persona es responsable de su vida y decisiones, sin embargo, hay que animar siempre en la búsqueda común de los intereses del Reino. Cada persona y cada grupo tiene unas

capacidades, unos centros de interés importantes que hay que canalizar y aprovechar para el beneficio común.

Al Padre Cueto le convencía mucho ese estilo de gobierno personalizado. La masificación nunca fue con él. En sus años de educador así se había proyectado: hacia todos y hacia cada uno. Esto exige tiempo y, sobre todo, interés por cada persona; esto último al Padre Cueto le sobraba.

Siguió preguntando:

- ¿Y el fomento de una espiritualidad en la Diócesis, no es tarea clave?.

- Cuidar, potenciar y animar la espiritualidad de una Diócesis es fomentar la espiritualidad eclesial afirmó el cardenal Ceferino González importante, también, es preguntarnos, ¿cómo debe ser esa espiritualidad? Pues sin lugar a dudas, es la esencia y base de todo lo demás.

-Un silencio denso se interpuso entre los dos interlocutores. En un tono animado, el Cardenal prosiguió:

- La espiritualidad que necesitamos debe fluir, como las aguas de los manantiales, del contacto vital con la Palabra; de una gran apertura al Espíritu; de una gran interioridad de la persona de Jesús de Nazaret y de sus actitudes de vida. En fin, necesitamos de una espiritualidad hecha de experiencia de Dios. ¿Qué implica esto? La necesidad de espacios significativos para la oración personal y comunitaria. Momentos, de expresión y celebración de la fe.

El Cardenal parecía haber puesto punto final al tema objeto de reflexión. Al Padre Cueto le faltaba algo, la experiencia de Dios, el contacto con la palabra, tienen que gestar compromisos políticos, sociales... Pensando en voz alta dijo:

- Monseñor Ceferino, creo no está de más agregar a lo ya dicho que la espiritualidad de una Diócesis también tiene que estar hecha de responsabilidades sociales y políticas asumidas existencialmente por la comunidad. En síntesis y creo interpretarles bien -afirmó el Padre Cueto- se trata de una espiritualidad que asume coherentemente el compromiso religioso y el cívico social.

- En efecto — dijo el Cardenal — no se comprende que un Obispo se alarme si una comunidad cristiana deja de rezar; y se quede tan tranquilo si no la ve comprometida con las necesidades sociales y cívicas.

La espiritualidad abarca a todo el hombre y no sólo la relación con Dios, que aunque es muy importante no se agotan ahí todas las relaciones del hombre.

El Padre Cueto escuchaba todo eso con mucha alegría. El había dedicado y dedicaba un tiempo significativo de la jornada del día al contacto vital con el Señor, a la identificación con Cristo y la participación en sus criterios, a contemplar sus misterios y sus obras, narradas en el Evangelio. ¡Qué importante era adquirir el espíritu de oración.

- Por las noticias que tengo —dijo el Padre Cueto — en la Diócesis de Canarias hay muchas divisiones. También por lo que se comenta, hay disparidad de criterios con otras diócesis de la Península e incluso con la Iglesia universal. Me parece importante el diálogo. Quiero hacer todo lo que esté de mi parte para lograrla comunión en la Diócesis y con la Iglesia. ¿No es ésta una tarea esencial?

- Uno de los grandes objetivos del Obispo es el de ser un sembrador de comunión eclesial. Es más, él está puesto para ser signo de comunión. Por eso, la primera meta de su gobierno es hacer comunidad. Y ésta se hace desde el ejercicio de una autoridad de comunión, que acepta a todos como son y goza de los dones de los demás. Agrego también, la importancia de crear en una Diócesis un clima de confianza, de comunicación, de libertad, de espontaneidad fraterna, ambiente sano y abierto, donde las personas se encuentren a gusto, donde la autoridad se hace visible. Procure, Padre Cueto, — dijo en tono recalcado el Cardenal — que su gestión y servicio no se reduzca al de un organismo meramente administrativo, de puro trámite o fiscalizador, sino que se proyecte como un organismo vivo y personalizado, pastoral y colmado de creatividad comunitaria.

La común-uniión entre los hermanos era una de las experiencias más hondas en la vida del Padre Cueto. Sólo que no la había vivido a nivel de una Diócesis. Seguramente que era mucho más difícil. Compleja. Pero valía la pena trabajar porque se diera, y un día no muy lejano poder saborearla.

No quiso concluir el encuentro con el cardenal Ceferino sin intercambiar con él otra cuestión que le preocupaba. El de la renovación de una Diócesis. De antemano él pensaba que esto implica una renovación personal y comunitaria. Que no se trataba del cambio por el cambio, sino de una renovación que procede del Espíritu Santo. Dirigiéndose al Cardenal, el Padre Cueto dejó fluir sus inquietudes:

- Continuar con los verdaderos valores de la tradición y asumir posturas del futuro inminente, creo debe ser otra tarea de un Obispo. ¿Qué opina sobre este particular?

- Cada momento histórico — dijo el Cardenal — tiene sus reclamos y no debemos ser sordos a ellos. De ahí la importancia de una postura dinámica y de afrontamiento. El dinamismo de la vida exige una constante renovación. En continuidad con lo válido y muy abiertos a un porvenir con nuevos matices y necesidades humanas muy peculiares.

La conversación con el Cardenal Ceferino, además de informarlo, dejó muy preocupado al nuevo Obispo. En efecto, se trataba de un servicio eclesial bastante exigente. ¿Sería él, acaso, el pastor cualitativo que necesitaba la Diócesis de Canarias? ¿Por qué no habían pensado en otro? Comenzó interiormente a hacerse una autocrítica de la que no salió bien parado. Se veía así mismo un pobre hombre, escaso de luces y de generosidad. Los libros mucho más que la vida misma, habían sido su escuela de aprendizaje, aunque tampoco podía ni debía olvidar los momentos existenciales, vitalmente significativos, a que le había lanzado la experiencia apostólica en la Orden. Recordó entonces las palabras de San

Agustín: «Si lo que soy para vosotros me asusta, lo que soy con vosotros me tranquiliza, porque para vosotros soy el Obispo, pero con vosotros soy un cristiano»⁵.

¿Como veían los demás al Padre Cueto? Sus hermanos de hábito, sus alumnos y cuantos tenían trato con él, lo sentían como a un hombre amigable, sencillo y bondadoso, con una chispa de humor y a quien le gustaba estar presente en las manifestaciones de la vida y de la cultura. Abierto al diálogo y amigo de compartir lo que era y lo que tenía al grado máximo. Valoraba tanto el aporte de los demás, que desde el principio de su episcopado hizo existencialmente suyas las palabras de San Cipriano: «Desde el principio de mi episcopado determiné no tomar ninguna resolución por mí cuenta sin vuestro consejo y el consentimiento de mi pueblo»⁶.

Desde aquel fructífero encuentro, habían pasado ya unos cuantos años. Ahora constataba que no estaba descaminado. Que el Cardenal Ceferino González clarificó su punto de partida. Que la luz del Espíritu siempre ilumina a quienes se acogen a ella. Pero, sobre todo, el Padre Cueto había descubierto que hay preguntas que tienen largas respuestas, tan largas como la vida del ser humano. Porque cada día hay que dar una respuesta fiel e inédita.

Obispo, ¿para qué? había que hacerla y responderla cada día. Una respuesta hecha de vida plena y de gracia en el Espíritu Santo.

De aquí en adelante rezaría con especial interés el siguiente himno:

El fue pastor y forma del rebaño,
luz para el ciego, báculo del pobre,
padre común, presencia providente,
todo de todos⁷.

⁵ San Agustín, Sermo 340

⁶ Epístola 14, IV, 1

⁷ (*) OBISPO PARA QUE. Himno del común de pastores

EL CURA REBELDE

XIV

LOS RUMORES crecían de día en día. «¿Qué habrá de cierto?», se preguntaba el Obispo. Y se hacía la pregunta por la insistencia de la acusación, pues, a la primera, él no creía en comentarios negativos sobre ninguno de sus sacerdotes. Lo mejor era hablar con la persona, verificar si los comentarios eran ciertos. Y, en caso tal, orientar la situación. Esa era su obligación, orientar, animar...

Se trataba de don Julián del Pino, párroco de Tías (Lanzarote). Algunos vecinos del lugar, le consideraban el gran violador canónico, pasaba por alto gran parte de la normativa fijada para los sacerdotes. Con frecuencia, se le veía en las noches participando en espectáculos públicos, tomando y alternando con todo tipo de gente, paseando con alguna mujer de vida sospechosa... «¿Por qué actúa así este sacerdote? ¿No le llena su ministerio? ¿Le induce el celo apostólico? Lo más indicado será hablar con él».

- En un momento en el que tanto se habla de libertad, yo me siento asfixiado con la normativa eclesiástica: no se puede fumar, no se puede participar en actos culturales públicos; el púlpito, la predicación, está reducida al ámbito cerrado de una iglesia. Novenas, sacramentos y... Mucha falta de compromiso con el mundo por el cual Dios se encarnó.

- Tiene razón, hermano, en afirmar que nos falta compromiso con el mundo que Dios creó y redimió. Pareciera que nuestra radical consagración a Dios, nos alejara de una radical consagración a los seres humanos, afirmó el Obispo.

- Cuando conectamos con el dolor y el pecado del mundo, experimentamos de manera más honda, más intensa, el amor de Dios. Su presencia nos deslumbra. Su misericordia, nos alcanza.

- ¿No estará haciendo una apología del pecado?

- No, padre Cueto, estoy hablando de una experiencia espiritual, personal. Ahora más que nunca sé que el amor de Dios es mayor que nuestros pecados...

- El Obispo percibía que el joven sacerdote era de mente y de corazón amplio, que no le iba mucho el cinturón de fuerza del Derecho

Canónico. Se sabía un servidor del Señor en su servicio a los hombres. Pero intuía que alguna confusión le invadía, que algo le perturbaba y se atrevió a preguntar:

- ¿Usted se siente bien, don Julián?

El sacerdote había entrado en confianza con el Obispo y aunque estaba turbado por los acontecimientos vividos recientemente, y aunque mil contradicciones se daban cita en un interior, dejó fluir un caudal de sentimientos, de vivencias que le habían hecho morir y vivir con una intensidad ilimitada. Su vida anterior, la cual consideraban mediocre, había sido pura, impecable; cuando hacía el examen de conciencia, apenas encontraba unos pecadillos veniales. Pero, ¿dónde estaba la entrega incondicional al Dios de la vida, a ese Dios que sufría y moría en el pueblo canario de mil maneras?

- La vida humana, es compleja, Padre Cueto. He querido romper moldes, «enderezar entuertos» y más que el éxito me ha acompañado la frustración y el fracaso. Me he sentido invadido por una gran sensación de impotencia. Ahora vislumbro también, que algunos caminos nuevos se están abriendo... Los está abriendo usted, Padre Cueto.

- Pienso que es importante conservar lo positivo de la tradición — que siempre enseña — y asomarse a nuevos horizontes. Vivir el presente y vislumbrar el futuro.

- La vida humana es contradictoria. Así lo siento yo. Justamente, cuando quería hacer de mi sacerdocio algo más auténtico y fecundo, me vi cercado por una situación límite de la cual me ha sido difícil salir.

- ¿Le ha dejado heridas?

- Sí, por momentos me asalta la desesperación. No acepto lo que sucedió. Tengo que integrar ese momento histórico de mi vida.

- ¿Cuestionó su vocación sacerdotal?

- La sacudió violentamente. Me desgarró. Y me incitó a renovar mi opción sacerdotal. De manera más radical y fiel. Aunque la «otra llamada» era arrastradora y llena de espejismos, hecha de imán y de magia.

- Su vocación le está costando sangre, por eso creo en ella. Cuente con mi ayuda para superar este difícil momento.

Y sintiendo la necesidad de orar en común, tomaron la carta de San Pablo a los hebreos e hicieron suyo este texto:

- «Todo sumo sacerdote es tomado de entre los hombres y es establecido para ser su representante ante Dios. Le corresponde presentar a Dios ofrendas y víctimas por el pecado, y para eso tiene que sentirse solidario con los ignorantes y los extraviados. En realidad, a él mismo lo asedia su propia debilidad, y por eso debe ofrecer sacrificios por el pecado, tanto por sí mismo como por el pueblo».

Cuando nos experimentamos humanos, hechos de luz y de sombras, propensos a la gracia y al pecado, a la alegría y al sufrimiento; expuestos a múltiples contradicciones, aunque busquemos, y debemos buscar, la coherencia; entonces, tal vez entendamos a los otros. Aunque hay personas que comprenden y justifican la condición humana en ellas mismas, pero no en los demás. Son condescendientes y comprensivas consigo mismas, pero de una enorme dureza para los demás. ¿Hasta qué punto han interiorizado en la condición humana? ¿Son capaces de ver en cada rostro, cercano y lejano, una imagen y semejanza de Dios? ¿O sólo tienen ojos para verse así mismas, sus problemas, sus éxitos y fracasos? Si de verdad, nos adentramos en lo humano y sentimos toda carne como propia, viviremos el regalo de la común-uniión de los santos.

- ¿Padre Julián, dejará usted de lado aquellas cosas que escandalicen a la gente?

- No me pida, Padre Cueto, que deje de ir al teatro. ¿Acaso, no le gusta a usted el teatro?

- Me encanta. Imagino está enterado de los actos culturales que se realizan anualmente en el Palacio Arzobispal, también en la Catedral. Me refiero a los conciertos de música.

- Tal vez nos ha faltado ser más cercanos a la gente. Presentamos como personas normales. Claro, si el mismo Derecho Canónico tiene cada cosa... Al pueblo le interesa nuestro servicio como evangelizadores y, a nosotros, como cristianos nos interesa el pueblo, sus enseñanzas y su ayuda, pues todos juntos crecemos en el compromiso con el Reino de Dios. ¿No le parece, Padre Cueto, que el pueblo nos ayuda en nuestra conversión?

- Si está tan convencido, ¿por qué no le hace caso en alguna de las cosas de las cuales es usted objeto de críticas?

- Tendré que pensarlo. Soy rebelde, pero no terco.

Rebelde, subversivo... ¿No son sinónimos de esperanza? ¿Podrá rebelarse una persona que no cree, que no espera nada? Seguramente que no. Los cánones existenciales, sus aspiraciones humanas están satisfechas en los moldes dados. Porque no las necesita, la fe y la esperanza se achican.

La sana rebeldía surge con el deseo y la esperanza de ensanchar horizontes, de abrir caminos, de correr la aventura de alcanzar metas insospechadas para el ser humano. Espacios desmesurados, porque Dios es Creador, no «Repetidor»y nosotros, su Imagen y Semejanza.

Y el pueblo seguía hablando de que el párroco era UN CURA REBELDE.

INSTRUMENTO DE LA GRACIA

XV

ERA LA SEGUNDA VEZ que el Prelado visitaba el Santuario de la Virgen de Lourdes. Su precaria salud le exigía un tremendo esfuerzo físico, para permanecer tanto tiempo de pie o de rodillas, entre la muchedumbre, en el pleno verano francés. Era el 15 de agosto de 1895, fiesta de la Asunción de la Virgen.

La devoción mariana se hacía sentir en los rostros, en las canciones y en las plegarias ininterrumpidas, de una multitud de peregrinos de diferentes lugares.

María, la Madre de Misericordia, contemplaba desde la histórica gruta, a tantos hijos e hijas con mutilaciones en el cuerpo y en el alma. Ella las veía todas y a todas quería socorrer. Y hasta ella llegaban también, como tantos peregrinos, el Padre Cueto y una religiosa, la Madre Pilar, cofundadora con él de las Dominicas de la Enseñanza de Canarias.

La aparición de María de Lourdes, en esta fiesta de la Asunción, nos recordaba que ella, la Madre de todos los hombres, asumpta al cielo, no se había ido junto al trono del Señor para olvidarnos; su viva presencia en Lourdes hablaba de cercanía, de desvelo, de preocupación materna. Hablaba, sobre todo, de predilección por los niños, por los débiles y por los pobres. La luz que la envolvía era un grito de esperanza para la raza humana.

Una adolescente muy pobre, Berdardeta Soubirous es la afortunada que goza de su presencia, contempla su hermoso rostro, escucha su voz y recibe una misión. En la historia de la Salvación siempre ha sido así, Dios se sirve de lo que no cuenta para confundir a lo que cuenta. Pero no acabamos de entenderlo nunca. El padre Cueto pensaba muchas de estas cosas mientras contemplaba la pequeña y hermosa imagen de María. Ella, proclamaba «Trono de la Sabiduría», debía alcanzarnos de su querido Hijo, la verdadera sabiduría para actuar en este mundo conforme a los designios de Dios.

Los versos del simbólico libro del Apocalipsis resuenan en la fiesta de la Asunción de María. La muchedumbre los escucha embelesada:

«Apareció en el cielo una señal grandiosa: una mujer, vestida de sol, con la luna bajo los pies y en su cabeza una corona de doce estrellas»⁸.

⁸ (*) Apocalipsis 12,1

El ansia de infinito, de plenitud y de belleza cobra fuerza en el alma de los que transitan por Lourdes. Las potencias dormidas parecen avivarse, y los miembros enfermos recobran la salud. La Asunción de María está íntimamente vinculada a la Resurrección de Cristo, pionero de una nueva humanidad.

Al día siguiente, sería la solemne procesión central de la peregrinación. Al Padre Cueto le gustaba participar en ella, particularmente por el contagio de fe que se experimentaba. De manera especial los enfermos, creían en el poder infinito de Dios y esperaban un milagro. Otros iban a pagar promesas como gratitud a ciertos favores recibidos por intercesión de la Virgen. No faltaban los turistas que llegaban hasta el lugar, movidos por un afán de curiosidad y con el deseo de ser testigos de algún espectáculo sobrenatural. El hecho de sentirse sanos frente a tantos enfermos, era, al final, el mejor de los milagros.

Llegada la hora de la solemne procesión, el Padre Cueto vio llegar hasta él un sacerdote de los que atendían el Santuario de la Virgen de Lourdes:

- ¿Monseñor, usted es el obispo de Canarias? ¿Usted es Monseñor José Cueto?.

Para servirle, respondió con su bondadosa sonrisa el Padre Cueto.

- Si no tiene inconveniente, por favor, sígame, pues ha sido usted designado para impartir la bendición con el Santísimo a los peregrinos enfermos que asistirán a la procesión.

- Hay por aquí varios obispos que tal vez quisieran dar la bendición, dijo modestamente el Padre Cueto.

- Sí, pero a mí me han ordenado se lo pida a usted.

- Entonces, lo haré con mucho agrado.

El Padre Cueto presidía la solemne procesión con el Santísimo Sacramento debajo del palio. Le seguían varios obispos y luego una muchedumbre inmensa, fundamentalmente compuesta de minusválidos y enfermos de la más variada gama de males. Las súplicas del alma se convierten en canciones en los más diversos idiomas. La atmósfera es de música. Parece que cada espíritu se acerca al cielo. Jesús y María están allí como protagonistas: basta suplicar a María para que ella ordene a su Hijo que complazca a los necesitados, como en las bodas de Caná y como en tantas otras oportunidades. La procesión peregrina hacia el infinito, hacia un mundo sobrenatural de gracia y de perdón, del cielo como regalo del Padre, expresado de muchas maneras.

Concluida la procesión, el Padre Cueto procede a dar la solemne bendición con el Santísimo. Mientras bendecía se escuchaban exclamaciones de júbilo, de acción de gracias, palabras que delataban un gran asombro ante algo inaudito: «Puedo caminar», «Veo», «Jamás pensé que la intercesión de la Virgen era tan poderosa», «¡Gracias, Dios mío!», «Bendita sea la Virgen de Lourdes»... Con serenidad y aplomo, el Padre Cueto terminó de dar la bendición. La gracia del Señor descendía por sus manos. Durante la bendición, se curaron catorce enfermos y tres más después, cuando se acercaban al Padre Cueto. Algunos enfermos y muchos de los fieles asistentes, tenían la certeza de que el Señor había querido obrar sus maravillas por mediación del Obispo de Canarias, el bondadoso y humilde Padre Cueto. Arrodillados, llorando, le besaban las manos y agradecían esa bendición portadora de la salud física, que tanto valoramos, particularmente cuando carecemos de ella. El Padre Cueto les dijo que en modo alguno atribuyeran a su bendición el milagro del que habían sido objeto, eso era sólo obra de Dios, por intercesión de su Madre y nuestra Madre, la Virgen María, que se compadece de las miserias y angustias de sus hijos, los hombres.

Otros y otras que no habían sido curados, acosaban al Obispo para que les bendijera. Sintiendo sobremanera abrumado, el Padre Cueto decidió regresar a Las Palmas cuanto antes. La Madre Pilar también regresó con él.

Ya en el barco, mirando el encrespado mar del Atlántico, el Prelado pensaba en el misterio de los designios de Dios. Realmente había sido emocionante presenciar, en este segundo viaje al Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, la curación total de diecisiete enfermos graves. Y se preguntaba: ¿No viajaría la Madre Pilar a Lourdes con la esperanza de ser curada de su asma crónica? La sentía toser hasta el ahogo y el Padre Cueto experimentaba la necesidad de aliviarla, de hacer algo por ella. Definitivamente, regresaba peor de lo que estaba al llegar a Lourdes. «¡El Señor sabe lo que hace!», se dijo.

Sentados los dos en la proa, miraban el horizonte infinito del ancho mar. Ambos estaban impresionados por los últimos acontecimientos. No era común lo visto y oído en la solemne procesión, menos aún, que la gente piense que una persona tiene poder de hacer milagros, al menos que descienda al mundo de la magia y de la superstición. Tampoco descartaban las conciencias mal formadas. Mucha gente sencilla piensa eso, que un hombre santo, que la Virgen, tienen el poder de hacer milagros; otros, más informados saben que la Virgen, los santos y los buenos hombres, son poderosos intercesores ante el Señor. Mediaciones que ponen de manifiesto las grandes obras del Poderoso, cuyo nombre es santo.

- Siento mucho, Madre Pilar, dijo el Obispo, que no cuente usted

entre las diecisiete personas que han sido curadas. A buen seguro que regresaría pensando en la fundación de muchas obras más. ¿No es cierto?

- La salud es un don de Dios, Padre Cueto. Me hubiera gustado ser una de las personas favorecidas con ella; seguramente no me conviene.

- ¿No le parece, Madre Pilar, que la gente es dada a lo sensacional? No dudo que hay mucha gente con fe en las peregrinaciones de Lourdes, pero siento en la gente un gran afán por lo espectacular...

Luego se quedó pensando. ¿Acaso no había presenciado muchos milagros en su vida? Ciertamente que no serían tan espectaculares como el del ciego que súbitamente recobra la vista, o el caso del paralítico que abandona la silla de ruedas y echa a correr, pero eran milagros. Manifestaciones del amor de Dios. Y recordó las obras que habían nacido en poco tiempo, por obra y gracia de la solidaridad humana, en favor de los pobres, de los enfermos, de los ancianos. Y recordó el texto del profeta Isaías:

«El Espíritu del Señor Yavé está sobre mí, Yavé me ha elegido.
Me ha enviado para anunciar buenas noticias a los humildes/
para sanar a los corazones heridos,
para anunciar a los desterrados su liberación
y a los presos su vuelta a la luz.
Para publicar un año feliz lleno de los favores de Yavé/
y el día del desquite de nuestro Dios»⁹.

A lo largo de su vida y, ahora, desde que llegó a Canarias, había sido testigo de una infinidad de milagros. Maravillas que hacen patente el amor humano, animado por el Espíritu.

El que un grupo de ancianos no quede desamparado, es un milagro. El que un día surja un instituto educativo que oriente la vida de jóvenes generaciones, es un milagro. El que se dé la vida a cambio de nada y por amor, es el mayor de los milagros...

Y oyó la voz de la Madre Pilar que como eco de sus pensamientos decía:

- ¿No es un milagro de grandeza este anchuroso mar, capaz de acoger a tantos seres y tesoros en su fondo? ¿No es un milagro de belleza este crepúsculo de la tarde, pintando de rojo el cielo? ¿No son un milagro del amor los niños canarios que nacen cada día...?

⁹ (*) Isaías 61, 1-3

- La fe es una aventura -dijo el Padre Cueto- hay que fiarse de Dios, aunque a veces nos prive de ver sus maravillas. Lo importante es que «El nos amó primero» y que, aunque nosotros fallemos, «El siempre es fiel».

Atrás quedan las rocas de Massabielle, los rosales de flores blancas y el caudaloso río Gave.

Atrás la procesión de las antorchas, recordando que nunca falta una luz en la noche para los que creen.

El saludo de «una joven toda blanca» a los habitantes de la tierra.

Y un gesto de bendición que sana. El Padre Cueto, una vez más, se había convertido en instrumento de la Gracia.

DISCRIMINACION EN EL SEMINARIO

XVI

EL OBISPO SE EXTRAÑÓ de la organización interna del Seminario. «¿Será posible que suceda esto?», se dijo. Y pidió una información al respecto. Le contaron que el Seminario contemplaba dos secciones: la de La Purísima Concepción para los seminaristas ricos y la de Nuestra Señora del Pino para los seminaristas pobres. «¿Cómo se puede dar una formación sacerdotal a partir de esta discriminación?». El Prelado no salía de su asombro. Dos advocaciones de la Virgen para diferenciar a los privilegiados de los carentes de bienes de fortuna. Lo establecido por la injusticia humana, se sustenta, se prolonga en la Iglesia. .. ¿Pertenece esto al Evangelio de Jesús? De ninguna manera. Luego hay que «acabar con ello».

Dicho y hecho, el Obispo comenzó a dictar normas que acabaran con semejante situación. Pronto desaparecieron las dos secciones.... ¿Cómo solucionar el problema económico?"preguntaban personas del clero.

«Consiguiendo becas», salió al paso el Prelado. Y pensaba el Padre Cueto en el grupo de seminaristas pobres, con quienes había conversado y que manifestaban una gran vocación apostólica. Tal vez pensaba en él mismo, en las dificultades que tuvo que afrontar cuando quiso ir al noviciado de los Dominicos. Pero al menos allí no se encontró eso, la discriminación entre ricos y pobres; la atención diferenciada para ambas clases sociales. ¿No marcaría negativamente esta formación inicial? «Buscaré becas, pagaré de mi peculio las becas que pueda, la vocación no es privilegio de los ricos, tampoco el talento. Si apelamos al Evangelio, veremos que el Señor llama con frecuencia a los pobres, a los que no cuentan». Luego pensó en las familias de los aspirantes pobres que necesitaban del aporte de éstos para subsistir. Y buscó ayuda entre los amigos de la ciudad y compartió de lo suyo. «A este Obispo no se le escapa un detalle», comentaba un sacerdote del Seminario al enterarse que el Padre Cueto ayudaba económicamente a las familias de los seminaristas de escasos de recursos.

La formación integral de un seminarista, de un ser humano debe estar enmarcada en un ambiente propicio, donde la vida misma de los que enseñan es el mejor libro para aprender. El Obispo percibió que el contexto de la formación se prestaba a distorsiones, a perpetuar lacras sociales y a hacer aportes de infelicidad. «Vida espiritual intensa, donde se dé una identificación del seminarista con las actitudes de Jesús de Nazaret. For-

mación intelectual sólida que favorezca el crecimiento humano y prepare adecuadamente para el compromiso apostólico. Un servicio a los demás, que prepare ese ser para los demás, luego de la Ordenación Sacerdotal».

Como Dominico, el Padre Cueto llevó hasta las aulas del Seminario la Teología Tomista. «¿No ha sido, esta doctrina, luz para la Iglesia a través de los siglos?». y el doctor Angélico, con la Suma a cuestas, asentaba su Cátedra en el Seminario Diocesano de Las Palmas.

«¿Qué tipos de enseñanza se imparten en el Seminario?», preguntaba el nuevo Obispo. Y el Rector le contestaba: «La ordinaria y la breve. Hay vocaciones de edad avanzada, incapaces de seguir el itinerario largo y complejo de la filosofía, el latín y la teología. También se hace pensando en los curas rurales».

El Padre Cueto quedó desconcertado con el último comentario. «¿Cómo es posible que se piense que un cura rural necesita de una preparación intelectual inferior? ¿Acaso el campesino no tiene una cultura propia y los problemas de todo ser humano? ¿Cómo afrontar la problemática social del campesino? Para esto hay que saber de sociología, de historia y otras disciplinas. ¿Basta sólo estar con la gente?».

El Obispo sabía que no. Hermano de Antonio de Montesinos, denunciador de injusticias, el Padre Cueto entendía que hay que ser voz de los sin voz y, además, preparar a éstos para que puedan realizar sus propias reivindicaciones. Conquistar sus derechos. La lucha por el Reino de Dios aquí en la tierra, necesitaba además de santos, sabios y luchadores. Gente capaz, cualitativa y dispuesta.

A los pocos meses de llegar el Obispo a la Diócesis, los planes de estudio del Seminario, empezaron a cambiar. El mismo pénsum para todos los sacerdotes. Acortó el número de asignaturas y procuró mayor profundización en las elegidas como fundamentales. "No por un largo pénsum se prepara mejor la gente. Es lo que se estudia y la calidad con que se aprende, lo que puede aportar al crecimiento humano".

- Padre Rector, no basta que un seminarista sea brillante intelectualmente para darle paso al sacerdocio. Este implica actitudes muy peculiares...

- El llamado al sacerdocio es un don, una vocación, que de alguna manera configura a la persona. Ciertamente que no basta ser brillante intelectualmente, hay otros valores que atender y cultivar...

- Por eso, es importante — afirmó el Obispo — el prudente y oportuno acompañamiento. Acercarse a la historia personal del seminarista y orientar el futuro con realismo y discernimiento.

- Hay seminaristas que han venido huyendo de la pobreza de sus

casas. Buscando una superación cultural. Pero al recibir una sólida formación cristiana se dan cuenta que su actitud no es la correcta. Que no andan en la verdad...

- Aunque la intención no haya sido del todo recta — dijo en tono comprensivo el Obispo —, yo creo les hará muy bien la orientación vocacional que reciben en el Seminario. Algunos seminaristas son tan jóvenes que no han tenido tiempo para plantearse ningún tipo de vocación.

Y así se prolongó un largo coloquio entre el Obispo y el Rector del Seminario. La formación de los futuros sacerdotes era una de las grandes preocupaciones del Padre Cueto. "Ojalá salgan hombres coherentes. Que su doctrina sea ratificada con su vida. Y evocó a la gran figura sacerdotal, al servidor de Yavé, cantado por Isaías:

«He aquí a mi siervo a quien yo sostengo, mi elegido, el preferido de mi corazón. He puesto mi espíritu sobre él.

El les enseñará mis juicios a las naciones. No clamará, no gritará,
ni alzaré en las calles su voz.

No romperá la caña quebrada
ni aplastará la mecha que está por apagarse.

Enseñará mis juicios según la verdad
sin dejarse quebrar ni aplastar,
hasta que reine el derecho en la tierra»¹⁰.

¡Hermoso programa para los servidores de Dios! Duro y difícil, pues la siembra que realizan deben regarla con su propia sangre. Y esta siembra es de verdad y de justicia. Por eso, el Seminario no puede tener estructuras discriminatorias, ni injustas. Por eso el Obispo, sintiéndose responsable de una parcela de la Iglesia tan importante, asentó, las bases de la formación, sobre algo tan humano y evangélico como la IGUALDAD, en el amor, para TODOS.

¹⁰ (*) Is. 42, 1-4

EN DEFENSA DE LA MUJER

XVII

«LA EXCOMUNION está fuera de sus facultades», dijo el Obispo, con tono de enfado, al sacerdote de una parroquia de Gran Canaria «Además, ¿por qué excomulga a las mujeres y no a los hombres?». Todo tenía que ver con las fiestas de carnaval, convertidas en auténticas bacanales.

Carmita y Candelaria habían sido las promotoras de reunir hasta treinta mujeres para disfrazarse de hombres durante las fiestas de carnaval. Así mismo, los esposos y novios de estas mujeres decidieron vestir el atuendo femenino y divertirse a sus anchas.

Al caer la noche estos grupos iban de «mascarita», con disfraz y voz fingida, bromeando y haciéndose averiguar. Los vecinos del lugar invitaban, en sus casas, a vino y a torrijas, a cantar y a bailar.

- Silverio, ¿ves a esos dos galanes, con declarado andar femenino? Son dos hijas de guanche bien plantadas. ¿Las ves? están debajo de un farol tomando, para disimular mejor.

- Vamos. La noche es de aprovechar. El disfraz debe propiciarnos alguna aventurilla que valga la pena...

- ¿Y tu mujer?

- Estará por ahí haciendo de las suyas. Cosa que no estoy de acuerdo. ¡Hombre es hombre!

- La mía, en cambio, es tan aburrida que estará rezando el rosario. A fidelidad conyugal, no hay quien la gane.

- Así debe ser. Queda feo el desenfreno en una mujer, a no ser que sea una prostituta.

- Cierto. Pero en este caso, yo creo que es bueno que alguna se decida por el «oficio», pues, de lo contrario, ¿cómo echaríamos algunas canillas al aire?

Los carnavales daban oportunidad a ambos sexos, sólo que el masculino podía ir de «mascarita» y hacer de las suyas de manera más libre, sin importarle mucho que más tarde se descubriera al autor de ésta u otra aventura. La mujer tenía que cuidarse mucho más, por el qué dirán, por la censura, por las consecuencias biológicas....

Y hasta don José, el cura de una de las parroquias de Gran Canaria,

llegó la noticia de que en la noche del martes de carnaval, un grupo de atrevidas mujeres, habían prestado sus delicadas ropas a un grupo de hombres; y que éstos, a su vez, también fueron generosos no haciéndose de rogar cuando las hijas de Eva suplicaban el varonil atuendo. Se enteró, también, del desenfreno en el salón de baile. Como la mayoría estaba harta de torrijas y del vino de la mejor cosecha, no eran dueños de sus actos. De manera, que muchas parejas terminaron, no sólo bailando, sino abrazándose y perdiéndose por los retirados callejones de la ciudad. Hay quien aprovechaba también el disfraz, para asuntos de venganza. Podía insultar, matar y aprovecharse de la mujer del enemigo, sin ser descubierto.

«No, si yo a todas esas mujeres las llevaría presas. Desde que apareció la primera, desde Eva, no han hecho otra cosa que tentar a los hombres. ¿Es que no tienen unos hijos y una decencia que cuidar? ¿No deben fidelidad al esposo? Y seguro que alguna de las Hijas de María estaba metida en eso. Esto no se puede quedar así, daré un escarmiento público a esas desvergonzadas mujeres», dijo soltando toda su furia el santo párroco.

Aprovechó el sermón del domingo siguiente para decir desde el púlpito:

«Prohíbo, terminantemente, acercarse a recibir la sagrada Comunión, a todas las mujeres que han prestado sus vestidos y demás ropas íntimas a los hombres, para disfrazarse durante estas fiestas de carnaval. Por favor, que ninguna se acerque al comulgatorio, a menos que quiera pasar el bochorno de que le sea negada, públicamente. Semejantes atrevidas, no son dignas de recibir el Cuerpo del Señor. Pondremos un día para la santa Confesión y, luego de una buena penitencia, ya les avisaré yo, públicamente, cuando pueden comulgar. De momento, quede bien claro, ¡todas están excomulgadas!».

Algunas, ocultando el rostro entre las manos, empezaron a llorar. No pensaban que su falta había sido tan grande. Otras, se movían inquietas en el reclinatorio. Como la palabra también les era negada en la Iglesia, abordarían al párroco a la salida. El castigo era desproporcional, injusto, discriminatorio. Sí, hablarían con don José, tenía que entrar en razón.

- Don José, queremos hablar con usted. Necesitamos aclarar algunas cosas... Nos parece muy duro su castigo.

- Id con Dios, pecadoras, y arrepentiros. No quiero hablar con vosotras. Terminaréis contaminándome...

- Y a los hombres, don José, ¿a ellos nos le llega la excomunió? Ellos también prestaron sus ropas, se disfrazaron, se divirtieron...

- Sí, después de que ustedes les tentaron. Además, ¿no querrán

ustedes ahora compararse con los hombres? ¡Sólo faltaba eso!

Viendo la indisposición del párroco para escuchar, para entrar en razón, las mujeres decidieron ir a hablar con el Obispo. Seguro que el humano Padre Cueto, las escucharía, las trataría como a personas, las entendería.

«Si el encuentro para la alegría fuera sano, sería estupendo. Nada mejor que el buen humor, la celebración de la vida, el reír juntos... Pero estas fiestas de carnaval, terminan, con frecuencia, en auténticas bacanales, en momentos propicios para la venganza. Todo esto me entristece. Al final, debe entristecer a todos, pues la trasgresión de la moral no conduce a la alegría».

Cuando se fueron las mujeres, el Padre Cueto quedó muy pensativo y afectado. «Sí, una de ellas tenía razón al decir que si se excomulga a las mujeres hay que excomulgar también a los hombres. Sólo una cayó en la cuenta de esta injusticia, las demás, están cargadas de sentimientos de culpa y piensan que los hombres tienen derecho a eso y mucho más...» y decidió hablar con el sacerdote autor de la excomunión.

- ¿No sabe usted, padre, que la excomunión está fuera, en este caso por la gracia de Dios, de sus facultades? ¿Cómo se le ha ocurrido tal descalabro?

- Conozco bien su oposición, señor Obispo, a las bacanales de carnaval. Pensé que le agradaría mi decisión.

- ¿Y por qué esa decisión para las mujeres y no para los hombres?

- ¿No están en diferente plano?

- De ninguna manera. La moral es para todos igual. Además, yo no excomulgaría a nadie. Estamos para orientar, para formar la recta conciencia de la gente. No para castigar.

- Todos dicen que usted es demasiado comprensivo y tienen razón. ¿Cómo se puede ser tan benevolente con las debilidades humanas?

- Pues para que vea usted, padre, que no lo soy tanto, le voy a pedir un favor.

- ¿De qué se trata?

- De que en el sermón de la próxima misa dominical, pida usted perdón a todas las mujeres por el injusto castigo de la excomunión. Por la discriminación realizada entre el hombre y la mujer, actitud que contradice en todo a las enseñanzas del Evangelio.

- ¿No le parece, monseñor, que me está pidiendo demasiado?

- Entonces, ¿ahora usted no está de acuerdo con los que afirman que soy demasiado benévolo?

- En este momento, le percibo exigente y duro...

- Le estoy pidiendo, padre, algo muy sencillo. Que repare públicamente, el daño que públicamente hizo. Y, si no, el que caerá en excomunión será usted. Recuerde que esto es facultad sólo del Obispo.

«No es oro todo lo que brilla», pensó con enfado el párroco. Luego, dirigiéndose al Obispo, dijo en tono sumiso:

- Si no hay otro remedio, así lo haré.

Y en el sermón dominical, se escucharon unas palabras que dejaron boquiabiertos a todos los feligreses:

«Perdón a las mujeres que fueron objeto de excomunión. Esta queda levantada». Esta sentencia sonaba como algo artificial, no salía del alma. Era una especie de declaración impuesta.

«Perdón a las mujeres...»

Alguien con más autoridad que el párroco estaba detrás de este gesto reconciliador. Carmita y Candelaria se guiñaron un ojo. Ya en la calle se preguntaron:

- ¿Quién nos ha hecho justicia?, ¿quién es nuestro defensor?

- ¿Defensor de la mujer en estos tiempos? ¿Quién va a ser? El que todas sabemos. El Obispo.

CON LA MADRE PILAR

XVIII

DESDE EL PRIMER ENCUENTRO en Madrid, el Padre Cueto se dio cuenta que a esa religiosa no se le ponía nada por delante. Al parecer, tenía ideas claras y gran capacidad de decisión. Pero estaba sujeta a la voluntad de su Superiora Mayor. ¿Podría persuadirla para una nueva fundación?

Si la Diócesis de Canarias tenía el mayor número de analfabetismo en España, la educación era una prioridad. Además, en Las Palmas había tres colegios, pero no de religiosas. La educación cristiana era importante; también la atención a las diferentes clases sociales. No se podía pensar en atender a la clase media y alta, abandonando a los más pobres. Así que, de entrada, era bueno pensar en dos obras.

El Padre Cueto escuchaba con atención a esa mujer persuasiva y desenvuelta en la conversación, llamada Madre Pilar, perteneciente a la Congregación de las Hijas de Cristo Rey, Fundadora y Priora de un colegio en Madrid. Joven aún — contaba 27 años — y de agraciada presencia, era el prototipo femenino con el que se puede contar para grandes empresas humanas. Cuando exponía sus proyectos, hacía evocar la imagen de la mujer-sabiduría envuelta en atributos, colmada de cualidades. Porque dejaba traslucir un espíritu inteligente, único, múltiple, sutil, ágil, perspicaz, inmaculado, claro, impasible, amante del bien, agudo, incoercible, bienhechor, amigo del hombre, firme, seguro, sereno, que todo lo puede, todo lo observa, penetra los espíritus, los inteligentes, los puros, los más sutiles»¹¹. Se notaba, además, que era una mujer que cultivaba la vida interior, con mucha capacidad de discernimiento y entrega incondicional a la voluntad de Dios.

«No cabe duda, pensó el Padre Cueto, que la participación de la Madre Pilar en el Proyecto de la Diócesis de Canarias, puede ser valiosísima». Y confirmó esta opinión, cuando un tiempo más tarde, al salir para Canarias, el Cardenal Ceferino le dijo: «Padre Cueto, se lleva usted la joya del instituto». Pero ahora le preocupaba, al recién nombrado Obispo, la decisión de la Superiora Mayor de la Madre Pilar, la Madre Inés de Jesús. Ella tenía la última palabra en relación con una presencia educativa del instituto en las Islas Canarias. Fundar en la península era menos arriesgado. Aquí había un mar por medio; una distancia considerable; unos medios de transporte y comunicación lentos.

¹¹ (*) Sabiduría 7, 22 ss

- El problema, señor Obispo, — dijo la Superiora General de las Hijas de Cristo Rey — es que no tenemos recursos económicos para la fundación que sueña la Madre Pilar y que usted ve necesaria.

- Si el problema sólo es económico, yo puedo comprometerme a pagar el viaje de las primeras religiosas y correr con sus gastos hasta el momento de la apertura del colegio; claro, esto tiene una condición: abrir al mismo tiempo una escuela para niñas pobres, comentó en tono afable el Padre Cueto.

- Aunque no veo las cosas muy claras, aunque los riesgos son muchos; si el Reverendísimo Obispo de Canarias se hace cargo de los costos, doy el visto bueno a una fundación en Canarias.

Y así se vieron en alta mar el Padre Cueto, la madre Pilar y sus hermanas de hábito. Empezaban una aventura, no sólo de cara a lo que les esperaba en Canarias, sino en el viaje mismo. Un fuerte temporal dio al mar la imagen de personaje siniestro. Las olas furiosas golpeaban sin compasión el pobre barco, destinado para el desguace luego de ese viaje, y los vientos colaboraban con fuerza para hundirlo en las profundidades marinas.

- Hijas, éste es el principio y fin de la fundación. Dijo un poco turbado el Padre Cueto.

- No nos anime tanto, padre, — contestó la Madre Pilar con tono irónico—. Si la voluntad de Dios es que usted sea Obispo de Canarias, y que juntos fundemos una obra educativa, ya verá que se cumple, aunque el mar se enfurezca y el viejo barco se desarme.

Siguió pensando el Padre Cueto que la Madre Pilar era una mujer de temple; que valía la pena que ella y sus religiosas colaboraran en el desafío que suponía la educación en Canarias; que formaran bien a la juventud femenina para que la mujer, al igual que el hombre, pudiera dar su gran aporte a la sociedad. Y se preguntaba, ¿por qué la Iglesia, en relación con la mujer, tiene una teoría tan estupenda y una praxis tan desastrosa? Esta dicotomía también era evidente en la Biblia. Pero mujeres como la Madre Pilar estaban llamadas a recuperar el silencio de tantas mujeres pobres de la tierra, a entonar con música nueva el Cantar:

«Levántate compañera mía,

hermosa mía y ven acá.

Porque mira, ya ha pasado el invierno

y las lluvias ya han cesado y se han ido,

han aparecido las flores en la tierra,

ha llegado el tiempo de las canciones,
se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra»¹².

Esta mujer tenía una historia que él desconocía. Realmente, el Padre Cueto sabía poco acerca de la Madre Pilar. Y se preguntaba, ¿cómo había llegado hasta el Noviciado de las Hijas de Cristo Rey? Realmente rompía el molde del común de las religiosas, en cuanto a desenvolvimiento personal y otra serie de interesantes atributos. Parecía fuerte ante el sufrimiento y con mucha capacidad de sacrificio.

En un paseo por la proa del barco, una tarde en que el mar gozaba de cierta serenidad, aprovechando que estaban solos, el padre Cueto quiso llegar hasta las raíces de la madre Pilar, conocer la historia de esta especial mujer que, sin duda, como intuía el padre Cueto, no era de las más comunes. Una vez más, el misterio femenino seducía enormemente al varón.

«Nací en Granada, un treinta de abril de mil ochocientos sesenta y tres. Me bautizaron con el nombre de María Dolores, nombre que ha hecho honor a mi vida, colmada de sufrimientos y sinsabores. Mi padre, a quien amaba entrañablemente, murió siendo yo muy joven; y mi madre nunca quiso saber nada de mí. Me sentí una adolescente abandonada. Mi abuela paterna que gozaba de una gran posición social en Granada, sintiéndome prácticamente huérfana, me llevó a vivir con ella. Me dio una esmerada educación y me preparó, según ella, un ventajoso matrimonio. Me casé con un joven de la aristocracia local; pero el matrimonio resultó nulo, mi esposo era impotente. Descubierta esto, él no quería, por nada del mundo, que yo me separara de su presencia y me tenía constantemente vigilada. Aproveché un viaje que hizo a Madrid para encerrarme en el Beaterio del Santísimo Sacramento, de Granada. Dije a las religiosas que estaría con ellas hasta que buscara una solución, a mi vida. Al regreso de Madrid, él me buscó y reclamó con lágrimas; aunque me costó mucho no atender sus ruegos, me mantuve firme en lo que había pensado. En el Beaterio conocí al Padre Manuel de Jesús Martínez, un jesuita confesor del Noviciado de las Hijas de Cristo, quien me convenció de la nulidad de mi matrimonio y me ayudó a buscar un nuevo rumbo en mi vida. Así llegué a las Hijas de Cristo Rey el tres de marzo de mil ochocientos ochenta y seis; recibí el hábito el veintinueve de mayo de ese año y pronuncié los Votos Temporales el treinta de mayo del año siguiente. No bien profesé, fui nombrada Superiora del Colegio de Sevilla, allí tuve el agrado de conocer al Cardenal Ceferino quien me ha ayudado mucho en el camino de mi vida

¹² (*) Ct 2,10b-13.

espiritual y a dar plenitud de sentido a la vida religiosa. Hace poco, en mil ochocientos noventa, me encomendaron la fundación del Colegio de Madrid, donde tuve el honor de recibirle y pensar en esta fundación que vamos a llevar a cabo. La biografía que sigue tal vez la podamos escribir juntos...

El Padre Cueto quedó impresionado con este relato. Realmente era novelesco: niña abandonada, joven hermosa prometida a un príncipe azul, matrimonio frustrado... Pensó en voz alta:

- ¡Somos hijos de historias tan distintas, Madre Pilar! - Dígame algo de la suya, Padre Cueto.

- La mía es muy simple, pero con mucho gusto la comparto con usted:

«Nací en un pequeño molino, entre dos pueblos de Santander. Mi familia era de origen modesto, todo el sustento nos lo proporcionaba el pequeño molino y una labranza. Hice mis primeros estudios con los Dominicos, pues ese era el pago a mi trabajo de monaguillo. Cuando terminé los estudios que allí impartían, como nació en mí la idea de hacerme sacerdote, me dediqué al estudio del latín. Luego pedí el ingreso al Noviciado de los Dominicos de Ocaña. A los diecisiete años pude ingresar y, luego, lo normal de la vida religiosa, hasta el día de hoy».

- ¿Lo normal? — interrogó la Madre Pilar— Tengo entendido que, además de buen fraile, ha sido un brillante profesor en Ocaña, Vice-Rector y profesor en la Universidad de Manila, amén de otras cosas...

- Esas son secundarias, Madre Pilar, y, a propósito de su vocación religiosa, ¿cuál fue el móvil especial que la llevó a esta opción?

- Los caminos de Dios son muy diversos. El se sirve de los que quiere para conducir a un fin. No me llevó a esta decisión el fracaso matrimonial; si mi vocación hubiera sido esa, hubiera probado una segunda oportunidad. Mis circunstancias eran favorables para encontrar un esposo, pero el Señor me hizo ver otro camino...

- ¿El de la vida religiosa? -dijo convencido el padre Cueto.

- Sí, traducido como la voluntad de Dios, que acogí con mucha alegría.

- Ciertamente — afirmó el Prelado — que nada causa tanta alegría, tanta paz y tanto gozo como buscar la voluntad del Señor y ponerla por obra.

Dos historias muy distintas que se encontraban en algo existencialmente clave: buscar unos designios supremos y cumplirlos con alegría.

Ya en Las Palmas, los honores fueron para el Obispo; para las religiosas el anonimato y hasta las dificultades de alojamiento. Pero la Madre Pilar, lejos de sentirse incómoda con eso, pensaba en María, la Madre de Jesús, en su vida sencilla y escondida que, sin embargo, dio a luz la salvación del mundo. También ella, aunque no lo supiera, estaba destinada para dar a luz a una gran misión evangelizadora y educadora que colaboraría en el servicio al Reino de Dios en diversos países y continentes.

El Padre Cueto como Obispo y la Madre Pilar como Fundadora, inician un itinerario humano y espiritual juntos que sólo acabará con la muerte de ambos. Caracteres tan diversos, lejos de chocar, se complementaron armoniosamente y su común trabajo se hizo sentir en la Iglesia y en la sociedad canaria.

El punto de partida fue la fundación del primer colegio en Las Palmas, el 7 de enero de 1892. Se le puso el nombre de San José en honor al Padre Cueto. Así lo decidió la Madre Pilar que quería, de alguna manera, tener un gesto de gratitud para el cofundador. Así lo aprobó la comunidad entera quien sentía un profundo afecto por el Prelado.

Comenzada la obra educativa, el Padre Cueto y la Madre Pilar buscan la calidad y, para ello, no escatiman recursos.

- Madre Pilar, -comentó un día el Padre Cueto- aquí valoran mucho las clases de idiomas y de costura, ¿no cree conveniente que Sor Natividad y sor Amparo viajen a Francia para que se especialicen cada una en su campo?

- ¡Excelente idea! -exclamó la Madre Pilar- Sor Natividad aprovechará mucho para la pronunciación del francés y sor Amparo, además de perfeccionarse en la costura, tendrá la oportunidad de saber por dónde va la moda, cosa que interesa a las jóvenes de las familias canarias acomodadas.

Luego, la Madre Pilar se quedó pensando: «Debería comunicárselo a la Madre Inés de Jesús, pero no lo entenderá y echará estos planes abajo. Mejor me callo y que las hermanas viajen».

Y así lo hicieron durante las vacaciones. Más tarde, sintiendo la urgencia de que hubiera hermanas preparadas en inglés, el Consejo de la Comunidad aprobó que sor Angelina viajara a Londres durante el mes de agosto de 1896. Los grandes desplazamientos -pensaba la Madre Pilar- no eran obstáculos si iban en beneficio de la misión educativa.

El Padre Cueto y la Madre Pilar consideran y sienten que la vida religiosa vale la pena. Por eso, trabajan juntos en la Pastoral Vocacional y tienen la alegría de recibir a cinco jóvenes del colegio al año de haberse fundado éste. La primera semilla congregacional era muy buena, pues daba

abundantes frutos. El amor a la contemplación y al estudio, así como la vida fraterna y entrega a la misión educativa, eran los fundamentos.

El espíritu dominicano, hecho vida atractiva en la persona del Padre Cueto, cautivó a las Hijas de Cristo Rey que decidieron separarse de su instituto y hacerse Dominicanas.

- No me parece correcto -afirmó el Padre Cueto-, ustedes deben escribir a su Superiora General, invitarla a venir a Canarias y hablar personalmente con ella.

- Esta decisión, Padre Cueto — dijo la Madre Pilar — ha sido pensada, discernida y orada en comunidad. Está en juego la seguridad de nuestro instituto, nosotras queremos seguir siendo religiosas y el espíritu de Santo Domingo de Guzmán nos atrae.

Luego, en un tono bromista, Sor Natividad preguntó al Padre Cueto:

- ¿Todos los Dominicanos son como usted?

- Afortunadamente, no — contestó el Padre Cueto — dejando aflorar una sonrisa de complicidad.

La bondad y la ternura del Padre Cueto atraían, sobremanera, a las religiosas y a cuantos trataban con él.

Iniciados los trámites de la separación de las Hijas de Cristo, comienza un calvario para el Padre Cueto y para la Madre Pilar. El Obispo propicia que sea una decisión en libertad para todas las hermanas y, sin embargo, es considerado un «instigador» en el Instituto de las Hijas de Cristo y ante la Sagrada Congregación de Religiosos. Es un tiempo de crucifixión, tal vez necesario para ver nacer, el 12 de junio de 1895, a un grupo de Dominicanas que en breve y con la ayuda del Prelado, fundarán la Congregación de Dominicanas de la Enseñanza.

Mujer firme y decidida, la Madre Pilar, dotada de clara inteligencia y de una especial constancia para conseguir sus propósitos, con la ayuda del Padre Cueto y de las hermanas consolidó el Colegio de San José, y realizó nuevas fundaciones en La Laguna y en La Palma. Reunidos los requisitos para fundar una Congregación, lo pusieron por obra. El 8 de abril de 1908 fue elegida por unanimidad, la Madre Pilar, como Superiora General. Su psicología de líder se hacía sentir.

A la hora del recreo comunitario, Sor Natividad y Sor Amparo conversaban sabrosamente sobre el Padre Cueto y la Madre Pilar. Por momentos, no podían contener la risa al considerar que dos personas tan diferentes pudieran entenderse así de bien.

- Bien mirado — dijo Sor Natividad —, parece que la naturaleza se confundió al colocar los atributos en ellos. Los que tiene el Padre, estarían

bien en la Madre y a la inversa y no daban fin a la risa.

- Explícame, por favor, eso de que «lo que tiene el Padre le iría bien a la Madre y a la inversa», dijo Sor Amparo un tanto extrañada.

- Sí, — afirmó Sor Natividad como quien domina el terreno — al Padre Cueto le rezuma la ternura por la mirada, por la sonrisa, en cada gesto. Es un ser humano muy cálido, tiene espíritu de protección maternal, como maternal es el corazón de Dios. En cambio, la Madre Pilar es una persona enérgica, llena de vigor, energía, decisión y espíritu de trabajo. Es fuerte y viril. Algo así como una figura paterna. Al menos, como nosotros la concebimos.

- ¿Y no te parece maravillosa esta complementaridad? Preguntó Sor Amparo, un tanto sorprendida de las agudas observaciones de Sor Natividad.

- Siento, además, — prosiguió Sor Natividad —que cada uno acoge y valora los dones del otro. Ya ves, el carácter fuerte de la Madre Pilar no le impide obedecer las propuestas lúcidas del Padre Cueto.

- Pero, a veces discuten mucho... El tono de la Madre Pilar llega desde la sala hasta la capilla...

- Cierto que a ella le gusta más mandar que obedecer, pero la mayoría de las propuestas del Padre Cueto ella las celebra, sobre todo, cuando tienen que ver con nuestra formación o nuestra vida espiritual.

- ¿Te has preguntado las veces que habrá tenido que obedecer el Padre Cueto a la Madre Pilar?

- Imposible de contar...

La gran obra fundacional crecía y la vida de los fundadores menguaba. El 17 de agosto de 1908, el padre Cueto hacía el viaje sin regreso. Sus obras eran un canto a su memoria. También dejaba a las Dominicas una herencia espiritual:

«Cultivar y perfeccionar en lo que sea posible las facultades físicas, intelectuales, morales y religiosas de las niñas, y .mediante este grado de cultivo y de perfección formarlas no sólo para la vida social, sino también y principalmente para la vida familiar, mujeres sólidamente piadosas, sencillas en sus gustos, graves en sus pensamientos, nobles en sus aficiones; cristianas, en una palabra, capaces de todas las virtudes que este excelso título impone».

«Tal es el sagrado deber del padre y de la Madre, tal la estrecha obligación de aquellos a quienes la honrosa vocación de maestros asocia a la autoridad y solicitud paternas; tal es la santa misión de las Religiosas Dominicas de la Enseñanza, establecidas en Las Palmas de Gran Canaria

por el Obispo de la Diócesis, Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. Fr. José y Díez de la Maza, de la Sagrada Orden de Predicadores».

La Madre Pilar no soportó la muerte del Padre y Amigo, y fue a buscarle el 5 de enero de 1910.

CANARIAS LO SEDUJO

XIX

HABIA HECHO UNA OPCION por esa Diócesis. y no, precisamente, porque fuera de las más ventajosas de España. Ciertamente, que el archipiélago canario, geográficamente hablando, era una especie de paraíso cercado por las turbulentas aguas del Atlántico. Siete islas de peculiar hermosura, como siete estrellas desprendidas del cielo en una noche clara, que exhiben su belleza única, sobre las aguas del inmenso océano.

Imaginarariamente, iba visualizando diversos lugares recorridos y queridos: la Playa de Las Canteras, Sur de la Isla, desde el complejo de Puerto Rico hasta Gando. El Barranco de Guinguada, ágil pincel de un pintor genio trazando en su recorrido, preciosos valles, con caseríos salpicados, junto a los cultivos. Verdaderamente, era una de las más bellas campiñas de Gran Canaria.

Aunque sensible a las maravillas de la naturaleza, no era la tierra, sino la gente y sus necesidades las que detenían y hacían permanecer al Padre Cueto en una de las Diócesis más pobres de España.

Pasaba unos desasosegados días en Madrid, con motivo del problema de los prófugos cubanos, cuando le propusieron cambio de Diócesis. Bien sabido era para todo el mundo, que la de Canarias era de paso, algo así como para iniciarse. El Prelado era tal vez de los más cultos de España, por otra parte, había realizado una significativa misión pastoral en las islas que le situaban en la posibilidad de asumir el proyecto pastoral de la más compleja Diócesis peninsular. Así se pensaba de él y por eso, se le ofertaba el cambio.

La respuesta del Padre Cueto fue «No». El no entendía los criterios de sus superiores eclesiásticos. La Diócesis de más prestigio por su economía, índice cultural y avance religioso, era siempre asignada al Obispo que se consideraba más idóneo por su formación intelectual y capacidad de un gobierno complejo, en el ámbito pastoral.

Para el Padre Cueto, por el contrario, había que poner un cuidado especial en las diócesis más necesitadas, las de mayor número de analfabetismo, como la de Canarias, las de mayores retos y desafíos en la misión evangelizadora. En Canarias, justamente por las necesidades que había, se requería de un Obispo culto pero, sobre todo, de un hombre de gran corazón que entendiera los sufrimientos de la gente y orientara la vida

por los caminos del Evangelio.

Algo no acompañaba al Padre Cueto en su deseo perseverante de continuar en Canarias: su precaria salud. En 1900 tiene que abandonar temporalmente las islas para recuperarse. Es entonces cuando le llueven ofertas de diversas diócesis peninsulares: Segorbe, Santander y Orense, entre otras. Y algo que podría parecer un sueño: la Diócesis de su querida tierra natal. Sería algo prodigioso: el niño humilde que correteaba por los verdes campos en que se asentaba un pequeño molino, tenía la oportunidad de llegar como Obispo, como autoridad eclesiástica. Pero no eran los títulos humanos, ni a la dignidad episcopal puesta de relieve en su tierra, a lo que aspiraba el Padre José Cueto. Su única aspiración era servir y... servir a los más necesitados.

En Canarias de nuevo, sigue recibiendo propuestas. La Priora de las Dominicas teme, que con tanta insistencia, el Padre Cueto acceda a marcharse de Canarias. La expresiva Madre Pilar así se o comunica en una carta. El Prelado la contesta con otra fechada 13 de enero de 1901: «No tengáis cuidado; pues aunque tienen empeño mis amigos de la península de que sea trasladado allá, también lo tengo yo de no ir. Y como no puede obligarme a ello más que el Papa, y esto no lo temo, pues no suele obligar a tales cosas a no ser que medie alguna necesidad, estoy tranquilo».

Habían pasado tres años, cuando se le ofrece la Diócesis de Badajoz. Mucha gente de Las Palmas se preocupa y asusta. No porque dude del afecto de su Obispo, sino porque teme perderle:

- Tarde o temprano, terminará marchándose, es demasiada la insistencia de la jerarquía eclesiástica, comentó un feligrés asiduo.

- Eso creo yo -dijo otro- y si se lo manda el Papa, tendrá que obedecer. No tienen que obedecer los obispos al Papa?

- Los obispos y nosotros...

Pero la prensa lo interpretó de otra manera. Para los que habían seguido paso a paso las actitudes del padre Cueto y tenían conocimiento de hasta dónde podía pedir e imponer el Papa, no se inmutaron y así lo expresaba el Diario de Las Palmas: «Ayer marchó a Teror con objeto de reponer su salud el dignísimo Obispo de Canarias, cuyo viaje retrasó para tomar parte en *el* homenaje que el Ayuntamiento y el pueblo de Las Palmas ha tributado a las cenizas del inolvidable patricio doctor López Botas, con motivo de su llegada a esa ciudad y conducción al cementerio, acto, este último, solemnísimo y que terminó oficiando en él, el mismo Prelado.

«El Padre Cueto marcha a Teror llevando la satisfacción de que el Gobierno de su Majestad ha accedido a sus deseos de permanecer en su

querida Diócesis de Canarias; pues saben nuestros lectores por las noticias que comunicó el telégrafo, que de acuerdo el Rey y el Nuncio de su Santidad, atendiendo a sus virtudes y grados, propusieronle la silla de Orense, acuerdo que le comunicó el ministro pidiéndole su conformidad y a la que contestó el Obispo de Canarias lo mismo que cuando le fueron ofrecidas las Diócesis de Calahorra y Santander: Pidiendo que le dejaran entre sus hijos los canarios, de donde no se separaría sino para volver al claustro. El Gobierno respeta su deseo y así acaba de comunicárselo, según nos han dicho personas bien informadas, los señores Maura y Rodríguez San Pedro.

"Esta noticia, que será recogida con alegría en toda la Diócesis, nos ha movido a escribir las siguientes líneas. Un nuevo motivo de agradecimiento tiene Canarias para su Excelentísimo Prelado, cuyo celo e interés por el bien de la Diócesis, que tan dignamente rige, muy acreedores han sido siempre y lo son de elogio y gratitud.

«El Padre Cueto no puede recibir en estas tierras más que nuestra admiración y cariño por sus grandes virtudes, por su bondad y cariño inagotable, ésta última practicada evangélicamente, inadvertida para todos menos para los familiares pobres que le bendicen, las viudas que ha salvado de la miseria y quizá del vicio, los huérfanos que han encontrado en él amparo y protección, los miserables, vergonzantes y abandonados, los enfermos que gracias a él no carecen de medicinas, díganlo las farmacias de Las Palmas, cuyo principal cliente es el Obispo de Canarias, que no sabe lo que es una peseta, porque su mesa sigue siendo la del humilde fraile y su sueldo sólo sirve para pagar las medicinas de los enfermos vergonzantes, para fundar obras piadosas, para proteger a los asilos, para secar tantas lágrimas y cubrir tantas necesidades sin que de ello se lleve jamás nota, sin que nadie lo sepa, sin que se recuerde nunca la limosna dada, sin que tema a que muchas veces llegue a carecer de lo más imprescindible para atender sus diarias necesidades. Este es el Padre Cueto, todo caridad y bondades. Quizá el ser demasiado bueno sea su único defecto.

«En Canarias, la noticia de que continúa entre nosotros debe causar mucho júbilo. ¡Cuánto hubiéramos perdido con su ausencia! Recordemos otros obispos pasados que no dejaron ni el recuerdo. El Padre Cueto solamente puede compararse por su caridad, sus virtudes y sus grandes sacrificios por el bien de los canarios a aquel santo obispo Codina, de recordación eterna.

«Gran Canaria, toda la provincia, no olvidará que el Padre Cueto enfermo en cama en Firgas, despreciando su propia vida, se levantó del lecho y corrió a Madrid a gestionar el asunto militar que tanto interesaba a Canarias. No, ninguna alma noble puede olvidar lo que debemos a ese fraile virtuoso y humilde que abrió su palacio para recibir a los soldados

repatriados de la guerra de Cuba y socorrerlos y cuidarlos con solicitudes y amores de Padre; que de puerta en puerta fue pidiendo limosna para terminar el frontis de la Basílica Catedral, que socorría lleno de caridad a las islas de Lanzarote y Fuerteventura, cuando le sequía sembró en aquellas tierras desoladas la miseria y la sed; que ha estado siempre, en todas ocasiones, al servicio de este país que tanto ama, y del que, ya lo hemos visto, no quiere separarse.

«Eso es ser un Obispo modelo».

«Reciba desde su retiro, al par que los del pueblo canario, nuestros saludos respetuosos y la expresión de nuestra sincera gratitud».

Una vez más, se constataba que «el amor engendra amor». ¿Cómo ser indiferente a las maravillas que Dios pone en el corazón humano? Eran demasiadas las personas que se habían sentido intensamente amadas por el Padre Cueto. Tenían que expresar su gratitud, porque «Las aguas torrenciales no pueden apagar el amor, ni los ríos anegarle»¹³.

La Madre Pilar leía con gozo a las hermanas de la comunidad, este artículo de la prensa: canaria.

- Hermanas, el periodista hace un estupendo retrato humano y espiritual de nuestro Padre Cueto, dijo la Priora.

- También se deja sentir la gratitud y admiración del pueblo canario hacia el Prelado, afirmó Sor Natividad.

- ¡Faltaría más!, añadió Sor Jesusa, si es un hombre entregado en cuerpo y alma a la Diócesis. Por modesto que sea, eso es tan manifiesto que no se puede ocultar.

- En fin, hijas, — dijo la Madre Pilar — me alegra mucho que quiera permanecer entre los canarios, porque eso significa que nosotras también lo tendremos cerca. La amistad y cercanía con personas así es estimulante y gratificadora.

Pero como un artículo de prensa siempre se presta para interpretaciones múltiples, un grupo de intelectuales, políticos y militares, en su tertulia diaria se centraron en la exégesis de una de las expresiones del artículo que les pareció feliz:

«Quizá el ser demasiado bueno sea su único defecto».

El Gobernador Militar, general Hernández de Velasco, se dirigió al grupo afirmando:

- Cierto que el Obispo es un gran hombre, pero un poco más de carácter no le vendría mal. Para mi gusto, es demasiado tolerante y

¹³ (*) Cantar de los Cantares 8,7

paciente. No juzga, no castiga, entonces, ¿qué hace?

- Corrige suavemente, comprende..., dijo el Comandante de la Marina, señor Llopis.

- Por ahí hay curas fumando y él lo sabe, ¿por qué no se lo prohíbe tajantemente? ¿Por qué no les pone un castigo por transgredir las normas?, dijo el Juez de Primera Instancia.

- El Obispo ha manifestado seriamente su disgusto, dijo el maestro Tejada, director de la Filarmónica, él piensa que no se impone nada por decreto y trata de que las personas asuman, de buen grado, sus compromisos y deberes. Le gusta el diálogo...

- Yo sigo pensando, dijo con énfasis el Presidente Interino de la Audiencia, que no solamente es demasiado bueno para ser Obispo, sino que es demasiado bueno para este mundo.

Pero un joven universitario que seguía atentamente los comentarios sobre el Obispo, a raíz del artículo de prensa, se preguntaba: ¿Puede haber excesiva belleza? ¿Puede ser excesiva la sabiduría? ¿Puede ser excesivo el amor? ¿En el ámbito de la virtud, hay algo excesivo? y como sabía de amor, susurró una folia:

Para el vuelo golondrina
detente y oye mi voz;
dile a la mujer querida
que no me olvide por Dios.

DEMASIADO BUENO PARA SER OBISPO

XX

«Mejor nos excusamos delante de Dios por la demasiada benignidad, que por el demasiado rigor».

Santo Tomás de Aquino

EL NUEVO PRELADO observaba con fijeza la pintura de J. Boch. En la Sala Capitular de Las Palmas, al lado de los retratos de otros obispos de la Diócesis, se encontraba el retrato de cuerpo entero del Padre Cueto. Aunque la técnica de la obra no era muy perfecta, J. Boch no sólo había retratado el cuerpo, sino el alma del Obispo, irradiando un mundo espiritual hecho tangible a la mirada contemplativa del agudo observador.

En días pasados, había leído en la prensa un comentario de Ángel Guerra sobre el retrato del Padre Cueto. Decía lo siguiente:

«Es el propio Padre Cueto, nuestro digno Prelado, que habla, que gesticula, que vive en el lienzo con poderoso vigor artístico; con sus bondades ingénitas, reflejo de su corazón, todo mansedumbre y misericordia, con la misma expresión dulce del rostro de beatitud candorosa, donde hay en sus ojos constantemente la mirada cariñosa y en sus labios la sonrisa vaga de la piedad sincera, que va derramando consuelos para los tristes y alientos para los sanos de corazón. Así, en el retrato, se me parece como conozco y quiero al virtuoso Prelado, que a su paso deja ejemplos de edificación cristiana y recoge por doquier saludos de gratitud y cariño».

El nuevo Prelado no había conocido personalmente al Padre Cueto, pero le llamaba poderosamente la atención la historia que dejaba tras sí. Indiscutiblemente, había sido un Obispo especial. No había más que escuchar al pueblo canario. Vivamente interesado en la personalidad de tan ilustre predecesor, buscó el Boletín Eclesiástico de la Diócesis, donde se relataba la muerte del Prelado y, mucho más que la muerte, la vida. Subrayó algunos párrafos y se quedó pensativo. Leía y releía:

«Terminada la misa subió al púlpito el muy ilustre Sr. Canónigo lectoral Dr. don José Feo y Ramos, encargado por el excelentísimo e Ilmo. Cabildo de pronunciar la oración fúnebre. El Padre Cueto ha muerto, comenzó diciendo el orador. La ciudad de Las Palmas, la Diócesis de Canarias están de luto. La desaparición del pastor venerable, ejemplo

sublime de humildad evangélica, deja vacío un lugar que acaso no volverá a llenarse nunca; porque el que lo ocupaba no era sólo el Obispo de Canarias, sino el Padre cariñoso y bueno a quien sublimaron y consagraron más que los prestigios de la autoridad episcopal sus excelentes virtudes y sus sublimes merecimientos».

El nuevo Obispo se alegraba del comentario elogioso que el encargado de la oración fúnebre hacía del Padre Cueto. Pero no dejó de molestarle la expresión «deja vacío un lugar que acaso no volverá a llenarse nunca». Dijo para sí mismo: «Uno tiene que morir para agotar la bondad del universo mundo». Y prosiguió su lectura:

«El Padre Cueto nació para ser bueno. Su corazón de niño era un altar lleno de flores, en donde se elevaba a Dios una oración sin mancha; su alma, una hostia de paz a quien la predilección divina sacó de la lucha levantándola sobre el campo de batalla. El lodo del camino no manchó su alba vestidura de fraile dominico».

«¡Qué manera de idealizar a los mortales!», se dijo el nuevo Prelado, en este párrafo sólo faltan unas angélicas alas o una corona. Imagino al Padre Cueto un ser humano y, por tanto, un ser también con defectos y debilidades». y prosiguió la lectura con la esperanza de encontrar textos que dieran un mayor realismo a la personalidad del encumbrado Obispo.

«Para comprender en toda su soberana grandeza la excelsa figura del Obispo de Canarias hay que prescindir de sus obras, de sus títulos, de sus condecoraciones, de sus hábitos pontificales y estudiarle como era en la intimidad, como se manifestaba a sus amigos, como se reveló al pueblo y como pasará mañana a la historia, sencillamente el Padre Cueto».

La bondad y la sencillez eran, al parecer, las dos grandes virtudes del Prelado que resaltaban los textos escritos y los labios del pueblo canario. Y se quedó meditando largo rato esta expresión: «Así estudiado, el Padre Cueto era antes que nada un gran corazón».

El nuevo Pastor pensó que, en efecto, sería difícil ocupar y continuar con la misión del Padre Cueto. Ser tan significativo para el pueblo canario como lo fue él. Emular sus grandes virtudes, ¡imposible! Corregir algunos fallos del bondadoso Obispo, tal vez. Cada ser humano somos portadores de dones y atributos que el Señor nos regala. Esos y no otros, estamos obligados a aportar en favor de la comunidad humana. Estaba en estas consideraciones, cuando dio con un texto que le sorprendió. Ahí aparecía una frase ambivalente. Tenía visos de crítica y de elogio. Al parecer, se había usado en ambos sentidos:

«Y a este Obispo, señores, continuó el lectoral, después de diez y siete años de Pontificado glorioso, la maledicencia que acecha todos los

desmayos del alma y asoma su cabeza de reptil por entre la miseria y la parvedad terrena, como el murciélago agita sus alas en las tinieblas y negruras de la noche; la maledicencia, digo, no ha encontrado otra acusación que lanzar a su rostro y con qué manchar su limpia historia, que esta grave, tremenda, abrumadora acusación: No servía para Obispo, era demasiado bueno. Señores, ¿sería el Padre Cueto demasiado bueno, o habremos sido nosotros demasiado malos?

«Al parecer — se dijo el nuevo Prelado — era débil de carácter. Aquí habrá que poner mano dura, eso le gusta a la gente».

A los pocos días, llamó a un joven sacerdote, experto en archivos, y juntos revisaron y trataron de organizar todo el material del archivo diocesano. Con disimulo, el Obispo puso a un lado un abultado legajo de cartas del Padre Cueto. En la noche las leería. Le atraía, sobremanera, seguir conociendo la personalidad de este dominico, Obispo de Canarias. La temática del archivo era amplia: Formación del Clero, Vida Religiosa, La Educación en Canarias, Formación de la Mujer, Problema de los Prófundos de la Guerra de Cuba, Fundaciones en Favor de los Pobres... Y hasta un legajo relativo al arbolado en las islas.

- Estos archivos están demasiado llenos, dijo el joven sacerdote. ¿Cree usted Monseñor, que debemos guardar este material sobre reforestación?

- No creo que un Obispo tenga que darse al oficio de ecologista. Bastante tiene con dedicarse a la salud espiritual de sus fieles. A nosotros nos tocan las cosas del cielo, las de la tierra son para los civiles.

- Entonces, este material no le servirá para nada.

- Sí, para ocupar un lugar inútil en los archivos y para dejar constancia de que el Padre Cueto se metía en camisa de once varas...

- ¿Qué hacemos entonces, Monseñor?.

- Romperlos cuanto antes.

La orden no se hizo de esperar. A un saco hecho añicos fueron a parar los estudios y recomendaciones del Padre Cueto sobre la siembra de árboles en las islas Canarias para evitar la desertización.

Llegada la noche y en el silencio e intimidad de su habitación, el nuevo Obispo leyó, con avidez, cartas dirigidas al Padre Cueto y la copia de sus respuestas. La lectura de una carta, le llamaba a otra. A través de ellas, se iba encontrando con la personalidad de un hombre que, para su gusto, era demasiado comprensivo con las debilidades humanas. En la lectura de cada carta, encontraba motivos de sorpresa y desconcierto. Le impresionaba, del Padre Cueto, la manera de entender, de vivir y expresar

el Evangelio. Estaba un tanto confundido. Tenía entendido que el Padre Cueto era muy exigente consigo mismo. «¡Cómo un hombre de vida espiritual tan intensa es tan benévolo con este pecador!» , se decía, y pensando se trataba sólo de una debilidad en ese caso, seguía leyendo y lejos de desdecirse, se afirmaba más y más en la primera impresión. Por otra parte, con los escasos recursos que contaba, jamás daba negativas a la solicitud de ayudas económicas, «¿cómo se las arreglaría?», se preguntó. Al final de sus reflexiones pensó: «Con razón el Obispo que le sucedió las pasó mal en este asunto», y se quedó desvelado toda la noche.

A la mañana siguiente, tomó una decisión: quemar algunas de las cartas del Padre Cueto. Con este gesto haría honor a su memoria, pues era demasiado original, demasiado comprensivo con la debilidad humana.

«¿Para qué tanta misericordia?», se decía, y luego pensaba que Dios era la suma bondad y, sin embargo, existía el infierno. Eso le recordaban ahora las llamas que devoraban las cartas escritas de puño y letra por el Padre Cueto.

Una tarde quiso leer la sección de artículos del archivo. Obsesionado con la personalidad del Padre Cueto, no dudó leer los publicados con motivo de su muerte. Leyó con atención el siguiente:

«Algunos dijeron que le había faltado, para ser completo, la energía de carácter. ¡Pobre e inoportuna observación intercalada en el entusiasmo del panegírico! No deben referirse las aguas mansas embravecidas que todo lo destruyen a las aguas mansas que labran con sus besos prolongados la escultura de las costas y la arquitectura de las tierras. Cristo solamente una vez fue enérgico: cuando rechazó la invasión de sus dominios por los viles mercaderes. Quizá el santo Prelado por una sola vez fue también, para probar que Dios tiene sus horas de cólera, debió repartir entre la chusma unos cuantos latigazos misericordiosos; debió arrojar sobre la cabeza de nuestros fariseos, de nuestros publicanos, de nuestros lobos disfrazados con pieles de ovejas, las llaves de San Pedro».

El articulista era un acérrimo defensor del Prelado. Luego se concentró en la lectura de un párrafo que resaltaba los motivos que impulsaban al Padre Cueto a tener ciertas actitudes y tan original manera de actuar:

«Todos los hombres los estima buenos, todos sus hijos excelentes; su espíritu repelía la calumnia y fuera quien fuera el que la llevaba a sus oídos no le daba crédito, porque para perjudicar a la grey que se le había confiado, era necesario que sus ojos vieran y sus manos tocaran. Cuando le hablaban de las monstruosidades cometidas no se inmutaba, ni se conmovía, contentándose con añadir: «Yo también he sido calumniado». En ese criterio inspiró su proceder y fue uno de los imitadores más

afortunados y perfectos de San Francisco de Sales. No reprobaba el calor con que se alegaba su derecho el que sinceramente lo creyó perjudicado; pero rechazaba con energía las raterías y burdas habilidades del que le pedía lo indebido e injusto, porque en esta parte la rectitud acrisolada que le asistía le impidió siempre desviarse de la ley y la razón. Su carácter no era débil en lo que debía serlo. En esta parte usó, pero no abusó de la misericordia. Hubo inteligencia obcecada que confundió lastimosamente sus juicios sobre ciertas obras, con poquedad de inteligencia y estrechez de espíritu. Estos fueron las ranas de la crítica. Aquel cerebro tenía la luz del sol, y como el majestuoso río de caudalosas aguas y purísimas transparencias, reflejaba en su corriente el esplendor del cielo y la hermosura de sus márgenes».

El nuevo Obispo comenzaba a cambiar su juicio sobre el Padre Cueto. Comenzaba a arrepentirse de haber quemado algunas de sus cartas íntimas, los papeles sobre la reforestación, otras cosas... Pero ya no había remedio. El periódico titulado el Diario de Las Palmas, en uno de sus más sentidos artículos, la revelaría más y más lo que significó el Padre Cueto para su Diócesis:

«El Sr. Hurtado de Mendoza al dar cuenta a la Corporación Municipal de una comunicación del Sr. Alcalde de La Laguna, asociándose en nombre de aquella ciudad al duelo de Las Palmas, recuerda que la marcha del Padre Cueto a Madrid cuando el asunto de los prófugos, benefició a todos los jóvenes de las islas y al proponer que se haga constar en actas el gran sentimiento y el dolor profundo que ha causado a la Corporación la muerte del Padre Cueto, hace elocuentes frases de elogio del Gran Obispo que tantos beneficios hizo a esta isla y en particular a la ciudad de Las Palmas, que le nombró Hijo Adoptivo.

«El homenaje tributado por el Alcalde y el Ayuntamiento de Las Palmas a la memoria del santo Prelado ha sido merecido y justo, y la corporación se honró honrando la memoria del Padre Cueto, interpretando el unánime sentimiento de la ciudad.

«Pero aquel Obispo merece del pueblo canario otra muestra más duradera de cariño y gratitud.

Las Palmas puede perpetuar su nombre con caracteres que jamás se borren para que no se olvide el bien que derramó sobre esta isla, quien para ella no tuvo más que caridad y amor.

El Padre Cueto, enfermo en cama en Firgas, se levantó porque nuestro país reclamaba su ayuda y marchó a Madrid. Allí luchó, trabajó, logrando al fin soluciones en asunto que tanto nos interesaba. El, pidiendo de puerta en puerta, reunió dinero para terminar las obras del Templo Catedral; él ofreció en su palacio albergue a los infelices repatriados de la

guerra de Cuba, él predicó el amor y la paz, logrando que durante su pontificado glorioso no se alterara la paz de las conciencias. El derramó a manos llenas consuelos entre las familias necesitadas librándolas de la miseria. En caridad fue inagotable. Por eso ha muerto pobre.

«Fundó la casa de las Dominicas, estableciendo en ella un colegio modelo que honra a nuestra ciudad; trajo a Las Palmas comunidades religiosas que se dedicaron a instruir al pueblo pobre y cuidar de los enfermos; él consiguió que fuera erigida en Basílica el Templo Catedral, y en Universidad Pontificia el Seminario de Canarias.

«Cuando la sequía llevó la miseria a Lanzarote, el santo Obispo acudió a remediar tanta desgracia con su bolsa y con su corazón lleno de amor. Fue todo humildad y él amaba nuestra tierra como si fuera suya y nos amaba a nosotros como a hijos. El era nuestro. Y el padre de los pobres y nuestro Padre, merece que consagremos a su memoria algún homenaje que sea digno de él y digno de nuestro agradecimiento».

El nuevo Obispo ya no necesitaba leer más sobre el Padre Cueto. El sentir del pueblo canario, expresado de tan diversas maneras, era claro: lo amaba y guardaba para él un recuerdo colmado de gratitud y admiración. No había escapado a la crítica negativa y a la calumnia, porque ni él era perfecto ni lo eran tampoco las muchas personas con quienes el Prelado se relacionó.

Pero quedaba ratificada, una vez más, una afirmación muy del gusto de Santa Teresa de Jesús: «Amor saca amor».

Al encontrarse con el perfil del hombre y del Obispo que el pueblo presentaba a través de la prensa escrita, el nuevo Prelado sintió que la emoción le embargaba; que habían demasiados retos y desafíos para los obispos que después del Padre Cueto asumieran el trabajo pastoral en la Diócesis de Canarias.

¿Quién sería digno de recibir la misma crítica que el Padre Cueto?

¿De quién se podría afirmar: «Es demasiado bueno para ser Obispo?».

SUCINTA CRONOLOGIA DEL PADRE CUETO

1839 El día 4 de noviembre: Nace el P. Cueto en un molino situado entre dos pueblecitos de Santander (España): Yermo y Riocorvo. El mismo día de su nacimiento fue bautizado en la Iglesia de Yermo.

Su padre, de profesión molinero, se llamó Francisco Cueto y su madre Joaquina Díaz de la Maza. Tuvo un hermano mayor que se llamó Juan.

Nota característica de esta familia es la vivencia de las virtudes cristianas, y aunque escasa de recursos materiales, se preocupa, de manera especial, por la educación de sus hijos.

1857 Ingresa con los Padres Dominicos en el Convento de Ocaña. Tiene 17 años y gran ilusión por ser religioso.

1857 El día 17 de septiembre recibe el hábito junto con otros seis aspirantes. Durante este tiempo de iniciación a la vida religiosa, queda profundamente impresionado con la lectura de las cartas que llegan del extremo Oriente con noticias de la persecución del Tonkin, en la que varios dominicos, algunos del Convento de Ocaña, sufren el martirio.

1858 El 19 de septiembre pronuncia sus votos temporales. A partir de esta fecha comienza sus estudios eclesiásticos. Los profesores que le tocan en suerte son los más acreditados en las Cátedras de Filosofía y Teología de la España del momento.

1862 El 18 de marzo pronuncia sus votos solemnes. Poco tiempo después, el 13 de junio, recibe las órdenes menores en la Iglesia de las Religiosas Bernardas del Santísimo Sacramento, en Madrid. El 20 de septiembre es ordenado de Diácono.

1863 El 19 de diciembre es ordenado Sacerdote en la iglesia madrileña de las Religiosas Bernardas.

1864 El 1 de enero cantó su primera Misa en la Iglesia del Convento de Ocaña. Durante algún tiempo, ejerce las funciones de Maestro de Estudiantes y Director Espiritual de los jóvenes aspirantes a la vida religiosa.

Como PROFESOR, inculca el amor a la investigación, a las fuentes de la doctrina y, al mismo tiempo, al conocimiento y descubrimiento

de nuevas ideas.

Comienza a destacarse como un gran PREDICADOR.

Como ESCRITOR, es premiado en el concurso de la «Sociedad Católica de Amigos de Barcelona», por su primera obra: «La Fe y la Razón».

1873 El 1 de junio sale de Cádiz rumbo a Filipinas. Le acompaña el padre Bernardino Nozaleda. Llegan a Manila el 31 de julio.

1874 Obtiene el doctorado en Derecho Canónico. Es nombrado profesor de esta Cátedra que se convertirá en una de las más prestigiosas de la Universidad. También este año es nombrado Vice-Rector de la Universidad, cargo que desempeñó hasta su regreso a la Península. Durante los ocho años que se desempeñó como Vice-Rector resuelve muchos problemas económicos y académicos. Tiene la iniciativa de abrir las escuelas auxiliares de Medicina y Farmacia.

1875 A finales de este año, es nombrado socio de Número de la Real Sociedad Económica de Filipinas.

1876 El 5 de octubre el Padre Corominas, Rector de la Universidad de «Santo Tomás» de Manila, embarca, enfermo, para España. El Padre Cueto queda como Rector provisional.

1877 Los alumnos de la Universidad ofrecen al profesorado una velada, ya tradicional, en honor a Santo Tomás. Hubo una sorpresa musical: la preciosa sinfonía del maestro Ramón Valdés, titulada «Riocorvo», dedicada al Padre Cueto.

1878 Muere el Padre Corominas en la Península. El Padre Cueto continúa como Rector interino hasta el 29 de julio de ese año.

1880 En mayo, el Maestro General de la orden destituye al Padre Fonseca como Rector y el Padre Cueto tiene que hacerse cargo de nuevo del Rectorado de la Universidad de Manila.

El 18 de julio vive la terrible tragedia del terremoto de Manila que tuvo una duración de setenta segundos. Su espíritu solidario se hace sentir en este acontecimiento doloroso.

1882 Sale de Manila con destino a Ávila. Allí cultiva intensamente la vida interior. Se desempeña como profesor de Teología y Derecho Canónico.

1888 Obtiene un nuevo premio literario por su obra titulada: «Breve estudio sobre las relaciones entre el dogma y la libertad». Lo presentó en un concurso en El Escorial, con motivo del XV Centenario de la Conversión de San Agustín.

1890 Se le considera uno de los mejores oradores de España. Por eso, es invitado a predicar durante la novena de la Virgen del Pilar en Zaragoza. Coincide, esta novena, con el Segundo Congreso Católico Español que se celebraba en la Catedral y reunía a obispos y personalidades del ámbito social muy destacadas.

El 4 de diciembre recibe la primera comunicación oficial de su nombramiento como Obispo para la Diócesis de Canarias.

1891 El 27 de septiembre el Padre Cueto es consagrado Obispo en la Iglesia del Convento de Ocaña. Ese día hubo un acontecimiento significativo: la llegada de los restos del protomártir Monseñor José María Díaz Sanjurjo, quien perteneció al grupo de los religiosos formados en el Convento de Ocaña.

Una muchedumbre acompaña al Padre Cueto en su consagración episcopal. La iglesia está llena, pero, una vez más, la pobreza golpea a su familia y no puede asistir... Antes de viajar a Canarias, correrá hasta ellos para darles el más tierno abrazo de despedida.

1891 El Padre Cueto llega al Puerto de la Luz, en Las Palmas. La comitiva de recepción es espectacular: la forman sesenta carruajes. Las calles estaban engalanadas y cundía la alegría por ellas, expresada con vítores, cohetes y música de la Orquesta Filarmónica y de las bandas Municipal y Militar.

La Prensa de Las Palmas destaca esta bienvenida afirmando que no se recordaba otra igual; al tiempo que resalta lo fácil de la explicación: no había llegado ningún Obispo precedido de tanto renombre y fama. La prensa elogia, sobre todo, su ciencia, bondad, caridad y mansedumbre.

El 30 de noviembre, a la semana de haber llegado, inicia su gobierno en la Diócesis.

1891 El 8 de diciembre dirige al clero y a los fieles de la Diócesis su primera carta pastoral. Pone como fundamento de su autoridad al propio Cristo que le ha enviado, por medio de su Vicario en la tierra, a gobernar la Diócesis. Resalta el deseo de avivar el fuego de la caridad en el corazón de todos.

1892 El Padre Cueto realiza la reforma interna del Seminario. Este contemplaba dos secciones: De la Purísima Concepción, para los que gozaban de bienes de fortuna y la de Nuestra Señora del Pino para quienes no podían pagar la pensión de los anteriores. Contrastaba esta división con el pensamiento de un Obispo amante de los pobres, a quienes se discriminaba hasta en su atención durante la formación sacerdotal.

Escribe la Carta Pastoral titulada «La Familia». Esta tiene amplia resonancia en la Diócesis.

1892 El 21 de mayo inicia sus visitas pastorales en las dos islas que más lo necesitan: Lanzarote y Fuerteventura. La enfermedad le impide recorrer ese año algunas parroquias de Gran Canaria. Sin embargo, no dejó de administrar el Sacramento de la Confirmación en Teror, Valles eco y Firgas.

1893 Sólo puede visitar Arucas, Bañaderos y Firgas ya que debe asistir al Concilio Provincial de la Arquidiócesis de Sevilla.

1894 El día 9 de abril inicia su recorrido por las parroquias del Arciprestazgo del Sur, terminándolo el día 18. El día 11 de junio emprende un viaje apostólico por el Norte.

Escribe una pastoral titulada «El juicio Final».

1895 El 12 de Junio, junto a la Madre Pilar, funda, la Congregación de las Dominicanas Misioneras de la Sagrada Familia, en la ciudad de Las Palmas.

Se le nombra Hijo Adoptivo de Arrecife de Lanzarote.

Publica dos cartas pastorales: «La Muerte y El Infierno».

El 23 de diciembre recibe las credenciales de Socio de Mérito del Gabinete Literario de Las Palmas.

1896 Se publica su Carta Pastoral La Vida Inmortal. Es de hacer notar, que el Padre Cueto, no se inspira cuando habla sobre el Infierno. El castigo no iba mucho con él. Sin embargo, su imaginación vuela hasta las alturas cuando habla de misericordia, perdón y premio eterno.

El 20 de noviembre se le concede el título de Hijo Adoptivo de Las Palmas.

1897 El día 1 de febrero se firma en Roma el rescripto de la Fundación de la Universidad Pontificia de Canarias. El Padre Cueto había trabajado previa e intensamente por esta Universidad, pues sentía la necesidad de conceder grados eclesiásticos a los seminaristas de la Diócesis de Canarias.

El 11 de octubre, inicia su segunda visita pastoral. Recorre todas las parroquias de Lanzarote y cuatro de Fuerteventura. Gravemente enfermo, tiene que suspenderla. Regresa a Las Palmas el 16 de noviembre en lamentable estado.

También, en este año, se le dedica la calle «Obispo Cueto» del Gran Tarajal.

1898 Demuestra un tesón apostólico poco común. El 12 de enero inicia el recorrido por los pueblos de Fuerteventura que la enfermedad le había impedido visitar el año anterior.

Durante el mes de agosto visita a los feligreses de Arucas y Bañaderos. Durante algunos días de noviembre, Teror.

1900 Durante el mes de mayo, realiza la visita pastoral a Valsequillo, las dos parroquias de Telde, Guía Gáldar y Agaete.

Erige la parroquia de Nuestra Señora del Puerto de La Luz.

Se publica su Carta Pastoral «La Venganza Divina», sobre el juicio particular de cada difunto.

1901 En mayo continúa su intenso peregrinar visitando San Bartolomé de Tirajana y Santa Lucía. Durante el mes de julio, se traslada a Tafira. Posteriormente, en agosto, Visita Moya y la Capellanía de Fontanales. En septiembre, Valleseco. y en diciembre se desplaza a Carrizal, Sardina, El Ingenio, Juan Grande y Temisas. A este largo itinerario, hay que sumar la visita a las parroquias de Las Palmas y la Catedral.

1902 Se inicia en la Diócesis de Las Palmas una gran campaña a favor del arbolado. Esta tendrá en el Padre Cueto uno de sus más entusiastas colaboradores y publicistas. El Padre Cueto amaba la naturaleza porque la sabía fuente de vida. Había pasado su infancia viendo nacer y crecer los árboles más variados y las plantas más ornamentales. Y alababa al Creador por la belleza con que había adornado la tierra: Casa común de todos los hombres.

Se publica una de sus mejores Cartas Pastorales, titulada: «LA

FAMILIA».

1903 Visita, por segunda vez, la Aldea de San Nicolás y Artenara y, por tercera, a los habitantes de Tejeda.

Con motivo del cincuentenario de la promulgación del Dogma de la Inmaculada Concepción, se suma a la reflexión de otros obispos escribiendo una carta para los fieles, titulada LA INMACULADA CONCEPCION.

La más profunda, desde el punto de vista teológico; pero una de las que peor entendieron sus fieles, es la Carta titulada LA SOBERANIA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO. Un cuarto de siglo antes que el Papa Pío XI instituyera la fiesta de Cristo Rey, el Padre Cueto habla de ella y encuentra los justificantes de los males de la sociedad.

1904 Como buen intelectual y como hombre hacedor de verdad, se preocupa, sobre manera, de los medios de comunicación social; publica, al respecto, tres estupendas Cartas Pastorales, en tres ocasiones. En este año da a conocer la titulada: LA PRENSA.

1905 Publica la Carta Pastoral: «EL PELIGRO DE LAS MALAS DOCTRINAS». Así mismo, convencido que el resultado de sus esfuerzos por elevar el índice cultural de su Diócesis, no han producido los efectos deseados, publica «LA EDUCACION DE LOS HIJOS». Es un grito de ansiedad y súplica, que incita a los padres a colaborar eficazmente con la educación y a destruir su egoísmo. Estos buscaban un beneficio transitorio en el trabajo de los niños, olvidando la importancia de una buena preparación cultural y profesional de cara al futuro. Por eso, el Padre Cueto insiste machaconamente en la necesidad de «Pan, lectura y hojas de Catecismo».

1906 El 2 de febrero erige la parroquia del Puerto de Cabras, en la Isla de Fuerteventura.

En mayo visita a los habitantes de Lanzarote, por tercera vez. Durante el mes de septiembre, propicia el encuentro con las parroquias de Teror y Valleseco. La Isla de Fuerteventura gozará de su presencia a lo largo del mes de noviembre.

Se publica su Carta Pastoral: «LA VIDA INMORTAL».

1907 El 27 de enero queda erigida la Parroquia de Carrizal.

Se publica la Carta Pastoral «LOS TESOROS DEL CIELO».

Arucas y Bañaderos le reciben en octubre y las parroquias de Telde en noviembre.

1908 En el mes de febrero inicia las visitas por las parroquias de Las Palmas y la Catedral. Durante el mes de julio, Valsequillo, Las Lagunetas, San Mateo, Santa Brígida y Tafira. En agosto pensaba visitar Moya, pero su enfermedad se lo impide.

El 17 de agosto, a las 8 a.m., fallece el Padre Cueto, en su residencia de Las Palmas, a consecuencia de fiebre gástrica.

El día 18 se trasladan sus restos a la Capilla de las Dominicas, donde fueron sepultados.

AGRADECIMIENTO

GRACIAS para Ascensión Pizarro, quien siempre animó mi vocación literaria y que generosamente ha colaborado en la corrección de diversos textos.

GRACIAS a Monseñor Mariano José Parra Sandoval, Obispo de San Fernando de Apure, autor del Prólogo de esta obra y simpatizante del Obispo de Canarias, Padre José Cueto.

GRACIAS a la M. Beatriz Pérez, quien ama y conoce profundamente los orígenes de la Congregación. Ella me entregó material inédito y me hizo sabias correcciones, aunque no todas he podido tener en cuenta.

GRACIAS a María Ángeles, Carmen María, Victoria, Candelaria, Inmaculada, Ronces, María Fernanda y Pilar, hermanas de mi Comunidad de El Rosal, quienes colaboraron conmigo, de muchas maneras, en la realización de estos trabajos.

GRACIAS a José Agustín Catalá, especial Editor, por la acogida cariñosa de éste y otros libros.

...en la noche del sábado, y hoy, domingo, mi tarea, dulce y grata, ha sido la lectura de tu obra.

No sé, si es bueno darte mi opinión cuando me dura el entusiasmo por lo que has escrito. Me arriesgo a ello, porque creo que mañana, ya en frío, voy a opinar lo mismo. Me ha gustado muchísimo. No sé qué podrán decir otras personas más entendidas que yo. Ya sabes que no me siento capaz de hacer una crítica exhaustiva, porque no tengo elementos. Sólo sé que me gusta, lo que me llega de verdad, lo que me hace disfrutar algo que está bien escrito. Y este nuevo libro tuyo sobre el P. Cueto, me gusta tanto o más que los anteriores.

Yo diría que es un aporte fabuloso a la bibliografía del Fundador. Sin la aridez que a veces da un libro escrito únicamente sobre datos históricos sin más, —Me encanta la historia — y sin excesivos adornos literario poéticos — me encanta la poesía — para aquellas personas que prefieran el lenguaje llano. Y al mismo tiempo con toques suaves de colores poéticos bien distribuidos.

Gracias por este nuevo libro, que estoy segura que sabrán apreciar no sólo las Hermanas sino aquellas personas que puedan leerlo. Para los jóvenes un nuevo medio de acercamiento al P. Cueto. Despierta, sin duda alguna, simpatía por este Obispo Bueno.

Ascensión Pizarro

INDICE

DEDICATORIA

PROLOGO

INTRODUCCION

El Pastor y los Pastores

A la guerra de Cuba ¡No!

El Portavoz del Pueblo

La solución definitiva

El Palacio convertido en Hospital

Solidaridad con los obreros

El Príncipe pobre

Compasión para un preso

Obispo que cree en el Espíritu

El Amor inventa

Cartas para todos

Amor de amigo

Obispo, ¿para qué?

El Cura rebelde

Instrumento de la Gracia

Discriminación en el Seminario

En defensa de la Mujer

Con la Madre Pilar

Canarias lo sedujo

Demasiado bueno para ser Obispo

Suscinta Cronología del Padre Cueto.

AGRADECIMIENTO

INDICE

La impresión de este libro se realizó en los talleres gráficos de la Nación, adscritos al Servicio Autónomo Imprenta Nacional y Gaceta Oficial de la República, en el mes de junio de 1996.